

ANTONIO  
CAVANILLAS  
DE BLAS

# MURILLO

*El mago  
sevillano  
del pincel*

NOVELA HISTÓRICA

# *Índice*

Dedicatoria a Sevilla  
Dedicatoria

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4

Notas a manera de epílogo  
Notas  
Créditos

*A la muy noble, muy leal y muy heroica ciudad de Sevilla, invicta y mariana urbe, patria de la cortesía, tierra de María Santísima, gloria de Andalucía, lugar de toros bravos y caballos de raza, vinos finos, cante por soleares, toque brujo, mágico albero en la Real Maestranza, saetas en Viernes Santo, baile por sevillanas en su feria y la Torre del Oro reflejándose en las verdosas aguas del río Guadalquivir.*

*Para Kirsten, mi cara mitad, enamorada de Sevilla desde que la  
viviera, hace ya muchos años, en traje de faralaes o en el puente de  
Triana al paso del Cristo del Gran Poder.*

*A mi buen amigo Ramón Sánchez Pizjuán, sevillano de pro, un  
hombre de cultura y de leyes, gran lector, in memoriam.*

*Sevilla, 30 de diciembre de 1681*

Hoy es mi aniversario: se cumplen sesenta y cinco primaveras desde mi primer llanto. Siendo cifra redonda y a pesar de odiar las multitudes, invité a comer a mis hijos. Ha sido un día entre movido y caótico, pues no estoy acostumbrado al alboroto. Me acompañaron en la mesa José, mi hijo mayor, con su mujer y mis tres nietos. Primer error: los arrapiezos deberían haber comido en la cocina o en el patio, pues no pararon de enredar y joder la marrana. Uno tiró sobre la mesa un vaso y derramó su contenido, un delicioso vino de Montilla, drama sin arreglo posible. El vino pertenecía a Gaspar, el tercero de mis hijos, que es sacerdote y comía entre sus sobrinos. Mi hija Francisca María, monja de clausura, no asistió, lo mismo que Gabriel, el pequeño, que emigró a América va a hacer dos años.

Al bendecir los alimentos, recordé a Beatriz, mi mujer muerta, cuya silla vacía nadie ha vuelto a ocupar. Hubo gazpacho —que mi cocinera aliña como nadie—, rabo de toro al estilo sevillano y tocino de cielo. La sobremesa se alargó entre buenos augurios, café de Mascareñas, aguardiente de Ojén y habanos de Vuelta Abajo, un valle cubano que produce las hojas de tabaco más ricas y aromáticas. Mis nietos, verdaderos diablillos, corrieron y brincaron por todas partes. Jugaron al escondite en la buhardilla, por la terraza y en el sótano,

chillando y persiguiéndose hasta hartarse y enredando en mis cosas. El jarrón de Talavera que trajese de la corte en mi primer viaje, que adoraba Beatriz, voló por los aires en una de sus acometidas y se hizo añicos. No hubo forma de averiguar quién fue el autor del estropicio, pues todos se cerraron en banda, a lo *Fuenteovejuna*, la obra de Lope de Vega que triunfa en los teatros. Lucas, el más chico, de tres años, apareció de repente con la cara pintada como esos indios bravos que pululan al norte de los territorios de la Nueva España. Deduje sin esfuerzo que había entrado en mi estudio, pero, por suerte, no la emprendió con los bocetos del retablo de los capuchinos de Cádiz, mi último encargo, que culminó estos días. Solo se tranquilizan cuando duermen, y veremos. Entonces semejan ángeles, tanto que sirven de modelo en los cuadros de mis *Inmaculadas*. Son las seis de la tarde y terminan de irse: será hasta el año que viene, si es que llegase a verlo.

No tengo el cuerpo para celebraciones. Además, desde que ella se fue, poco tengo que celebrar. Es verdad que se quiere a los hijos, pero para un hombre no hay amor comparable al de una esposa. El mío por Beatriz, discreto en los inicios, creció como una pleamar hasta envolverme en la sutileza de su tela de araña, fina como pan de oro pero con la resistencia del acero. Es una gran verdad que el amor no nace sino que se hace, hay que trabajarlo como el minio para que dé un buen rojo, regarlo lo mismo que a un geranio con agua de lluvia, cultivarlo como a las viñas jerezanas para que la uva sea de grano dulce y arroparlo en las noches de invierno para que no se enfríe y se constipe.

Amo el silencio, odio el ajetreo y detesto la bulla. Es sin duda la edad. Hecho a mi propia paz y a la del entorno, el tranquilo barrio de Santa Cruz, no soporto los gritos, las carreras ni las peleas de los chiquillos. Vivo en Sevilla, la principal y más poblada ciudad del reino, capital, si no de España, sí de Andalucía, todo un privilegio. De las veces que salí de bureo por ahí —no tantas, pues me cuesta subir a la diligencia—, lo que más agradecí fue el regreso. Es como si el aroma nocturno del jazmín y el dondiego de noche, el diurno del romero y la albahaca y el del azahar que impregna mi ciudad a todas horas

cautivase mi espíritu, que no sosiega lejos de la Torre del Oro. Duermo mal apartado del rumor que cría el río Guadalquivir o si no escucho al alba las campanas de la iglesia de la Santa Cruz llamando a misa. El repiqueteo campanil de la Giralda me esponja el alma. Me falta el aire si no oigo al llegar el día las voces del aguador proclamando su fresca mercancía: agua de los Caños de Carmona, de la preciada fuente del Arzobispo o la de Martín Távera.



Os contaré uno cualquiera de mis días. Siendo madrugador, la luz del alba me encuentra en pie mezclando los colores. El mejor especiero de Sevilla me facilita los pigmentos: minio gallego y cochinilla canaria para las distintas variedades de rojo, carbón de antracita y negro de humo para el negro, arsénico en polvo para el verde, cadmio para el naranja y amarillo, cobalto para los diferentes azules, arcilla tamizada para sienas y marrones, blanco de cinc y tantos otros. Mi taller de pintura ocupa la planta alta de mi casa, la de mayor amplitud y claridad. Tengo más trabajo del que puedo abarcar. Atiendo encargos, normalmente retratos, compongo escenas callejeras o de tipos curiosos y boceto cuadros religiosos para atender la demanda que llega de toda España y sus inmensas colonias dispersas por medio mundo. Sobre las ocho y media, puntuales como la floración de los olivos, aparecen mis colaboradores y discípulos, encabezados por Francisco Meneses Osorio, todo un pintor experto. Les encomiendo la labor pertinente —es obvio que la pintura religiosa o profana que firmo no es toda mía— y me acerco a la vecina parroquia de la Santa Cruz para presenciar la santa misa. Con la edad me hago místico y escuchar la palabra de Dios me fortalece.

A las diez en punto me tienen preparado el desayuno. Si el tiempo es bueno, como suele, lo disponen en el patio andaluz. A la fresca sombra del limonero y aspirando el perfume a azahar del naranjo, Fátima, la vieja esclava berberisca, me tiene preparado pan

de hogaza tostado, aceite de oliva de buena almazara, zumo de naranja y café con leche. Domingos y festivos me dejo regalar con las delicias de un obrador cercano: churros y *jeringos* crujientes y obleas de jamón de la onubense sierra del Viento, una delicadeza para arcángeles. Peco a sabiendas, pues mi médico asegura que las frituras engrosan mi papada y afectan al latido cardíaco, pero para el pecado está la confesión. Además, prefiero morir harto de comer lo que me gusta a los sesenta y cinco años que no flaco y famélico a los setenta.

Supongo que lo de Fátima os habrá dejado cavilando. No es lo que pensáis. Es mujer alta y de piel blanca, mejor metida en carnes que escurrida y de mirada bruna. No niego que fuera bonita cuando la compré en las gradas de la catedral, a poco de casarme, un regalo de bodas para mi mujer. Confesó entonces veintisiete años, casi mi misma edad, cinco más que Beatriz. Fátima siempre formó parte de la familia, pues al modo romano era una *famula*. Su relación con mi esposa era de verdadera amiga y doncella antes que de esclava. Al morir, mi mujer dispuso en testamento ológrafo su libertad, pero ella la rehusó. Alegó que no sabía dónde ir y que los Murillo eran todo lo que tenía. Sé que lo habitual entre amo y esclava era y es algún tipo de entendimiento, ya sabéis, pero jamás se dio en mi caso: ni en vida de Beatriz ni después de muerta toqué a Fátima.

Tras el desayuno me fumo el primer cigarro habano, el que sabe mejor. Me provee de tabaco un cigarrero propio, don Jacinto, que abre su estanco en la Alcaicería. Trabaja labores de diferentes islas del Caribe y tierra firme. Dispone de tabaco en polvo para aspirar, ligas para fumar en pipa, picadura para liar en cigarrillos, tabaco en pasta para mascar y por fin cigarros puros con su alma envuelta en la propia hoja de la solanácea. Estos son mis preferidos. La creciente afición al tabaco ha motivado la existencia en Sevilla de varios talleres donde se manufacturan sus hojas. Se congregan alrededor de la iglesia de San Pedro. Son tantos que puede hablarse ya de un nuevo oficio: las cigarreras, pues la mano femenina es más apta para aquella delicada labor que la del hombre. Se habla en el consistorio e incluso en el arzobispado —los religiosos son buenos fumadores— de instar al

gobierno de su majestad para que levante en la ciudad una Real Fábrica de Tabacos, que sería pionera en España y motivaría sustanciosas rentas a la Corona.

Disfrutar de un buen cigarro puro lleva su tiempo, tiempo del que no dispongo con el matinal, pues me llama el trabajo. Acortando el placer, subo al taller donde me esperan mis alumnos, ayudantes y colaboradores. Cuando empecé, tenía uno y hoy tengo doce. Todos se afanan en las labores que les encomiendo, normalmente de pintura religiosa. Desde Manuel Campos, mi primer alumno, al que contratara cuando abrí mi taller, han desfilado buenos pintores de cuya formación me vanaglorio. El más cercano, que cuenta con toda mi confianza, sigue siendo Paco Meneses, ya citado, pero son de nombrar Pedro Núñez de Villavicencio, Juan Simón Gutiérrez, Esteban Márquez de Velasco, Sebastián Gómez, Miguel de Tovar, Bernardo Lorente Germán y otros que no citaré por no cansaros. Casi todos trabajan en copias de mis obras, sobre todo religiosas, pues la demanda de vírgenes y santos con mi firma o de mi taller para catedrales, conventos e iglesias en las Indias y el archipiélago filipino crece de día en día. Os sorprenderá saber que en las bodegas de los galeones de la flota de Indias que salen de Sevilla y Cádiz hacia La Habana, Veracruz, Cartagena de Indias y Manila, junto a pellejos de vino, toneles con aceite y demás mercaderías, van cuadros de Murillo y de su taller.

Cuando el reloj de una torre vecina da las dos, se detiene la faena un par de horas, tiempo mínimo para considerar una comida como tal y dar lugar a una pequeña siesta. Odiando comer solo, me hago acompañar habitualmente de Paco Meneses, de Sebastián Gómez o de Cornelio Schut, un artista flamenco, ya formado, que admira mucho mi obra y que al menos dos veces por semana me visita. La cocinera prepara cosas livianas, digeribles, que no provoquen somnolencia: ajoblanco, pipirrana, sopa de menudillos o pescado al horno y de postre fruta de estación. Llega la sobremesa, momento de charla sobre la evolución de los trabajos y de gozar con calma del placer de fumar. Es tiempo para el segundo habano. Tras ofrecer un cigarro a

mi acompañante, me dedico a preparar el mío, tarea en absoluto baladí. Del estuche de madera de cedro en el que los conservo —abajo, en la bodega— extraigo el elegido y compruebo su grado de humedad presionando suave y girando, junto al oído, con dos dedos. Antes de encenderlo hay que caparlo con navaja barbera bien amolada. Luego lo prendo con yesca y una tira de cedro, procurando no ahumarlo, y me entrego al placer de saborearlo. Llega por fin la siesta, discreta en este caso pues apenas alcanza media hora: lo justo para, retrepado en un sillón de orejas, hilvanar algunas cabezadas.

Mi sesión vespertina de trabajo concluye a las siete excepto en los inviernos, cuando la ausencia de luz la hace más corta. Pintar con luz artificial es mala política no siendo que lo imponga la urgencia. Concluida la jornada, llega el tiempo de la amistad y lo lúdico. Un pintor bien relacionado y en una ciudad como Sevilla, cuna de la elegancia, debe ser pulcro y atildado. El hábito no hará al monje, pero ir bien vestido transmite empaque y da solvencia. Se impone el baño diario para librarse del tufo de los pigmentos y barnices, por no hablar de la trementina y el aguarrás. Fátima me tiene dispuesta la tina con agua caliente y bálagos de olor en mi propio retrete. Zoilo, mi viejo criado que hace al tiempo de auriga, ha situado sobre mi lecho la vestimenta que debo utilizar y que me pondré yo mismo, pues no tolero en mis cercanías la presencia de un hombre cuando me visto. La de esta noche invernal es camisa de hilo con cuello y puños de encaje, jubón de raso, calzas de cordobán, medias de seda, calzones lisos y casaca de terciopelo con las solapas vueltas. No uso peluca, salvo caso de mucha ceremonia, pero cubro mi cabeza con sombrero de fieltro y ala ancha, pues con estos fríos nadie está a salvo de constiparse.

Las reuniones con los amigos suelen ser en nuestras respectivas casas, que se alternan, pero a veces nos vemos en el mesón del Adelantado, en la plaza de la Encarnación. Armado de bastón —os aconsejo que lo uséis pasados los sesenta— y acompañado de Zoilo, allí me dirijo al caer la noche. Sevilla es ciudad tranquila, pero hablamos del centro económico del imperio español, donde pululan

rateros y malhechores y los robos y asaltos son frecuentes a partir del crepúsculo. Con el criado a mi vera armado de estoque y daga y yo con mi bastón, hasta aquí no he sufrido contratiempos. Es agradable pasear caída ya la tarde por calles conocidas, cumplida la labor cotidiana, rodeado por el cariño de la gente. Todos me conocen. A las damas les levanto el sombrero y cedo el paso para que no tengan que descender de las aceras. Los varones me dan el don sin excepción, estrechan mi mano si me detengo y entonces se deshacen en zalemas. Al pasar por la calle de Cuna, frente al prostíbulo de doña Enriqueta, una madama valenciana que ha envejecido regentándolo, me sonríen las golfas asomadas al balcón, insinuándose.

La cofradía o peña en la que me integro es amplia. No suelen faltar Justino de Neve, Josua van Belle si está en la ciudad, Nicolás de Omazur, Herrera el Mozo cuando no se halla en la corte, el alcalde don Fernando de Moscoso y Osorio y el duque de Medinaceli, si se encuentra en Sevilla. Miguel Mañara y Juan de Federighi fueron puntales fijos de la tertulia hasta su muerte. Hasta que falleció hace unos años, si su trabajo lo permitía, asistía el doctor Arregui, un conspicuo licenciado en medicina por Salamanca que fuera nuestro médico. Los tertulianos tomamos una copa de vino generoso, brindamos por los amigos muertos, comentamos las noticias del reino, hablamos de la problemática nacional, de la perfidia inglesa y la carestía de la vida y terminamos citando a las mujeres, lo normal entre hombres. Luego de un frugal refrigerio: gazpacho o *pescaíto* frito —que el dueño del mesón prepara como nadie—, llega el momento del tercer cigarro. El mío, con el ritual de siempre, lo acompaño de licor de guindas y de una yema de San Leandro, dos desde que no está presente el doctor Arregui. Nunca más tarde de las doce nos recogemos, como la gente decente.



Soy Bartolomé Esteban Murillo, aunque en Sevilla y en los ambientes cultivados de España, Flandes e Inglaterra se me conoce por Murillo, pues adopté para firmar mis cuadros el apellido materno. Nací el 30 de diciembre de 1617 en Sevilla, en la parroquia de Santa María Magdalena, en la que fui bautizado dos días después, o sea el 1 de enero de 1618. Nací a caballo entre dos años, lo que tiene sus ventajas: si quiero presumir de pintor veterano, nací en el diecisiete y si pretendo alardear de juventud me apunto al dieciocho. Me cristianaron a la carrera, pues no tengo que decir que, por una suerte de maldición diabólica, la muerte maldice uno de cada tres partos femeninos. Mi padre fue don Gaspar Esteban —le pongo el don, pues era bachiller y cirujano barbero— y mi madre, María Pérez Murillo, procedente de familia labradora acomodada, con buenas tierras y huertos en el Alfaraje. Conservo de mi bautismo una medalla de plata con la fecha grabada. Sé que se celebró a lo grande, con un desayuno al que asistieron más de cuarenta personas entre familiares, amigos, la criada de mi casa, la cocinera y Sinfrosa, la esclava de mi madre. Hubo chocolate con churros, *jeringos* y toda la excelsa repostería del cercano convento de las Claras.

A pesar de ser el menor de catorce hermanos —entre vivos y muertos—, logré sobrevivir sin mayores problemas. Una, que al ser el benjamín era mimado *urbi et orbi*, y otra, que en mi hogar nunca se conocieron las estrecheces. No solo eso: recuerdo que en época de hambrunas por riadas, sequías, terremotos o malas cosechas, en la puerta de mi casa se ponía un caldero con gachas y había pan preñado de chorizo o morcón para los indigentes. Fui criado a los pechos maternos, pródigos hasta que cumplí dos años, cuando se secaron. Y hasta mucho duraron, que amamantar a catorce tiene mérito. Tomó el relevo Sinfrosa con sus senos ubérrimos. Era frecuente que en familias pudientes y numerosas, aquí y en todas partes, se compraran esclavas jóvenes y sanas para dar de mamar a las proles siempre que las madres anduvieran remisas de leche, pues se sabe desde que Noé subiera al arca que la leche materna supera a la de vaca, burra, camella, oveja o cabra en la alimentación de los recién nacidos. La

leche de Sinforosa —una mulata senegalesa que hablaba portugués— debía de ser excelente pues crecí bien y rápido, destacando pronto por mi vivacidad y travesuras. Vivíamos en un caserón de dos plantas no lejos de la iglesia de la Magdalena, hacia el río Guadalquivir, que era el majestuoso lugar de nuestros juegos. Mis compañeros de diversiones y trastadas fueron mis hermanos y hermanas de edades más próximas, algunos primos y primas y un montón de chavales del barrio. Mi mejor amigo de aquella época fue Delfín Olaechea, de mi misma edad, hijo de un vasco que, huyendo de la necesidad en su valle norteño, se estableció en Sevilla a principios del siglo, como tantos.

A pesar de ser el más chico en edad, me hice respetar desde los siete años, comandando la cuadrilla de rapaces que jugábamos en las orillas del viejo Betis romano. Dos años después, solo Delfín Olaechea meaba y escupía más lejos que yo. Alcanzaba con el tirachinas más que nadie, manejaba la espada de madera con maestría, trepaba hasta la copa de los álamos blancos de la ribera del río y era capaz de cruzarlo a nado en los veranos, cuando bajaba manso y tan pastueño como un toro de lidia de buen encaste y afamado hierro. A propósito de toros bravos, era justo frente a la plaza donde se corrían, en una explanada al lado del Guadalquivir, donde jugábamos y nos ejercitábamos. El coso taurino era de tablas, cuadrado, capaz de albergar a dos mil espectadores, pues la afición sevillana por la tauromaquia, grande, se remontaba a los tiempos de la reconquista de la ciudad a los moros. La plaza, que muchos llamaban de la Maestranza por estar junto a la Real Maestranza de Caballería, noble y antigua orden cuyo hermano mayor era su majestad el rey, por entonces don Felipe III, contempló muchas de nuestras batallas. Los contendientes eran, como no podía ser de otra manera, los musulmanes y los españoles. Delfín y yo nos turnábamos al frente de las respectivas huestes: Almanzor comandando a los nazaríes de Boabdil el Chico y el Gran Capitán liderando a los cristianos en la batalla de Las Navas de Tolosa. Está claro que, por entonces, nuestro fuerte no era la historia.

Fui a la escuela casi sin destetarme, pues le cogí afición a los senos de Sinforosa y a viva fuerza los dejé a los cinco años. Sinforosa era buena, dispuesta, cariñosa y amable. Su piel tenía el color del chocolate claro o, si os gusta más, de la tierra de Siena. Su pelo, enrevesado más que rizado, era suave como los líquenes que tapizan las piedras del Guadalquivir cuando se agosta. Bonita de cara, chata como las de su raza, opulenta de nalgas, era complaciente en extremo y estaba siempre de buen humor. Debía de andar por los treinta años cuando me amamantaba, pues ni ella misma sabía su edad. Un tratante de esclavos portugués compró a su madre en St. Louis, en la costa senegalesa, y la vendió en Sevilla. Sinforosa procedía del cruce de su progenitora con su amo, algo de lo más frecuente. Era de buena encarnadura y formas pródigas. Tenía un niño y una niña que correteaban por el patio con mis hermanos de similar edad. En cuanto a la paternidad de los bastarzuelos —eran encantadores y siempre los quise como a hermanos— era un tema tabú. Supongo que serían de mi padre o mis hermanos grandes, pues Gaspar tenía diecinueve años cuando yo nací y Lucas, diecisiete.

Volviendo a mis estudios, me llevaron a los padres agustinos donde aprendí a leer, a escribir y las cuatro reglas. Me gustaban la historia y la literatura, pero enseguida se me atravesaron las matemáticas y el latín. Mi afición al arte y a casar los colores nació a los ocho años. Mi tío Antonio, un hermano de mi madre, tenía una hija, mi prima Juana, casada con un pintor de oficio en Sevilla: Juan del Castillo. Una buena mañana de primavera, de la mano de Sinforosa, que llevaba un recado de mi madre a su hermano, nos personamos en su casa. No estaba tío Antonio, pues se hallaba en el cercano taller del pintor. Allí nos dirigimos. Mi primera impresión a la vista de un cuadro fue de estupor, de cegador deslumbramiento, una especie de milagro: el artista, un hombre de mediana edad, mojaba el pincel en la paleta y trasladaba al lienzo una figura compuesta por colores puros, rojos, verdes y azules, o los mezclaba para atenuar su pureza o subrayarla. Transformaba los blancos en marrones y los amarillos en naranjas como por una alquimia prodigiosa. El negro lo

convertía en gris o lo manejaba para dar sombra. El resultado era un hombre calvo, moreno, de nariz afilada, negra y larga barba, revestido de casulla morada y a los pies de un altar como en actitud de cantar misa.

—¿Quién es? —pregunté, admirado.

—San Ignacio de Loyola —contestó don Juan.

—¿Le conoces?

—Todo el mundo conoce al fundador de la Compañía de Jesús, pero nadie lo ha visto, pues murió hace tiempo —replicó.

—Si él murió, ¿quién te pagará el retrato? —inquirí de nuevo.

—Se trata de un encargo. Los frailes del colegio jesuita de Sevilla harán frente a los gastos —respondió mi pariente, retocando la casulla del santo.

—Es un cuadro precioso... Con lo bonito que es, saldrá caro —dije.

—Depende del pintor —afirmó—. El precio sube si el pincel del artista es de prestigio y está solicitado. Por esta pintura hay contrato cerrado: setenta escudos de oro.

Recuerdo que me quedé perplejo, en silencio admirativo y reverente.

—Setenta escudos de oro... —repetí cuando recuperé el habla—. ¿Cuánto es eso en maravedíes?

—Un escudo de oro equivale a dieciséis reales de plata. Setenta escudos serían pues mil ciento veinte reales, que traducidos a maravedíes conformarían treinta y ocho mil —me informó mi pariente sin dudar, como si dispusiese de un ábaco mental.

Conocía a Juan del Castillo de otras veces, de vernos en celebraciones familiares, y era tenido en todas partes por hombre serio y cabal. Me pellizqué para comprobar que estaba despierto. ¡Treinta y ocho mil maravedíes por un cuadro! Mi madre me daba algún domingo dos o tres piezas de cobre, jamás había tenido un real de a ocho en plata y el único oro que había palpado era el de la medalla de la Virgen de los Reyes que llevaba en el cuello. Recordé que a mi padre le pagaban por dilatar un golondrino<sup>1</sup> cuatrocientos

maravedíes y mil quinientos por entablillar una pierna fracturada. Y ello cuando lo hacían, pues muchas veces le dejaban la deuda o la canjeaban por una cesta de huevos o una ristra de chorizos. Sin contar con los riesgos de la cirugía, el aroma apestoso que sueltan los flemones al sajarse y los berridos y blasfemias del paciente cuando inciden sus carnes con el escalpelo. En aquel instante decidí ser pintor.



No sé si dije que mi padre era de profesión cirujano-barbero. Se trataba de un excelente profesional, formado a sí mismo, pues su gran frustración era no haber pasado por Salamanca o Alcalá de Henares, las universidades españolas de más prestigio descontando Baeza y la lejana Lérida. Habilidadoso de manos y certero en sus diagnósticos, su consulta en nuestra propia casa estaba siempre llena. Lo mismo que mis hermanos mayores, lo vi tratar a sus pacientes y una vez lo acompañé a visitar en la cercana Camas a un enfermo. Él deseaba que alguno de sus hijos continuara su labor, pero no lo logró: todos se dedicaron a diferentes profesiones u oficios y alguno emigró a las colonias de ultramar. Recuerdo que era meticuloso. Efectuaba una detallada anamnesis, exploraba al paciente tras un biombo si era mujer y, cuando el caso era quirúrgico, procedía a la intervención en el quirofanillo anexo. Tenía un ayudante, Andrés, un morisco del que tengo dudas sobre su verdadera conversión, pues una tarde lo sorprendí de rodillas sobre una alfombrilla rezando de cara a La Meca.

Presencí dos de sus intervenciones y el tratamiento de un enfermo de plétora. Jamás lo olvidaré. La primera se trataba de una buba inguinal en una mujer joven y atractiva, según supe más tarde una ramera de uno de los burdeles de la puerta de Córdoba, frente al convento de los capuchinos. Yo ignoraba a mis nueve años el significado de la palabra «venéreo», pero mi padre y su ayudante la

citaron varias veces. Creo que, precisamente para que oyera y viera, me permitió asistir a la operación. La paciente, tumbada en la mesa del quirofanillo, desnuda pero cubierta con una especie de sábana de castidad que solo dejaba a la vista la parte afecta, se había bebido media hora antes una copa de aguardiente a rebosar, apta para un mulero. Andrés, el morisco falso converso, aplicó sobre las nupias de la moza un paño empapado en una solución que contenía polvo de adormidera, vino tinto caliente, semillas de lechuga rizada, mandrágora, beleño y asa fétida, una antigua fórmula anestésica rescatada por mi progenitor de alguna parte. El cirujano no esperó mucho: armado de escalpelo, en rápido y decidido gesto sajó la piel. La pobre golfa se conmovió pero no chilló, pues era valiente o la obnubilaba la cogorza. Eran las diez. Un chorretón de pus amarillo-verdoso, bien trabado, surgió desde la pústula como la lava de un volcán, llegó hasta el techo y me salpicó en un brazo, que, recuerdo, estuve lavando con agua, jabón y estropajo el resto del día. Si no salió por aquel cráter medio cuartillo de pus fétido, no salió nada. Un hedor insoportable, a gato muerto, lo inundó todo a pesar de estar abierta de par en par la ventana que daba al patio donde estaba la cuadra. Mientras el ayudante metía en el hueco del absceso, grande como el nido de un vencejo, una mecha de gasa empapada en vinagre diluido y lo ocluía con un vendaje, el autor de mis días se lavaba las manos en una palangana.

La segunda experiencia fue horripilante. Se trataba de un obrero que se había caído de un andamio a más de una cuerda de altura<sup>2</sup> en las obras de construcción de un edificio. No se mató porque Dios es bueno y su ángel de la guarda andaba al quite, pero se partió un fémur, que supongo sabréis es el hueso largo del muslo. Ya para colocar al accidentado sobre la mesa de exploración, y a pesar de cinco severos lingotazos de cazalla que le endilgaron, el griterío era ensordecedor. Lo amarraron por la cintura y el tórax con sendas sogas para impedir que pudiera moverse. Andrés ocluyó sus narices con el paño soporífero de marras y el matarife —no se me ocurre mejor calificativo a pesar de ser mi padre—, tras una tensa espera, empezó a

manipular el foco de la fractura para encajar los fragmentos del mejor modo posible. Pude escuchar, como supongo toda la vecindad, los alaridos y blasfemias contra Dios y los santos punteros que emitía el desgraciado mientras el autor de mis días, inmisericorde, maniobraba con las manos hasta que se oyó un chasquido. El traumatizado exhalaba por todos los poros de su cuerpo ríos de sudor pegajoso y maloliente. Al sentir el crujido, pareció serenarse y enmudeció, momento que aprovechó mi progenitor para entablillar el miembro y mantener alineados los fragmentos.

Todavía me quedó humor para otra incursión en la consulta, aunque ya había decidido que el arte de Hipócrates no era para mí. El paciente era un pletórico que pesaba quince arrobas de Castilla<sup>3</sup> y que no entraba por las puertas. Parece ser que engullía todo lo que pillaba ya fuese vegetal, mineral, carne o pescado, y le caía de maravilla, pues los rodetes de grasa le salían hasta en las orejas. Mi padre lo había sangrado varias veces, pero a pesar de ello entró tan rozagante como un novillo de tres hierbas en el albero de la Real Maestranza. Esta vez venía a someterse a una cura con sanguijuelas. Yo no conocía el tema ni de oídas. Fue de auténtico repeluzno. El obeso se desnudó en un cuarto interior donde había una camilla y se echó boca abajo. Las roscas de manteca se le desparramaban como las papadas de las marranas de engorde de sesenta arrobas en el matadero. El encargado del tratamiento, como cosa menor al no precisarse bisturí, era el sarraceno irreductible. Andrés sacó de un frasco de cristal lleno de sanguijuelas —una especie de repugnantes babosas de color negro— docena y media. Aclarar para los no iniciados que las sanguijuelas son asquerosos gusanos que viven en las orillas de los ríos. Aquellas no serían mayores que una lombriz de tierra. El moro las colocó sobre la espalda del gordinflón y, de modo instantáneo, clavaron sus garfios o colmillos en la piel e iniciaron la libación sanguínea. La sesión duraba cuatro horas, por lo que fui a bañarme al río con Delfín y los otros. Al regresar comprobé que las sanguijuelas, de tanto chupar sangre al sufrido paciente, se habían convertido en una especie de langostas siniestros e insaciables. Cuando le fueron retiradas, mi padre aseguró

que entre todas se habían zampado cuatro cuartillos de sangre, más o menos un azumbre.<sup>4</sup> No se me olvidará aunque viva cien años: vomité la primera papilla y aquella noche no dormí, pues imaginé que, chapuzándome en el Guadalquivir de mis deliquios, me trincaba por la espalda una sanguijuela y me dejaba listo para sentencia.

Mi última y definitiva experiencia médico-quirúrgica fue la de Camas. Si me quedaba alguna duda sobre mi futuro sanitario, aquella la despejó. Andrés estaba malo —o asistía a un conciliábulo islamita— y mi padre me pidió que lo acompañara con visos formativos. Fuimos en la calesa familiar con la mula torda. El paciente era el adinerado dueño de un cortijo. Ya sin echar el freno al carruaje, ante la puerta abierta, mi padre torció el gesto: de dentro llegaba un aroma apestoso a detritus humano. Entramos al dormitorio del enfermo: yacía en el lecho en medio de terribles dolores y terminaba de vomitar una pasta negra y fétida. Si aquello no eran heces humanas, lo parecían. Ardía en fiebre. Mi progenitor descubrió el abdomen y enseguida lo palpó y percutió. Se veía rígido y estaba tan duro como una piedra.

—¿Qué tiempo lleva así? —preguntó.

—Cuatro días —respondió la que parecía su mujer.

—¿Desde cuándo no obra? —quiso saber el cirujano-barbero, dando por hecho que no obraba.

—Desde hace una semana. La calentura no le baja ni de día ni de noche. ¿Qué tiene? —preguntó.

—Se trata de un cólico miserere —respondió el autor de mis días.

Un silencio de cementerio cundió en la habitación. Todos debían de saber de lo que hablaba, pues los miembros de la familia se echaron a llorar. Yo ignoraba lo que era un cólico, pero lo de miserere me sonaba fatal.

—¿Tiene alguna solución? —preguntó un hijo.

—Tristemente, no —aseguró mi padre—. Ante el cólico miserere nos hallamos inermes. Se ha roto por dentro el apéndice ileocecal, ha estallado, diseminando por la cavidad peritoneal el pus que contenía. Los intestinos se han paralizado. Los vómitos fecaloideos que presenta el enfermo suponen el final. Solo queda llamar al sacerdote.

Prescribiré un sedante, jugo de adormidera en grandes dosis, para que sufra lo menos posible.

Hicimos el regreso en silencio. Hasta *Silvia*, la mula, parecía afectada por el desenlace. Yo iba pensando en las trastadas que te juega la vida. Definitivamente no sería médico, pues la idea de mi padre era enviarme a Salamanca cuando fuese bachiller.

—Creo que seré pintor, padre —dije, entrando ya en Sevilla—. O quizá me haga cura. Me disgusta decírselo, pero no tengo estómago para ver el sufrimiento ajeno.

—Tranquilo, pequeño —respondió—. Soy incapaz de torcer la voluntad de nadie. Dispón de tu futuro como quieras. Lo que sí tienes que prometerme es que antes de entrar en un taller de pintura alcanzarás el birrete de bachiller.



Cumpliendo la voluntad paterna, culminé los estudios hasta graduarme de bachiller con dieciséis años. Ni él ni mi madre pudieron verlo. Mi progenitor murió de repente el 25 de julio de 1627, sin cumplir sesenta y seis años. No tuvo fiebre ni diarreas, síntomas frecuentes en muchos fallecimientos. Amaneció muerto en la cama, tranquilo, sin dar trabajo ni pesar a nadie. El médico, llamado por mi madre, que fue quien descubrió que dormía al lado de un cadáver, aclaró que la causa de su muerte había sido un fallo del corazón, harto de tanto laboreo y sobresalto. Menos de seis meses después lo siguió a la tumba la autora de mis días. La de ella fue una muerte sabida de antemano, presentida, pues empezó a languidecer desde que se fue su compañero de media vida. Se la vio encanecer de un día para otro, adelgazar como el perrillo comido por las pulgas y perder la ilusión. Ni siquiera se consolaba con los nietos: era un árbol al que le habían cortado las raíces. El 8 de enero de 1628, rodeada de sus hijos e hijas, salvo los que estaban en las Indias, confortada por los auxilios de nuestra religión, voló al cielo a reunirse con su esposo. Dejó de

padecer. La enterramos al lado de su marido en la tumba nueva que comprara mi padre. Era un rincón amable, a la sombra de un ciprés alto habitado de pájaros, donde podrán hacerse compañía. Dicen que se siente más la muerte de la madre, pero mi padecimiento fue parejo.

Mis hermanos mayores, varones y hembras, habían volado ya. Solo quedábamos mi hermana Magdalena, de quince años, y yo, mal cumplidos los diez. Magdalena se fue con una hermana de mi padre y mi persona fue acogida por mi hermana Ana, de veintisiete años, que era viuda y había vuelto a casarse con Juan Agustín Lagares, un cordobés de Baena del mismo oficio, curiosamente, que mi padre: cirujano-barbero. Ni mi hermana ni yo íbamos de vacío, pues nos correspondió cierta hijuela que no podríamos tocar hasta la mayoría de edad. Mi cuñado Juan Agustín y mi hermana me recibieron en su casa como a uno de sus hijos. Moraban en una amplia vivienda cercana a la puerta del Arenal, junto al río que veía desde mi ventana, y disfrutaban de parecidas comodidades que las que conocía de mi casa paterna. Tenían dos criadas y a Sinforosa, la esclava mulata de mi madre, que, a pesar de recibir la libertad a la muerte de su ama, la rehusó y quiso seguirme.

No he dicho hasta aquí que Sinforosa era fervorosa católica. Catequizada por mi madre, abjuró de Mahoma a la semana de morar en nuestra casa. Fue bautizada en la iglesia de María Magdalena. Iba a misa con su dueña y a su lado rezaba el rosario vespertino con las demás sirvientas. De considerar a Leila Marian una especie de sacerdotisa del profeta, pasó a adorarla como a la Virgen María, la madre de Jesucristo, el hijo de Dios. Mi cuñado Juan Agustín, que era muy liberal, admitió también a los dos hijos de la esclava, que en parte eran de mi sangre. Abel, el mayor, de diecisiete años, alto y espigado, de piel canela clara, con los rasgos familiares de los Esteban, era muy trabajador e inteligente. Lo destinó a cuidar de la consulta, como enfermero, ocupándose de su limpieza y orden. Clementina, la segunda, tenía doce años. Había heredado la belleza morena de su madre y sus ojazos grandes y asustados, del tono de la

miel silvestre. De su mitad de sangre Esteban procedía su esbeltez y el gracioso hoyuelo del mentón. El color de su piel era el de la almendra tostada o, si lo preferís, café con leche. De su ascendencia senegalesa conservaba el pelo ensortijado, los labios gruesos y el andar felino. Lo mismo que su hermano, había ido a la escuela y conocía las primeras letras. Enseñada por su madre, se ocupaba de la ropa blanca y de tener dispuestas las habitaciones donde dormían las mujeres y el dormitorio conyugal.

Más importante que la comodidad en aquella singular república era el trato, en algunos aspectos mejor que el de mi hogar en la Magdalena, pues disponía de habitación propia. Mi hermana tenía dos hijos de su primer matrimonio con Cristóbal Sánchez Carrascoso, Luis y Tomasa, de nueve y siete años respectivamente, que el cirujano-barbero había adoptado, a los que se sumaba Juana, una niña de tres años fruto propio. Me llevaba de maravilla con todos: con la pareja, a la que obedecía como si fuesen mis padres, y con mis sobrinos, especialmente con Juanita, una niña que era más una muñequita adorable. La sentaba en mis rodillas y contestaba a sus preguntas, cuando las sabía, admirándome del fulgor de sus ojos exentos de malicia. Mis primeros dibujos a plumilla y sanguina o tinta china, una afición que me salía de dentro desde que visitara el taller de Juan del Castillo, fueron de ella.

Me consagré al estudio haciendo de tripas corazón y es que quería cumplir la promesa que le hiciese a mi padre. A trancas y barrancas progresaba en el conocimiento del latín y las matemáticas. En cuanto a mi pandilla infantil, terminó por convertirse en juvenil. Domingos y festivos, junto a Delfín Olaechea y los demás, recorríamos Sevilla, especialmente los lugares donde había vida y movimiento: mercados, ferias religiosas, profanas o de ganado, la Alcaicería de la seda y la principal, entre las calles de Sierpes y Francos, las plazas de San Francisco y la Laguna, los murallones árabes y las trece puertas. Visitábamos sobre todo la puerta de la Carne, donde se congregaba la gitanería y la gente del bronce y abundaban los burdeles. Estos los contemplábamos extasiados,

imaginándolos templos del amor al estilo moruno de Harun al Rashid cuando en realidad eran sórdidos lupanares donde aventurarse suponía agarrar unas ladillas grandes como puños o, con mala suerte, el mal napolitano.

Los límites de Sevilla los marcaba la muralla, un óvalo de más de una legua de perímetro que en muchas partes se hallaba en ruinas. Iniciada por Roma y concluida por almorávides y almohades, estaba hecha de cal y canto. Disponía de barbacana o murete más bajo, anterior, separada por un foso de unas cuatro varas de ancho lleno de agua en los inviernos. Se contaban cerca de doscientas torres, trece puertas y tres postigos. Mi cuadrilla brujuleaba por el murallón y sus puertas como por el mejor escondite del universo. Algunas zonas de la muralla estaban almenadas y disponían de un corredor alto al que se accedía por escaleras y desde el que se contemplaba la ciudad, el río y los campos vecinos. En el siglo pasado las puertas se cerraban al anochecer y abrían al orto, como en el Medioevo, pero en mi época siempre estaban abiertas. De todas las torres, la mayor y más galana, de construcción almohade, era la del Oro, una fortaleza a barrana, es decir, fuera de la muralla, que permitía defender el río, el acceso al puerto del Arenal y ejercer de control o fielato para el pago de las tasas a las naves que llegaban a Sevilla. No había puerta o postigo del que no conociésemos hasta las bisagras. Se nombraban por el lugar al que daban acceso: Carmona, Triana, Arenal, Córdoba o Jerez. Otras puertas se denominaban por su relación espacial: la del Sol, que estaba hacia levante; Osario, que daba a un camposanto; Carne, que accedía a las ferias de ganado; Real, por su belleza y tamaño, y Macarena, por la que se llegaba a la capilla de la Virgen de tal nombre, muy querida por los sevillanos. Había puertas, en fin, con nombres a capricho o sancionados por la costumbre: Almenilla, Goles y Bibarragel.

Sevilla, la primera y más importante población del imperio español, con ciento treinta mil habitantes, era una corte sin rey, que reunía la riqueza y diversidad de dos mundos, el viejo y el nuevo, admirable por el ingenio de sus habitantes, la templanza del aire, lo

sereno de su cielo y feraz de sus vecinos campos. Convivían en la ciudad la miseria y la opulencia. Llegaban oleadas de emigrantes de otras partes de España y del extranjero, italianos, franceses, flamencos y alemanes, unos para intentar embarcar a las Indias, con la promesa de aventuras sin cuento y las riquezas que ello representaba, y los más para instalarse en la rica ciudad y abrir negocios. Todos se integraban en la urbe de inmediato y aprendían nuestro idioma. En 1621, a la muerte del rey Felipe III, Sevilla se cubrió de luto. Su sucesor, Felipe IV, visitó la ciudad tres años después acompañado por su consejero el conde-duque de Olivares. Tenía yo siete años cuando su majestad, un mozo de diecinueve años, pálido, de ojos claros y mentón prominente, tras escuchar misa en la catedral, presidió el desfile de los regimientos sevillanos en la explanada del Arenal.

Sevilla extendía sus barrios, collaciones o arrabales hacia los cuatro puntos cardinales y crecía de forma imparable. Dentro de las murallas que aún se mantenían en pie y de las trece puertas, el callejero conservaba la fisonomía islámica: un enrevesado y caótico entramado donde convivían los cristianos con las minorías moriscas y judías que resistieran a las respectivas expulsiones, convirtiéndose al cristianismo ficticia o realmente. Los aires renacentistas italianos divulgaban por el éter, junto con los comerciantes romanos y genoveses, nuevas ideas monumentales, calles anchas y rectas, parques ajardinados y rumorosas fuentes. El nuevo patrón estético derribó en Sevilla saledizos, chaflanes, arquillos y ajimeces morunos para eliminar la humedad e introducir el sol en las nuevas avenidas y arterias. El conde-duque de Olivares, de orígenes sevillanos, visitaba con frecuencia la ciudad, donde los munícipes seguían sus instrucciones: regularizar el trazado urbano, edificar iglesias y conventos, crear parques y jardines, mejorar la traída de aguas, plantar árboles, ensanchar calles, limpiarlas de basuras y escombros, eliminar tenderetes y construir fuentes públicas.

La limpieza de la ciudad fue una obsesión de las sucesivas alcaldías hasta la epidemia de peste de 1649. A principios de siglo

pocas casas contaban con agua corriente, siendo lo habitual que dispusieran de pozos o aljibes. El agua llegaba canalizada de los Caños de Carmona, de tiempos árabes, o de fuentes cercanas como las de Alcalá de Guadaira, Martín Távera o del Arzobispo. La basura en las calles y los malos olores eran un mal general. Terminar con el grito de: «¡Agua va!», común en todas las ciudades europeas, era el sueño de los munícipes. No era raro que un viandante sordo o remiso a la hora de ponerse a buen recaudo se viese salpicado de meados o heces fecales. Se sucedían los bandos prohibiendo tirar a la vía pública animales muertos, estiércol de caballo, escombros o aguas sucias, mierda humana, en román paladino. En pleno Arenal se levantaba el monte del Malbaratillo, formado por las basuras e inmundicias que arrojaban allí desde siempre los vecinos. Yo llegué a verlo y olerlo. Todo ello desapareció o fue amenguándose por los bandos del cabildo que conminaban a los vecinos a limpiar las plazas o calles bajo pena de mil maravedíes. Fundamental fue el fomento de la vegetación, plantándose miles de árboles en las calles, promocionándose huertas y jardines en palacios y conventos y creándose parques con plantas y flores dentro del recinto urbano. Se adecentó la plaza de San Francisco, la principal de Sevilla, donde estaban el ayuntamiento, la Real Audiencia, el convento de San Francisco y la Cárcel Real. En la plaza de la Laguna, que urbanizara en el pasado siglo don Francisco de Zapata, conde de Barajas, se plantaron centenares de álamos, pasando a llamarse alameda de Hércules por las dos columnas romanas, traídas de las ruinas de Itálica, que se levantaban en su extremo con las estatuas de Hércules, mítico fundador de Sevilla, y César Augusto, supuesto constructor de las murallas. Se reparó el acueducto árabe por el que llegaba el agua fresca de Carmona, se habilitaron norias para regar el césped, las plantas y los árboles y se instalaron trescientas fuentes públicas. Las principales casas sevillanas disponen hoy de agua corriente, pozos negros y lavaderos propios. Las lavanderas de las clases humildes, que antes lavaban la ropa a orillas del río Guadalquivir, se han retirado al arroyo Tagarete, que delimita la ciudad hacia el este. Se terminó para siempre la

Sevilla del pasado siglo, una ciudad de clausuras: la de su muralla, la de sus casas y la de sus mujeres, tapadas a la usanza mora. Hoy el rumor del agua de las fuentes lo invade todo y la belleza de las sevillanas luce sin trabas.

Muchas veces contemplé la venta o permuta de esclavos en las gradas de la catedral, donde se traficaba también con oro, plata labrada, sedas, objetos orientales y piedras preciosas. Eran numerosos los traficantes de siervos en Sevilla, algunos naturales de la ciudad pero generalmente portugueses, genoveses, florentinos, ingleses y flamencos dado que buena parte de las adquisiciones se exportaba a Lisboa, Londres, París o Ámsterdam. Era un mercado al alza que generaba beneficios y al que el descubrimiento del Nuevo Mundo iba a dar un giro inesperado. La demanda de mano de obra para las haciendas cubanas o en tierra firme, los cafetales, vegueros e ingenios azucareros, incitó a la captura de esclavos africanos por compañías mercantiles genovesas, portuguesas y españolas, sumándose después ingleses, franceses y holandeses. Todo lo relacionado con la esclavitud está cambiando, pues parece claro que el progreso y las leyes de la modernidad dejarán de contemplar la compraventa de seres humanos a medio plazo, al menos en Europa. En sesenta años, los que van de mi infancia al día en que escribo, se ha producido un cambio sustancial: yo vi desembarcar en el muelle del Arenal, con siete años, a esclavos marcados en la frente a fuego, con argollas nasales o cepos en manos y pies para evitar su fuga. Recuerdo que antes de venderlos los grababan en la espalda con hierros candentes, como a las reses bravas, con las letras «DSE» —de Sevilla— y a veces en la frente con las iniciales de su dueño.

Los esclavos, vistos desde el aspecto mercantil y en plan aséptico, eran un simple objeto de compraventa. Su valor venía condicionado por su sexo, edad, color y raza, dependiendo también de su número y de las leyes del mercado: la oferta y la demanda. Las leyes del reino asistían al esclavo en tanto en cuanto había que alimentarlo, darle techo, vestirlo y sanarlo si caía enfermo. Una estricta normativa impedía castigarlo con azotes. Resultaba curioso que las leyes de la

Corona prohibiesen la esclavitud en las Indias para los nativos y la permitiesen en la metrópoli. Los esclavos más cotizados eran los berberiscos, de piel blanca y buena resistencia física, aptos para cualquier trabajo. La hembra berberisca era más apreciada que el varón. Su precio oscilaba entre quince y veinte mil maravedíes, llegando en mujeres bonitas de aquella raza a treinta mil. Los negros eran más baratos, al ser más numerosos, pudiendo comprarse un varón fuerte y sano, de buena dentadura, por doce mil maravedíes, el doble aproximadamente que un caballo. Por norma, el valor de las hembras superaba al de los varones, sobre todo si se hallaban embarazadas o tenían entre once y veinte años. El encarecimiento femenil guardaba relación con la capacidad de procrear, su mayor longevidad y el ser más obedientes y menos propensas a la huida que los hombres. Había otro aliciente en el que estáis pensando: una mujer hermosa y atractiva, negra o agarena, podía convertirse en concubina de su dueño, fuera este soltero, casado, viudo o monje. Antes de la peste era práctica habitual que los amos de esclavos, tanto seglares como clérigos, tuvieran relaciones sexuales con sus siervas domésticas. Ocurría aquí y en Londres, Moscú, París o Roma. Muchos reconocían a sus hijos ilegítimos y todos se ocupaban de bautizar a los neonatos. Después de la gran epidemia todo cambió: el declive del mercado esclavista es notable, ya no se ven ventas ni subastas en las gradas catedralicias y los traficantes se han mudado a Lisboa o La Habana.



Desde los trece años, cuando me cambió la voz y surgió el bozo, sentí bullir la sangre y un ardor que era nuevo a la vista de una mujer bonita. Era el caso de mis conmlitones. Ninguno teníamos experiencias venéreas, pues no son a considerar las veces que nos masturbábamos en comandita en la orilla del río. Fue amaneciendo mis catorce primaveras cuando la apetencia de hembra se hizo

imperiosa. Una tarde, a la sombra de la puerta de la Carne, quizá por relación o maridaje, discutimos el asunto.

—Un primo mío asegura que en los burdeles de la alameda, frente a la puerta de Córdoba, tienes una mujer, a escoger, por un real de plata —dijo Alfonso, un rapaz de quince años de barba ya apuntada.

—Eso son treinta y cuatro maravedíes —replicó Rodrigo, un mozo de mi edad, que pretendía estudiar leyes en Úbeda desde que se graduara de bachiller—. No los he visto juntos ni en pintura —añadió.

—El problema es el mal napolitano —aduje—. Vi con mis ojos, en vida de mi padre, que en gloria esté, a una golfa de aquellos o parecidos andurriales llena de bubones y hediondas pústulas supuradas. Conmigo no contad si para echar un polvo hay que jugársela...

—No es lo corriente. Sé de buena tinta —intervino Delfín— que las niñas de un lupanar en la calle de Cuna, en el 49, son limpias y de precios ajustados.

—¿A qué llamas precios ajustados? —preguntó Tomás, que completaba el grupo.

—Por dos reales de a ocho puedes elegir coima y gozarla durante una hora y media —respondió Delfín—. Según mi informador, son estupendas y tan cariñosas que, en ese tiempo, echó a la suya tres zambombazos.

Hubo un silencio pudendo-crematístico, calculador.

—Hablas de limpieza a la ligera. ¿Cómo puede saberse si una puta está libre de sífilis? —pregunté al fin—. En mi casa hay un tratado anatómico que muestra los entresijos del sexo en las mujeres, una especie de jeroglífico. Seguro que las miasmas y emanaciones de aquella peste se esconden entre sus recovecos a pesar de la apariencia de limpieza. Mal negocio tiene que ser meterla donde no debes para después gastarte en árnica y calomelanos tus ahorros —añadí.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Delfín.

—Guerra de guerrillas —contesté—. Que cada cual batalle por su cuenta.

—Perfecto —exclamó Rodrigo—. Este fin de semana iré a un prostíbulo de la alameda de Hércules y probaré.

—Te acompañaré —dijo Alfonso.

—Yo prefiero indagar en la calle de Cuna —observó Delfín—. Al fin y al cabo, de algo hay que morirse.

—Pues ya me contaréis vuestras experiencias —dije a modo de despedida.

Mi iniciación con las mujeres ocurrió algo después, metido ya en los catorce años. Fue la habitual en un ambiente acomodado sevillano, en casa de familia más o menos pudiente con sirvientas y esclavas. En el hogar que me acogía había dos criadas jóvenes, además de Clementina. Las tres eran amables y cariñosas, las tenía como amigas y me miraban bien. Decidí que intentaría acceder a la que se brindara, sin importarme mucho cuál, pues se trataba de aplacar mi instinto varonil. Matilde, la cocinera, debía de andar por los treinta. Venía de Cádiz y tenía toda la gracia y el salero de la vieja y romana Gades. No era una belleza legendaria, pero poseía unos ojos bonitos y su figura sugestiva —que dejaba entrever cuando en bata y chancletas me servía el desayuno antes de ir a la escuela— te permitía soñar. Supe por Sinforosa, que conocía el debe y el haber de todas las mujeres que reglaban en el barrio, que tenía un hijo de cinco años viviendo con su madre y que, a pesar de ello, había renunciado al casorio. Carmen, la doncella, tendría alrededor de veinticinco. Era alta, seria, guapa con sus ojazos negros y aquel tipazo, que aparentaba la majestad sensata y circunspecta de las cordobesas. Hablaba con un peón de albañil de buen aspecto. Lo sé porque lo había visto más de una vez merodeando el portal los domingos por la tarde, cuando la recogía para ir a pasear al Arenal, frente a la Torre del Oro. Quedaba por fin Clementina, la niña-esclava, claro que en nuestra casa tenía la consideración de criada distinguida al llevar en las venas sangre de la familia. A sus dieciséis años se había convertido en toda una mujer: de mediana estatura, redondeada de formas, los senos recogidos, pies chicos de uñas cuidadas y el embrujo entre gitano y moro de su mirada, de un tono que recordaba al ámbar nórdico. Un aliciente más

era el color de su piel, del que ya dije algo: andaba a mitad de camino entre la avellana tostada y el azúcar moreno. Poco sabía de ella, pues apenas salía de casa y en nuestras conversaciones se manejaba con monosílabos. Su madre la celaba lo mismo que al oro de Samarcanda y ni en mi delirio más febril soñaba con poseerla. Sin embargo, ocurrió. La cuarta vez que husmeé por el cuarto de las mujeres, en la azotea, especie de gineceo de harén sevillano donde olía a jazmines y a pomadas de hembra, me interpeló Sinforosa.

—¿Qué te traes, mi pequeño? —dijo cariñosa, pues siempre me quiso de una forma especial—. ¿Qué se te ha perdido aquí arriba?

Dudé si enhebrar alguna mentira convincente, pero comprendí que engañar a aquella maga subsahariana era imposible.

—Ando desazonado y sin pulsos, Sinforosa —repliqué—. No sé lo que me pasa.

—Yo te lo aclararé —dijo—. Cumpliste ya los catorce, te apunta el bozo y lo mismo que el potro de año y medio buscas yegua.

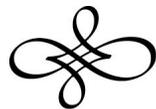
—No lo niego. ¿Cuál es la solución?

—Cualquier negocio la tiene —sostuvo—. Déjalo de mi parte. Veré qué puede hacerse.

Y así fue como, sin riesgo de mi parte, aquella singular alcahueta me inició en el placer de Venus brindándome lo mejor que tenía: su propia hija. Fue un amor ponderado, cauteloso y silente. Resultó ser que Clementina, loados sean los dioses, se había fijado en mí pero sin tener el valor de dar el primer paso. Tres días después de la referida conversación una sombra descalza, desnuda y con el pelo suelto entró en mi habitación tras dar las doce, cuando todos dormían. La luna penetraba por las jambas abiertas del balcón junto con el perfume de la flor del magnolio. Antes de amarnos nos buscamos, besamos y acariciamos. Podéis imaginar el mimo exquisito con que la desfloré, pues era doncella. Los trabajos de Hércules se quedan chicos comparados con los que me tomé para quebrar su virginal entereza sin lastimarla. Con ciencia infusa al modo salomónico y un arte que me bajó del cielo, logré hacerla mujer sin escuchar gemidos o los justos. Culminado el amor, quedamos machihembrados el resto de la

noche. A la indecisa claridad del alba mi deliciosa amante se alzó del lecho y se llevó la huella del delito: la sábana tinta en sangre himeneal.

Nos amamos con regularidad, casi a diario, hasta que al año quedó preñada. Clementina me hacía levitar de placer cada vez que me acogía en su regazo tibio, un refugio seguro en las noches de invierno, aromático de lavanda, espliego y el sudor de su piel, sudor de niña grande, después de las refriegas. Era una amante entregada y sumisa, siempre dispuesta, que aceptaba todas las propuestas y colmaba mis ansias varoniles. Cuando dio a luz a una niña, me vi en la necesidad de explicarme con mi cuñado, que tan desinteresadamente me acogía. Reconocí la paternidad de la pequeña y prometí dotar a Clementina para procurarle una buena boda desde que pudiera. El momento llegó años después cuando entré en posesión del legado paterno: veinte mil reales de plata fruto de la venta de la casa de la Magdalena. El propio Juan Agustín Lagares conocía a un bracero de Lebrija, antiguo paciente, gente honrada, que buscaba esposa. No deseaba yo violentar la voluntad de nadie, por lo que los cité una tarde para que se conocieran. Fue instructivo. Él, que tenía treinta años y muy buena pinta, quedó tan deslumbrado al ver a Clementina como un finlandés albino en un desierto a pleno sol. La moza, que era realista, que es el escalón más alto de la listeza, comprendió que nunca iba a encontrar nada mejor. Ella llevaba como dote diez mil reales y él ponía la casa, de piedra labrada, con su huerto y tres palmeras, en las afueras de Lebrija. Fui el padrino de boda. Según el cura de la parroquia, que celebró el enlace, jamás había visto un padrino matrimonial con veintiún años.



Algo antes de estos acontecimientos estuve a punto de embarcar hacia las Indias. No tengo que deciros que la aventura americana era el pan nuestro de cada día en toda España y mucho más en Sevilla,

ciudad, junto con Cádiz y Málaga, de la que partían las naves tanto de la Corona como de armadores particulares. No se hablaba de otra cosa. La diversión mayor para cualquiera consistía en pasear por el muelle del Arenal, junto a la Torre del Oro, para admirar las naves de armadores privados o de la flota de Indias que, una o dos veces al año, cruzaban el océano hacia las islas del Caribe y tierra firme. Por las pasarelas descendían indianos enriquecidos con sus familias y una corte de sirvientes, funcionarios acogidos al retiro o soldados con licencia, oidores, fiscales o altos miembros de los virreinos, fardos de café o azúcar refinada, tabaco en rama, maderas finas y lo más importante: cajas y cajas lacradas y selladas llenas de lingotes de plata o de monedas del metal blanco acuñado en las cecas de Santo Domingo, México, Lima y el Potosí. El cerro del Potosí se hallaba en el momento culminante de su producción argénteo: cientos de cajas de reales de plata —las codiciadas macuquinas— troqueladas en la ceca de la ciudad peruana,<sup>5</sup> que llegaban a Sevilla desde Chile atravesando el estrecho de Magallanes.

A los galeones, muchos abarloados pues todos no cabían en la línea de atraque, subían lindas damas vestidas de blanco, con sombrillas de plumas para defenderse del fuerte sol del trópico, que eran las novias o esposas reclamadas desde la otra orilla por sus hombres. Embarcaban también esclavos debidamente custodiados y prostitutas para los burdeles de La Habana, La Guaira, Panamá y Cartagena de Indias, con la salvedad de que, por orden de la Corona, las golfas no podían ejercer a bordo su antiguo oficio. Cientos de pellejos de vino y toneles de aceite representaban la carga principal, a la que se sumaban en los últimos tiempos obras de arte, especialmente cuadros religiosos para la decoración de iglesias, catedrales, monasterios y conventos en el Nuevo Mundo y las islas Filipinas. Los talleres sevillanos de Antonio Mohedano, Francisco Pacheco, Juan de Roelas, Francisco Herrera el Viejo o Juan del Castillo no daban abasto a satisfacer tanta demanda, lo que denominaban «cargazón de Indias».

Ante el peligro de ataques piratas ingleses y holandeses, la Corona había optado desde 1520 por la organización de expediciones de numerosos galeones, a veces más de cien, que partían de Sevilla, único puerto español autorizado para el citado tráfico, hacia las Indias. El viaje solía ser anual, pero había años que se daban dos. Parte de los navíos se dirigía a La Habana, Veracruz y Cartagena de Indias, en Colombia, y el resto a Nombre de Dios y Portobelo, en Panamá. La tornavuelta se hacía desde La Habana, en la isla de Cuba, donde se reunían los barcos. Desde la Perla de las Antillas la flota se dirigía a Sevilla tocando siempre en Garachico o Las Palmas, los puertos españoles en Canarias, nuestras islas atlánticas. Existía otra línea similar en el Pacífico, el mar del Sur de Núñez de Balboa, que iba desde Acapulco hasta las islas Filipinas: el galeón de Manila fundado por Andrés de Urdaneta en el último tercio del pasado siglo.

Para mayor seguridad, la flota de Indias se hacía acompañar de buques de línea de la Armada, navíos fuertemente artillados que custodiaban las valiosas cargas. El peligro para las expediciones no venía solo de la perfidia inglesa, francesa u holandesa, pues el mar y las tormentas se cobraban con regularidad vidas y navíos. Los tifones y huracanes del Caribe, por ejemplo, hundieron en 1622 casi la flota entera con el galeón *Nuestra Señora de Atocha* a la cabeza cargado de tesoros. Tenía yo cinco años cuando ocurrió el desastre y Sevilla entera se cubrió de luto. Cada vez que un percance alcanzaba a los barcos se resentía el quinto real, el veinte por ciento del valor de los metales preciosos enviados por particulares desde las colonias, con grave detrimento de la economía.

Recuerdo que, desde que supe andar, mis pasos me llevaban al muelle del Arenal para ver embarcar a los viajeros o desembarcar las riquezas de las Indias, cajones de madera lacrados que, protegidos por soldados armados, eran transportados a los almacenes de la Casa de Contratación. Media Sevilla vivía de la plata mexicana o de la que llegaba del Potosí en barcos que hacían la línea desde Valparaíso pasando por el estrecho de Magallanes y Buenos Aires. Los inmensos galeones, muchos de cuarenta y cinco mil quintales de

desplazamiento,<sup>6</sup> atracaban en los muelles o se abarloaban. Yo me soñaba en las Indias al ver las naves adornadas de banderas y gallardetes, el maderamen recién barnizado, las jarcias tensas, las gavias ondeando con la brisa o cuando veía subir por las pasarelas a los capitanes al son de los pitidos del silbato del oficial de guardia.

Las historias sobre emigrantes enriquecidos, civiles o militares, eran la comidilla en las charlas tabernarias y en los mentideros sevillanos. No citaré por conocidas las vicisitudes de los Cortés, Almagro, Pizarro, Orellana, Valdivia o Cabeza de Vaca, pero sí haré mención de un sevillano que, de vulgar comerciante de vinos y aceites, se convirtió hasta su muerte en el hombre más rico de ambos hemisferios: Bartolomé de Medina, el inventor del «beneficio de patio», un sistema que, utilizando cinabrio —el mercurio de las minas de Almadén y después el de las peruanas de Huancavelica—, lograba «beneficiar» las escorias o gangas argentíferas de los yacimientos extrayendo la plata residual. Con su procedimiento, primero en Pachuca de Soto, en la Nueva España, y más tarde en el cerro del Potosí, convirtió a España en la primera potencia mundial por la producción del metal blanco y a sí mismo en el más acaudalado contribuyente del imperio.

Tenía yo quince años cuando el doctor Gerónimo Díaz de Pavía, casado con mi hermana María, la mayor, me propuso embarcar para Cartagena de Indias. Corría el año 1633. Sería de la partida Bartolomé Ortiz, un primo hermano que no tenía oficio ni beneficio. Don Gerónimo era reclamado por el cabildo de la ciudad de Guayaquil, en el Perú,<sup>7</sup> para ejercer allí su profesión de físico. Mi primo pretendía formarse al lado del galeno a modo de ayudante. Es verdad que consideré el asunto con seriedad y que tiraba de mí el amor a la aventura y a lo desconocido, pero no es menos cierto que nunca lo vi claro. Me aterraba encerrarme cuarenta y tantos días en uno de aquellos cascarones, yo, que me mareaba en una barca para cruzar el río Guadalquivir. Por otra parte, estaba a punto de culminar mis estudios y graduarme de bachiller, la meta que me había propuesto. Transcurría, en fin, mi época al lado de Clementina, aquella náyade

hecha de seda y nardo, perfumada de jazmines, y por nada del mundo quería prescindir de su aroma. Se acercaba la fecha del embarque. Las dudas iban despejándose en mi caletre cuando un inesperado acontecimiento terminó de aclararlas: Juan del Castillo, el pintor y pariente, envió a buscarme. Le hacía falta un buen ayudante, había visto mis dibujos a plumilla —entre ellos un desnudo sin rostro de Clementina— y se prestaba a formarme hasta convertirme en un gran pintor, el sueño dorado de mi infancia.

**E**n el otoño de 1633, sin cumplir dieciséis años, me trasladé al taller de Juan del Castillo, que, como dije, estaba casado con una hija de un hermano de mi madre, siendo por tanto primo mío. Fue un traslado físico, pues la formación de un pintor comportaba residencia. En mi caso, siendo familiar y viviendo en Sevilla, don Juan me autorizó a pasar en mi casa los fines de semana. Firmé un contrato que me ligaba por seis años al taller. Mis obligaciones consistirían en colaborar en los trabajos de pintura, limpiar y hacer mi cama, estar aseado y presentable, arreglar el dormitorio comunal por turno, poner y recoger la mesa donde comíamos y estar a lo que ordenara mi maestro. A cambio recibiría comida, techo, ropa, calzado y a partir del segundo año un porcentaje en la venta de los cuadros que, bien a particulares o en ferias por toda la provincia, se comercializaran con mi intervención.

Empecé por el principio: el dibujo lineal, pasando poco a poco a trazar a plumilla figuras, planos o edificios usando el carboncillo, sanguina o tinta china. Cada episodio llevaba meses, pues don Juan era meticuloso y perfeccionista. Gran parte del aprendizaje se efectuaba en la vía pública, pues el maestro nos ordenaba plasmar la Torre del Oro, la Giralda, la puerta de Jerez, el patio de los Naranjos o la Alcaicería. Plantaba el caballete debajo de un naranjo y, en medio de la curiosidad de los viandantes, trasladaba al pergamino el motivo

elegido. En años sucesivos aprendí a elaborar colores y a mezclarlos, a tratar los pigmentos, familiarizarme con los pinceles, elegir las maderas para los marcos o bastidores, seleccionar las telas o lienzos adecuados, tensarlas y, por fin, aprestarlas o darles la necesaria imprimación que precisan los óleos. Las telas podían ser de algodón o de hilo, siendo estas las más caras y apetecidas.

Era el más joven de los siete aprendices. Destacaban entre ellos Pedro Moya, algunos años mayor que yo, de buen humor perenne; Ernesto Dueñas, un onubense de veinte años hijo de pescadores, y Enrique Maluenda, un palentino sensato y circunspecto, al que perdí la pista. Acudía casi a diario como colaborador del taller Alonso Cano, granadino, un pintor ya formado, gran amigo de Juan del Castillo. Del Castillo lo había conocido en un viaje a Granada, admirándose de su enorme valía y recomendando a su padre que se trasladase a Sevilla, donde el ambiente pictórico era muy superior. A pesar de ser once años más joven, Alonso Cano reunía más experiencia que mi maestro, pues con trece y catorce años había entrado en el taller de pintura de Francisco Pacheco, el más prestigioso pintor de la ciudad, maestro de Diego Velázquez, un artista sevillano de prestigio en aumento que medraba en la corte. Cano era un hombre muy ameno, de gran atractivo viril, bienquisto entre las damas que se lo disputaban. Lo perdía su carácter altanero, incluso pendenciero. Iba siempre armado con daga veneciana y espada al cinto. Pensé que eran armas de adorno, pero me equivocaba: en una ocasión, cogido en un renuncio de faldas, el marido agraviado lo retó a un duelo a espada con padrinos. Ofensor y ofendido se vieron rayando el día a orillas del arroyo Tagarete, frente al monasterio de Santa Clara. El desafío era a primera sangre. Como no hubo retractación ni podía haberla, pues mala solución tiene dejar preñada a una mujer ajena, que era el caso conciso, los contendientes se batieron hasta que Alonso Cano, habilidoso espadachín, hundió su acero en un seboso flanco del cornudo. Maléfica solución la de los duelos: ocurre a veces que el ofendido suele ser muerto a estoque o de un balazo, con lo que al deshonor se suma la ignominia. Malas lenguas en el arrabal de

Triana, donde vivía el marido burlado, afirmaban que, mientras se restablecía en el hospital de las Cinco Llagas de sus heridas, los amantes se solazaban a su capricho sin peligro y en pleno lecho conyugal.

Amén de mujeriego, experto en armas blancas y excelente maestro del pincel, Alonso Cano era trasnochador y jugador de lance. Pese a desenvolverse bien económicamente, pues sus pinturas se vendían como rosquillas listas, sus juergas y amoríos le lastraban la bolsa hasta el extremo de acudir al auxilio-trampa de prestamistas y usureros. Siempre podía encontrársele en los garitos de la puerta de Carmona, junto a la muralla, o, ya al amanecer, en los burdeles del arrabal gitano, pues amaba las zambras. Si le faltaba plata, atontaba a las mujeres con su arma infalible, la sonrisa, refugiándose en ellas tras las peloterías que tenía con su sufrida esposa, Magdalena de Uceda, sobrina del pintor Juan de Uceda. Como último remedio acudía a la munificencia de su amigo, mi maestro Juan del Castillo, que lo apreciaba hasta el extremo de pagar sus deudas. La vez que lo llevaron a la sevillana Cárcel Real acusado de romper la cabeza a uno que lo molestó en una taberna, lo encerraron por reincidente a la espera del juicio. Era el comentario en media Sevilla: nadie entendía que aquel artista excelente y completo —también era escultor—, autor de Cristos, Vírgenes, santos y mártires, tuviese tan malas pulgas. En la ocasión que cuento, cuando rompió la crisma a aquel gracioso, acudió en su ayuda, cómo no, su amigo Del Castillo, que pagó la fianza: dos mil reales.

Por lo demás, Alonso Cano fue un tipo muy curioso hasta su muerte, en el sesenta y siete. A mí me enseñó a dibujar y a dominar la perspectiva, pues era un maestro en ese campo. Solo tengo de él buenos recuerdos, pues era generoso, locuaz y divertido, con un torpe defecto: su mal beber. Cuando culminé mi primer aprendizaje, los seis años que estuve con Juan del Castillo, se fue para Madrid, donde el conde-duque de Olivares lo nombró pintor de cámara. El cargo llevaba anejo la enseñanza del dibujo al príncipe Baltasar Carlos, hijo del rey Felipe IV, que era príncipe de Asturias. Casi toda la culpa de

mi primer viaje a Madrid la tuvo él. Me animaba en sus cartas y me dio una de presentación para Diego Velázquez. Ya en la corte cambió de estilo, pasando del tenebrismo del Caravaggio al colorista y elegante de los maestros flamencos. Dormí en su casa cierto tiempo, acogido por su esposa, aquella Magdalena de Uceda, excelente persona y guapa mujer. No se llevaban bien. Años después, de vuelta en Sevilla, supe que la pobre había sido asesinada. Los rumores señalaban al pintor como culpable, inducido quizá por una amante, pero nada pudo demostrarse. El juez, por sí o por no, lo desterró tres años de la corte.



Mi formación pictórica avanzaba. Le sacaba a la paleta los colores más puros mientras se afinaba mi pincelada. Reflejaba en mis lienzos lo pintoresco de Sevilla, una ciudad donde todo puede pintarse: tipos corrientes, mendigos, señoritingos, escenas callejeras que me alababa Juan del Castillo y que se vendían bien en las ferias de Camas, San Juan de Aznalfarache o Alcalá de Guadaira. Los cinco primeros días de la semana se consumían en una tensa espera de los sábados, cuando después del mediodía me aguardaba en mi casa —hablo de la de mi tutor— Clementina, mi medio hermana-amante. El tercer año, después de dar a luz a nuestra hija, reanudamos los sensuales encuentros con renovada furia. Adoraba pintar las uñas de sus pies antes de amarla. Me refugiaba en su regazo y aspiraba el aroma que exhalaba su piel morena. Era algo mágico, difícil de entender fuera de aquella pecaminosa Sevilla de mi juventud, cuna de la tolerancia, llena de embrujo y teúrgia, donde olía a gineceo moruno y todo se sustanciaba en la mujer para adorarla, mimarla y protegerla.

A partir del cuarto año mi situación económica empezó a mejorar. No estando aún heredado, dependía de los ingresos del taller de pintura y estos se incrementaban de año en año. Colaboraba en cuadros de taller, los que no abarcaba el maestro, pintaba cuadros

propios y, sobre todo, elaboraba pinturas para el «cargazón de Indias». Os explico. Era tal la demanda de cuadros religiosos para nuestros virreinos americanos que en los talleres sevillanos no dábamos avío. Desde todos los rincones de la Nueva España nos pedían Vírgenes de Guadalupe, la virgen mexicana que se había aparecido un siglo atrás a Juan Diego, un indio azteca. De Cuba solicitaban Vírgenes de la Caridad del Cobre, Santa María la Antigua desde Panamá, Nuestra Señora de Coromoto de Venezuela, la Virgen del Rosario de Colombia, la de Quinche desde Quito, la Merced desde Lima, la chilena Virgen del Carmen desde Santiago, la argentina Virgen de Luján de Buenos Aires, Nuestra Señora de los Treinta y Tres desde Montevideo o la Virgen de los Remedios de Mindanao y Manila. Sumad a todo ello los cientos de Cristos y los miles de santos y nos veréis a los aprendices de don Juan del Castillo sudar la gota gorda y trabajar como dicen que hacen los chinos. Al menos compensaba: en mi último año ganaba mes por mes mil reales, que era el sueldo de un buen empleado de la Corona. A todo ello hay que sumar lo que ingresaba por mi producción propia. Por *La Virgen entregando el rosario a Santo Domingo*, mi primer cuadro, un encargo del palacio arzobispal, recibí mil quinientos reales de a ocho del Potosí, las codiciadas y ya nombradas macuquinas. Por *La Virgen con fray Lauterio, San Francisco de Asís y Santo Tomás de Aquino*, un óleo de gran formato para el convento de las madres agustinas, me embolsé de golpe dos mil doscientos reales, lo que ganaba mi padre en seis meses.

Nunca gastaba ni media blanca, pues pensaba en mi futuro y sobre todo en Clementina. Era un cielo de niña y quería dotarla bien para casarla del modo más ventajoso posible. Creo que mi proceder era el correcto, el de un verdadero caballero. Además, me había regalado su cuerpo, algo que no puede pagarse con dinero. A la semana de mi mayoría de edad, a primeros de enero de 1639, tras recibir la hijuela, compré a mi amante un anillo de oro con un ópalo y le expliqué mis planes en presencia de su madre. Ambas lloraban de alegría. Clementina insistía en que me amaba y que estaba dispuesta

a servirme aunque me casara, siendo la esclava de mi mujer, pero aquello sonaba a folletín de ópera napolitana y coartaba mi libertad. El resto ya lo sabéis.

Justo por aquella época Juan del Castillo cerró el taller y se trasladó a Granada. Sus discípulos se desperdigaron. Yo, con mi flamante título de maestro pintor, instalé mi estudio en casa de mi cuñado, habilitando para ello una luminosa cámara en la planta alta. Por mis relaciones con la Casa de Contratación mantuve mis encargos americanos y recibí uno muy especial: una *Sagrada Familia* para una iglesia sevillana. Fue por intermediación de Ana, mi hermana. Me comprometí, en contrato firmado, a pintar en seis meses un cuadro de gran formato para el altar mayor del templo. El precio cerrado, pagadero en dos mitades, una al inicio y otra al finalizarlo, llegaba a los dos mil cuatrocientos reales. Fui a la iglesia a estudiar el terreno. Era una parroquia pobre, en una collación del extrarradio, por lo que me extrañó que dispusieran de tanta plata. El propio cura me desveló el secreto: el cuadro lo pagaba el arzobispo. Estuve a punto de subir el precio, pues no sé si sabéis que la archidiócesis de Sevilla es, con Toledo, la más rica de España, con unas rentas que superan los dos millones de reales al año.

En 1642 Pedro de Moya, mi antiguo compañero de taller, pasó a saludarme al regreso de su viaje por Flandes e Inglaterra. Había estado en Amberes, La Haya y Ámsterdam, donde conoció las obras de Brueghel el Viejo, Van Eyck, Roger van der Weyden, Pedro Pablo Rubens y un joven valor en alza: Rembrandt, pero quien le impresionó vivamente fue Van Dyck. Con el deseo de ver trabajar al retratista flamenco se trasladó a Londres, pero cuando llegó había fallecido. Dándose a conocer en su estudio como pintor español, le permitieron sacar algunas copias de sus obras, que me enseñó. Me gustó la concepción moderna que tenía del retrato el artista de Amberes y decidí estudiarlo a fondo. Sabedor de que en Madrid, en la colección real, se hallaban algunas de sus obras junto a otras de pintores flamencos, escribí a Alonso Cano, lie los bártulos y en la

primavera de 1642 partí para la corte. Aún no había cumplido veinticinco años.



Por primera vez salía de Sevilla. Miento: para ver el mar bajé varias veces a Cádiz y otra estuve en Jerez de la Frontera. Solía viajar en la línea de postas, pues nunca monté a caballo. Solo una vez embarqué en un navío que descendió el río Guadalquivir y me dejó en la vieja Gades. De resultas quizá del extraño tufo que salía de la sentina, pues no había olas, me mareé. Cádiz me impresionó por el gracejo de los gaditanos, ellos y ellas, la intensa y deslumbrante luz y su belleza salada y recoleta. Jerez me admiró por la amplitud de sus viñedos y las verdes praderas donde pastaban los caballos y yeguas de capa más bonita que viera nunca: blanca moteada en gris perla. Cádiz me pareció blanca, tartesia y romana, y Jerez, glauca, gitana y mora. Lo pasé bien, pero echaba de menos Sevilla y rezaba, al regreso, para que los cambios de tiro en la silla de postas fuesen breves. Lo de Madrid fue diferente: los casi dos años que permanecí en la villa —Madrid no es ciudad sino villa— se me hicieron cortos, tal es la simpatía natural de sus vecinos, su hospitalidad y la manera como tratan a los foráneos vengan de donde vengán.

El viaje fue pesado, pues la diligencia hizo noche en Montoro y Valdepeñas antes de dejar a los molidos viajeros en su destino. Me instalé en una posada de la calle del Correo y dos días después visité a Alonso Cano. El granadino me acogió en su casa, en la Cava Baja, junto a la puerta de Segovia, y me enseñó la capital, en realidad un enorme y destartalado poblacho de menor tamaño y población que Sevilla. Todo giraba en torno a dos polos: la plaza Mayor y el Alcázar Real, un enorme castillo defensivo, resto moruno de la Reconquista, levantado sobre un altozano en la ribera de un riachuelo, el Manzanares, titulado como «aprendiz de río» por el gracejo castizo de

los madrileños y la gracia retrechera de las «gatas», como se definen a sí mismas las madrileñas.

Incluso con sus limitaciones, la villa y corte tenía su encanto. Siendo ciudad reciente: un castillo fronterizo titulado como Magerit por un emir moruno en el siglo IX, los nuevos barrios rodeaban al casco antiguo hacia el norte del río. Había bonitos palacios en las cercanías de la puerta de Alcalá, hacia el este. No tenía murallas pero sí puertas. El aire primaveral, seco y fresco, era mucho más delgado que el de Sevilla, más respirable, fruto quizá de las altas sierras que, al fondo, la circundaban hacia el oeste. La nieve, que reverberaba al sol en las cumbres serranas, prestaba a la decoración un aire sugestivo y para mí intrigante, pues conocía al meteoro de oídas, algo que me propuse remediar. El misterio de que aquel villorrio desangelado, sin río navegable y en medio de la nada, hubiese sido elegido por Felipe II como capital del reino en detrimento de ciudades más pobladas como Valladolid —la antigua capital—, Sevilla, Barcelona, Valencia o Bilbao obedecía a la paz del entorno, al limpio aire serrano y a hallarse casi en el centro geométrico de la península ibérica, equidistante de todas partes.

A la semana de mi estancia en la ciudad, el mismo Alonso Cano me llevó al alcázar y me presentó a Diego de Silva y Velázquez, pintor de cámara de su majestad, cuya fama transcendía ya las fronteras patrias. La acogida que me dispensó mi paisano, pues era de Sevilla, fue propia de un hermano. Igual que yo, había escogido para firmar sus cuadros el apellido materno. Velázquez había nacido en 1599, contando a la sazón cuarenta y tres años. Era hombre apuesto, bien parecido, de mostacho solemne a la francesa, siempre elegante en sus jubones bordados de hilo de Flandes y coletos de terciopelo negro. Su cargo oficial era de aposentador real y pintor de cámara, un escalón más alto que pintor del rey. No había perdido ni el acento andaluz ni la gracia sevillana, virtudes connaturales a los nacidos a la sombra de la Giralda y que eran las que imperaban en su casa, una bonita villa en las afueras de la capital, cruzado el Manzanares, en unos amenos prados que llamaban de la Florida. Allí me llevó invitado a comer a la

semana de conocernos. Lo cierto es que me chocó, pues con una merienda hubiera sido suficiente.

Era la primera vez que entraba en casa de un pintor donde no olía a pintura. El toque del negocio radicaba en que su taller se hallaba en el Alcázar Real, limitándose a bocetar sus cuadros a plumilla, sanguina o carboncillo en una luminosa estancia de la planta alta de su hogar. Fue una comida deliciosa. Su mujer, Juana Pacheco, hija del que fuera su maestro sevillano Francisco Pacheco, tenía por entonces treinta y nueve años. Su aspecto era agradable, el de la sevillana típica: espigada, de dorada dermis, boca de almendra, ojos de color indeciso, larga melena castaña y sazonadas formas. Ella era la cocinera o mediaba en los fogones con la titular, pues aquel gazpacho en su punto solo podía estar elaborado por una sevillana. Tenían una hija, Francisca, casada, que vivía con su marido en otra parte. Eulalia, una sobrina carnal de Velázquez que moraba con el matrimonio, me daba frente muy compuesta. Don Diego, el dueño de la casa, se limitaba a presenciar la escena en la cabecera de la mesa, a mi izquierda, pues estaba claro que el alma del hogar, su sustancia, era Juana.

Fue durante el segundo plato, pecho de jabalí serrano relleno de setas, cuando entendí que aquello podía ser una encerrona. Eulalia, que tenía diecisiete años, era bonita, dispuesta y sobre todo sevillana, un aval invencible si andas buscando novia. Supe después que hablaba con un mozo de la corte, buen partido, pero a nadie le amarga un dulce. Ese presunto dulce era yo mismo, un pintor en ciernes pero de buenas maneras, con futuro. Es sabido que en casi todas partes los pintores emparentan entre sí, por eso de atraer la clientela y no dañarse comercialmente, y tal vez por ahí iban los tiros. La moza, bien educada y hecha a la manera de la corte, comía con la delicadeza de las garzas reales, bebía agua envinada secándose los labios después de cada sorbo, pegaba los codos a la cintura como las condesas, mascaba el cochino silvestre con la boca cerrada y utilizaba vasos —había dos, uno para el agua, algo mayor, y otro para el vino— y cubiertos atendiendo a la etiqueta de las mesas selectas. Salió a colación que

Francisca, la única hija viva de la pareja, de veintitrés primaveras, estaba casada con el ayudante favorito del pintor: Juan Bautista Martínez del Mazo. La sobremesa concluyó con café, copa y puro. Las mujeres levantaron el campo y Velázquez, muy amable, me habló de sus buenas perspectivas cortesanas, de su viaje a Italia y de mis posibilidades de medrar en la corte, donde sobraba trabajo para un buen pintor, máxime ante la situación de Alonso Cano. Yo me las di de nuevas.

—¿Qué ocurre con el granadino? —pregunté.

—No gustan en la villa sus modos —respondió don Diego—. Armado hasta los dientes, pues a daga y espada suma un pistolón de chispa, busca a diario la gresca en mesones y tabernas y termina encontrándola, pues los castellanos son menos pacientes que los andaluces. Suma a todo su afición a los naipes, su amor por las mujeres, especialmente ajenas, y resultará un combinado tan explosivo como la pólvora.

—Pinta de maravilla... —dije en su abono.

—Cierto —corroboró Velázquez—, pero es poco constante. Siempre lleno de deudas, exige el pago de los encargos por adelantado y los entrega tarde y mal, fuera de plazo. Te diré en confianza, y guárdame el secreto, que el conde-duque de Olivares, que fue quien lo trajo a la corte, lo ve con malos ojos. Solo por lo agradable que es cuando está sobrio, lo habitual, conserva el favor real. Si lo perdiera, su cargo, que es el de pintor del rey, quedaría vacante —dejó caer.

—No sé si algún día podré aspirar a tanto —dije—. De momento mi idea es seguir aprendiendo, acercarme a maestros que puedan enseñarme y conocer estilos diferentes, lo que hacen en Italia y Flandes. Quisiera ver los trabajos de vuesa merced —añadí—, sus obras más recientes así como las pinturas de las colecciones reales en Madrid y en los demás reales sitios.

—Tutéame —pidió—. Somos paisanos y tratándome de usted me haces viejo. Tengo de ti las mejores referencias a través de Alonso Cano y de Juan del Castillo. Yo también quiero ver cómo trabajas,

pues, si cumples mis expectativas, que seguro que sí, te lograría el cargo de pintor del rey. Me agrada verme rodeado de sevillanos.

—No digo ni que sí ni que no, maestro, pero gracias por la confianza —respondí—. Lo cierto es que llevo en la corte una semana y ya añoro Sevilla.

—A mí me ocurrió igual —aseguró—. Se te pasará. Madrid es ciudad pequeña, acogedora, donde nadie es extraño. Los madrileños son dispuestos y amables y ellas, bonitas y casi tan graciosas como las sevillanas. Dentro de nada te encontrarás muy a gusto.

Velázquez tenía que subir a la ciudad para una gestión. Me despedí de su mujer y de la moza. Doña Juana insistió en que pasara a recoger a Eulalia el primer día festivo, pues quería que me enseñara los jardines del Buen Retiro, al norte de la villa, pasada la puerta de Alcalá, y en ello se quedó. Una calesa que la Corona ponía a disposición del pintor de cámara de su majestad dejó a Velázquez en el Alcázar Real y a mí en la Cava Baja.



Cerca de cinco meses viví en casa del matrimonio Cano. No tenían hijos, por lo que el silencio bendecía aquel hogar. Solo algunas noches se alteraba la paz cuando el señor de la casa llegaba de madrugada, pasado de copas, y organizaba un estruendo tropezando en la oscuridad, derribando una silla o haciendo trizas un jarrón. Magdalena, su sufrida esposa, padecía en silencio los excesos de su marido, levantándole la voz pocas veces. Hija del pintor Juan de Uceda, como ya dije, era muy querida de Diego Velázquez al haber sido Uceda su maestro durante su formación sevillana en el taller de Francisco Pacheco. Aquel maltrato fue la causa del gradual distanciamiento entre Velázquez y Cano, dos gigantes del pincel. Para evitar problemas, pues me debía a ambos, un día acudía al taller de mi anfitrión y otro al del sevillano. Eran de estilos pictóricos y de vida radicalmente opuestos. Uno era tranquilo y amaba la luz y los colores

vivos y el otro, un tabardillo que prefería el tenebrismo y los tonos grises, apagados. Velázquez madrugaba y era el primero en llegar a su taller y Cano se levantaba tarde y era un caos en el suyo. Cano era un prodigio espontáneo, un fenómeno de la naturaleza, y Velázquez, el mejor pintor que he conocido fruto de su esfuerzo, de una inspiración que le enviaba Mnemósine, la madre de las musas, para premiar su constancia y la permanente búsqueda de la perfección en el arte pictórico.

Durante aquellos meses Alonso Cano trabajó en una preciosa *Santa Inés*, de trazo ecléctico y pincelada firme. Por las tardes solía enseñarme la riqueza artística de los templos madrileños, algunos con pinturas suyas. Vi el convento de las Descalzas Reales, el templo de San Francisco el Grande y el monasterio de la Encarnación, de monjas de clausura, institución que, como las Descalzas Reales, mantenía la Corona. Recuerdo que, en mi segundo año madrileño, Eulalia, la sobrina de Velázquez, que era muy devota, me llevó a la Encarnación a contemplar el milagro de la licuefacción de la sangre de San Pantaleón. El prodigio tenía lugar el 27 de julio, fecha supongo del martirio del santo. La reliquia, una de las cerca de setecientas del legado necrófilo que dejara Felipe II, se conservaba en recipiente de vidrio dentro de un arca de oro. El templo estaba abarrotado, por lo que al calor humano se sumaba el de Madrid a finales de julio, un calor africano. El sacerdote, después de una misa que no acababa nunca, mostró desde el altar el recipiente —un cilindro de cristal de cuarzo— a la asamblea, lo inclinó y lo que hubiera dentro, una masa negruzca, se movió. No me extraña: al amor de un calor que dejaba chico al de Sevilla en pleno agosto, se derretían las piedras y mis sesos dentro de la sesera. Alonso Cano, que había estado en Nápoles, me contó que allí pasaba lo mismo con la sangre de San Genaro, patrón de la ciudad. Callé delante de la moza, muy compuesta aquel día, mis escrúpulos referentes a milagros y prodigios fuera del que supone respirar. Alonso Cano era de mi misma opinión. Aquella noche en la taberna, bebiendo unos chatos de vino de San Martín de Valdeiglesias, saqué a colación el tema.

—Madrid es ciudad nueva pero civilizada —aseguró Alonso—. Puedes exponer tus teorías y asertos sin temor a ser descalabrado. No es el caso de Nápoles: si en la vieja Parténope pones en duda el milagro de la sangre de San Genaro, te expones a ser lapidado por las turbas.

Una mañana festiva de mi primer otoño cortesano, cumpliendo lo acordado, me acerqué a recoger a Eulalia. Alertada por su tío, me esperaba en la puerta de su villa al lado de una dueña. Ordené al cochero que nos llevara a los jardines del Buen Retiro. La calesa cruzó el río por un puente de piedra, subió la cuesta de San Vicente, pasó frente al Alcázar Real, se internó en la calle del Arenal, dejó atrás la concurrida Puerta del Sol, bajó por la calle de Alcalá cosa de media milla, salió de la ciudad por la puerta del mismo nombre y nos dejó en el real sitio. A la vista del pase sellado con las armas del rey que me facilitó el maestro Velázquez, dos soldados armados nos franquearon el paso. La posesión de la Corona se hallaba en alto, junto a un monasterio de los padres jerónimos. Era un vergel donde el césped y los árboles se conjugaban con un estanque, rumorosas fuentes y cantarines regatos de agua. Por orden del conde-duque de Olivares levantaban en mitad del delicioso parque un palacio para regalo y descanso de los reyes, también como refugio en caso de epidemia. Eulalia se sinceró conmigo delante de la jaula de los pájaros, hecha de caña de bambú, llena de loros, cotorras, cacatúas, gallinas de Guinea, canarios, guacamayos y gorriones que debían colarse por alguna rendija para comer gratis. Buscaba mi amistad, pues no estaba segura de sus sentimientos en referencia al mozo que la cortejaba, un petimetre. Salí airoso de la mejor forma que pude, asegurando que no pensaba en casarme todavía, pero que siempre podría contar con mi afecto.

Las mañanas en el taller de Velázquez, en el recinto del Alcázar Real, eran distintas. Estaba atento al proceder del maestro, desde el modo de coger el pincel y buscar la mejor incidencia de la luz, hasta la forma y espesor de la pincelada. Destacaba entre sus ayudantes Juan Bautista Martínez del Mazo. Me impresionaron los cuadros ecuestres

que terminaba aquellos días interpretando al rey y al príncipe Baltasar Carlos, príncipe de Asturias, que tristemente iba a fallecer tres años más tarde. Todas las mañanas pasaba a admirar la colección real, atesorada en una pinacoteca de la segunda planta, pues algunas pinturas no eran visibles al estar en las cámaras de la real familia. Hice copias de Tiziano, Rubens, Tintoretto, Caravaggio y del propio Velázquez, como *La rendición de Breda*, *El triunfo de Baco* o *El aguador de Sevilla*, obras de juventud del artista. Atendiendo a la solicitud del maestro, pinté dos lienzos costumbristas inspirados en la obra del Caravaggio: *La gallega de la moneda* y *Niño espulgándose*, que fueron del agrado de todos los pintores que los vieron.

Cuando, a raíz de una descomunal bronca en el domicilio del matrimonio Cano, decidí cambiar de aires, Diego Velázquez me ofreció su casa. Por los gritos y el volar de jarrones y cornucopias que lanzaba la triste Magdalena, entendí que se trataba de un asunto de faldas. No quería tomar partido y me quité de en medio, aunque estaba claro que el responsable de la situación era el excelente pintor y escultor y execrable marido. Casi un año estuve como invitado en casa de mi paisano, en un ambiente tranquilo y familiar. No dejaba de visitar alguna vez a Alonso Cano, al que veía taciturno, como encerrado en sí mismo. Con pasaporte de la Corona visité Aranjuez y El Escorial, reales sitios donde se encontraban importantes pinturas de maestros españoles y extranjeros, sobre todo flamencos. Me entusiasmaron los cuadros de Roger van der Weyden, Alberto Durerro, Antonio Moro, Patinir, Brueghel el Viejo, Antón van Dyck, Lucas Cranach y algún otro, pero me trastornaron las enigmáticas pinturas de Hieronymus Bosch, un pintor flamenco del siglo XV, que enamoró a Felipe II hasta el extremo de inducirle a comprar prácticamente toda su producción. Los óleos del Bosco, como es conocido entre nosotros, no tienen desperdicio. Todos tienen algún significado esotérico, normalmente aleccionador, pero hay uno, conocido como *La creación del mundo*, que me tiene sin sueño cuarenta años después. Se trata de un tríptico, óleo sobre tabla de roble báltico, que representa tal celeste o endiablado cosmos que su explicación resulta

complicada, si no imposible. Trataré de resumíroslo. El tríptico cerrado reproduce una esfera de la tierra en tonos grises, sin sol ni luna, en referencia según los taumaturgos al tercer día de la Creación. Ya abierto el cuadro, y en contraste, surgen varias escenas con todos los colores del arcoíris. El primer panel representa el paraíso, con Adán, Eva y decenas de animales, plantas y árboles, como un dragón, especie común en las islas Canarias. El panel central es una especie de jardín de las delicias en planos superpuestos, con fuentes, lagos y extraños artilugios por donde pululan seres desnudos de todas las razas. La tercera sección es el infierno, con un maremágnum inescrutable de incendios, instrumentos musicales, animales deformes, orejas, círculos, barcas, cuevas y cavernas llenas de demonios y condenados a las penas del averno. Comentaba Velázquez, quien tuvo la gentileza de acompañarme a El Escorial, que el pintor presenció cuando niño el incendio de Bolduque, su ciudad natal, Hertogenbosch en holandés, dantesca impresión que según los físicos de la corte pudo afectarlo.

Fuera de la pintura, me agradó sobremanera el monasterio de El Escorial, que Felipe II ordenara levantar en la pequeña localidad serrana, a los pies del monte Abantos, en conmemoración de la victoria de San Quintín frente a los galos. Yendo con el pintor de cámara de su majestad, se nos abrieron todas las dependencias y rincones del majestuoso e inmenso edificio: la basílica, tan grande casi como la catedral de Sevilla; la sala de batallas que representaba las principales victorias de nuestros ejércitos; la real botica, donde se producían los más modernos fármacos; las dependencias de Felipe II, con su austero dormitorio y el ventanuco que daba al altar mayor del templo desde el que presenciaba la santa misa si se lo aconsejaba su mala salud, y el panteón de reyes, donde reposan los cuerpos de los monarcas de la Casa de Austria y sus esposas. Solo seis de los veintiocho nichos se hallaban ocupados: los de Carlos I y su mujer Isabel de Portugal, Felipe II y Ana de Austria, su cuarta esposa, y Felipe III y su mujer Margarita de Austria.

—¿Cómo es que no figura en los enterramientos Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, la más amada? —pregunté a mi cicerone.

—Porque no fue madre de reyes —me informó Velázquez.

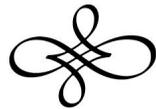
Ya de vuelta a Madrid, paramos en Galapagar, en uno de los mesones del camino real, donde probé el mejor asado de cordero que recuerdo. Pregunté a mi mentor, hecho ya a los asados y demás excelsas pitanzas de Castilla.

—El secreto del cordero asado de estas tierras se halla en los animales, que deben ser lechales, de tres semanas, que no hayan probado aún la hierba —aseguró—. Es un caso parecido al del cochinito que catarás en Segovia si vas por allí. La cocción debe hacerse en horno de panadero y en recipiente de barro, con solo sal, pimienta y un poco de agua. El combustible ideal son los sarmientos de vid seca, que prestan al asado su aroma incomparable. El resultado, pura alquimia, estamos comprobándolo.

Algo de aquella abstrusa ciencia debía de haber, pues el cuarto de lechal que me zampé me supo a poco. La corteza crujía como las cuadernas de un navío en un río sin agua, la carne se deshacía en la boca como los pezones de una núbil y la salsa era etérea. En meses sucesivos, espoleado por los consejos de mi colega y siempre en diligencias de línea, visité Alcalá de Henares, Ávila de los Caballeros, Segovia, Salamanca, Valladolid, Cuenca y Toledo. Cada ciudad era un mundo por la belleza de sus monumentos y su gastronomía, surtida y distinta. A Alcalá me llevó el aura de Cervantes, su hijo más preclaro; a Ávila, el querer ver su medieval muralla y las huellas de Santa Teresa; a Segovia, su célebre acueducto romano, el cochinito al horno y el pisar las mismas calles que Isabel la Católica en su juventud; a Salamanca, su famosa y antigua universidad y el caserío de rosadas piedras; a Valladolid, sus monumentos y el palacio que viera nacer al rey Prudente; a Cuenca, su embrujo sin igual entre dos ríos y las casas colgadas de sus cárcavas, y a Toledo, el Greco.

Desde siempre quise vagar por las calles de la ciudad imperial que acogiera a Doménikos Theotokópoulos, el enigmático genio de Creta que tras pasar por Venecia y Roma recalara en la ciudad de las

tres culturas. Toledo es impresionante, inolvidable, único. Visto desde los cigarrales de un vecino monte, surge del amoroso abrazo del río Tajo como un nido de águilas. La catedral me dejó suspenso, lo mismo que el intrincado dédalo de su judería. El alma de la ciudad se halla en la plaza de Zocodover y el cuerpo, en el mercado, donde el brillo de la plata se confunde con el aroma y el colorido de las especias. Las pinturas del ilustre maestro de Toledo, la ciudad que lo acogió y de la que siempre será su referencia, me asombraron encabezadas por *El entierro del conde de Orgaz*, su obra cumbre, que contemplé absorto media mañana, sintiéndome muy pequeño. Rematé la jornada con el plato típico toledano: la perdiz estofada.



Mi vida cotidiana madrileña se iniciaba temprano, pues madrugaba igual que mi anfitrión. Una calesa nos llevaba al alcázar. Yo pintaba o estudiaba a Velázquez. La ventaja de conocer tus limitaciones pictóricas confrontadas a las de un genio del pincel es grande, pues te llevará a intentar emularlo pero nunca a imitarlo. Me esforzaba en mi propio estilo, pues comprendía que jamás llegaría a la altura del monstruo. Velázquez pintor era un vendaval, un prodigio de la naturaleza que iba a más, que se veía crecer de día en día. Mi mentor sevillano tenía el trazo firme, dominaba la técnica, mezclaba los colores como nadie, espesaba o aligeraba la pincelada, tenía la virtud de retratar el aire como pude comprobar años después en mi segunda estancia capitalina. Era pintor de pocas rectificaciones o «arrepentimientos», esas correcciones que todos los artistas hacemos en nuestros cuadros, disimulándolas.

Conocí al rey de España y al príncipe heredero, pues bajaban al estudio de pintura para los retratos ecuestres o de cuerpo entero que pintaba el maestro. Felipe IV era afable, de elevada estatura, piel clara, cabello rubio y ojos azules. Su mandíbula lo preludiaba igual que el mascarón de proa a la galera, pues era prognático, seña de

identidad de los Austrias. Como el resto de la saga, era risueño, afectuoso y mujeriego. Se comentaba en los mentideros cortesanos, y hasta en las tabernas, que lo visitaban en el alcázar encopetadas damas y bellas comediantas del teatro del Príncipe o de alguna corrala. Hasta ahí, bien. Si las damas o actrices llegaban *motu proprio* y se despatarraban ante su majestad de manera espontánea, solo me queda felicitarlo. Otra cosa es la majadería: escuché una vez que el rey cruzaba por un pasadizo subterráneo del Alcázar Real al monasterio de la Encarnación, donde las monjas le tenían preparadas hermosas vírgenes y hasta novicias a punto de profesar. Cuando lo comenté con Diego Velázquez, se llevó las manos a la cabeza. Su majestad, aseguró, era profundamente religioso, lo cual no está reñido con la querencia por las del bello sexo. Siendo además de poderoso bien parecido, no tenía necesidad de andar atravesando túneles que encima no existían. El príncipe Baltasar Carlos era otra cosa. Lo boceté una vez, aunque no era un personaje de mi estilo. Casi tan alto como su padre a los catorce años que tenía en 1643, su carácter era altivo y seco, la edad quizá. Lo mismo que su progenitor, amaba la caza y también las mujeres, pues corría la voz de que entre las sirvientas y camareras del alcázar había hecho más de un destrozo.

Hablando de mujeres, pasaban los meses y no tenía qué llevarme a la boca. Pensar en una damisela de la corte o en una ciudadana corriente, de las muchas y guapas que se veían por las calles y plazas, era una encrucijada que solo podía acabar mal, ante el juez, o aún peor: delante del altar. Engañar a Eulalia me parecía una infame bajeza. Solo quedaba el amor de pago. Descarté como asesor en ese campo a Alonso Cano y me decanté por los discípulos del taller de Velázquez. Eran varios, que no nombraré, pero sí a dos solteros siempre de buen humor y que alardeaban de conocer el género: Juan Pareja y Juan Pereda. Juan Pareja era un esclavo morisco que Velázquez comprara en su día en las estradas de la catedral de Sevilla. Lo acompañaba a todas partes, incluso en el viaje a Italia. Listo y habilidoso, Pareja se interesó pronto por la pintura, que aprendió bien y rápido. Era uno de los más fieles colaboradores del maestro y estaba

siempre presto para hacer una copia o, en cuatro días, una pintura religiosa para un convento de provincias. Velázquez lo consideraba una especie de liberto al modo romano, pero dándole un sueldo. Había vivido muchos años en su casa, como guardián y especie de perro de presa, pero a la sazón lo hacía en el alcázar, durmiendo en un jergón en un rincón del taller, a la manera de eterno y singular cancerbero. De mediana estatura y buena planta, aceitunada piel, ojos vivaces y viriles rasgos, andaba por los cuarenta y pocos años. Al culminar el trabajo solía vagar con él y con Pereda por las tabernas de la calle de los Caños del Peral, la Bola y aledañas. Se jactaba de conocer los más afamados prostíbulos de la capital y, por el aroma, en cuál de ellos estaba y con quién trasteaba incluso a oscuras. Fue en ese terreno donde, una vez, harto de una sequía de féminas que agrietaba mi piel, le tiré de la lengua.

—¿Cuánto quieres gastar? —me preguntó.

—Lo que sea justo —dije sin descubrirme—. Solo pretendo la mejor calidad posible y putas de confianza.

—Si estás pensando en morbos de mujer, ningún lupanar supera en limpieza al de doña Escolástica —aseguró.

—Aciertas —contesté—. El mal de bubas me preocupa.

—Y a cualquiera —dijo Pareja—. Aquella es la mejor mancebía de Madrid, de las pocas que cuentan con baño turco. Amén de ello, las ramerías son reconocidas periódicamente por un físico.

Me lo pintó tan dulce que el primer sábado me acerqué al lugar donde moraba el lenocinio. Estaba en la plaza de Lavapiés, en el antiguo gueto judío. Al final no era para tanto. Lo único interesante fue el aspecto higiénico: en aquel cubículo lleno de vapor de agua sudabas la gota gorda y te dejabas el polvo de la calle. Del *caldarium* pasabas a una pileta de agua tibia donde una furcia jubilada, a base de jabón y estropajo, te dejaba la piel y partes nobles como los chorros del oro. Cuando por fin entré donde la golfa, entre la astenia que produce el calor y el tembleque que me causan las putas desde la vez que relaté, aquella en que mi padre sajó delante de mis nupias un bubón venéreo, me la busqué pero no la encontraba.

—¿Todo eso es lo que traes? —preguntó la ramera puesta en jarras, viendo el panorama.

El caso es que era joven, bonita, de buenas maneras y mejores formas.

—No sé lo que me pasa —contesté—. Tal vez esté incubando la influenza.

—Tranquilo. Son los dichosos baños de vapor —sostuvo ella—. Serán muy higiénicos, pero os encogen la verga que da espanto.

Poco a poco me fui recuperando. Ella colaboró acariciándomela justo del modo que pensáis. Por fin hubo lugar a un coito desangelado y presuroso, con el corazón encogido y la cabeza puesta en la sífilis y demás pestes bíblicas. Pensaba en mi dulce Clementina y en encontrar una mujer, la compañera de mi vida, a ser posible sevillana y cuanto antes. Decepcionado, no volví al lupanar. Mis últimos meses en la corte transcurrieron despacio, pues solo pensaba en regresar. Había cubierto mis expectativas: completar mi formación con el mejor maestro que existía, darme a conocer en Madrid y atisbar las corrientes pictóricas de allende los Pirineos. Saqué una conclusión: dado que superar a Velázquez excedía de mis posibilidades, decidí mejorar mi estilo, perfeccionarlo, de modo y manera que, cuando alguien en cualquier parte se enfrentara a uno de mis lienzos, pudiese proclamar: es un Murillo.

### 3

Las Navidades de 1643 las pasé en familia, en el barrio de la Magdalena, con mi hermana Ana, su marido, que estaba igual que siempre, y los sobrinos. Sentí al llegar que se esfumaban la impaciencia y el desasosiego de los últimos meses madrileños, la sensación de paz del que sabe que ha llegado al hogar. Conecté de inmediato con el gremio de pintores de Sevilla y reabrí el taller en la amplia sala del piso alto que me cediera mi cuñado. Para congraciarme con el consistorio y con el cabildo catedralicio, pinté dos óleos: *Vieja hilando* y *San Diego de Alcalá dando de comer a los pobres*, que regalé a ambas instituciones. El 7 de febrero de 1644 fui recibido como hermano en la Cofradía del Rosario de la iglesia de la Magdalena. Ello me obligaba a asistir al capítulo de la cofradía y a salir al frente de la imagen de la Virgen en las procesiones de Semana Santa en traje de nazareno. No hay mayor honor para un sevillano que ser hermano en una de las decenas de cofradías de la ciudad. Desfilé con la Virgen del Rosario muchos años mientras tuve salud, encapuchado para conservar el anonimato, descalzo a veces, y me glorío de ello.

Mi hermana Ana estaba preocupada por mi futuro. Había cumplido ya veintiséis años y seguía célibe. Si yo tenía ganas de casarme y de fundar una familia, ella las superaba. Casamentera como mujer y sevillana, poco tardó en buscarme novia. La

«agraciada» fue Beatriz Cabrera y Villalobos, una guapa moza de veintidós años nacida en Pilas, pueblo a seis leguas de Sevilla. Ignoraba yo que mi madre, que en paz descansa, y la de mi futura se conocían de antiguo y abrigaban la idea de emparentar de alguna forma. El hecho fue que una noche de primavera de aquel año, en la sobremesa que seguía a las cenas, me soltó:

—Ponte guapo, querido, que el domingo viene a comer tu futura esposa —dijo Ana, muy seria.

Recuerdo que me atraganté con aire y pedí explicaciones.

—Ya está bien de relamerte como los bueyes sueltos —respondió—. Habrá que ver lo que hiciste en Madrid. Beatriz Cabrera es la mujer que te conviene.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. ¿La conoces?

—La tuve en mis rodillas cuando niña. Es bonita, esbelta y hacendosa. Tiene cuatro años menos que tú y no te la mereces.

—¿De dónde sale? —quise saber.

—A pesar de su edad, lleva una vida recatada en Pilas, donde nació. Su padre es comerciante de plata, con taller propio, y su madre, hija de labradores más que acomodados, con buena hacienda. Sé de buena tinta que será bien dotada para el hombre que la merezca y ahí entras tú, mostrenco. Por ello es la recomendación de que te arregles el pelo y te atuses la barba para no asustarla, que hay veces que me recuerdas a un león. Diré a Sinforosa que te planche la ropa.

—¿Dices que es guapa?

—Tú juzgarás del físico —dijo mi hermana—. De lo demás, tan importante o más, te informo yo: es buena, religiosa, simpática, caritativa y noble, viniendo tan entera como salió del vientre de su madre, que aún vive.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunté.

—Porque lo sé —respondió categórica—. No vas a encontrar una novia mejor ni indagando con lupa cien años por toda la provincia de Sevilla.

—¿Qué pasa con Sevilla? ¿No puede ser de Cádiz o Almería? —pregunté, por probarla.

—Pasa que no hay mejores hembras que las nacidas en la tierra de María Santísima. Y no se hable más —concluyó.

Respetaba a mi hermana mayor como a la madre que casi era y desde luego enmudecí, pues conocía su genio. Fueron tres días inquietos: restregué con esponja marina toda mi anatomía, me perfumé la perilla redondeada que gastaba por entonces, me atusé el cabello, recorté mis veinte uñas, ordené que me plancharan camisa y levita y me dispuse a encarar un día importante, pues en él se dilucidaba mi destino. Llegó el domingo de marras y con él Beatriz acompañada de sus padres. Antes de pasar a la mesa nos sentamos los seis —tres por cada familia— en el patio donde la cocinera había preparado limonada y pastas caseras. Situada frente a mí, sin ni siquiera escuchar el timbre de su voz, comprendí que había encontrado a la madre de mis hijos. No aparentaba su edad real, semejando una colegiala. Era delgada, de pelo largo y negro, ojos enormes de color indeciso, atractiva figura y el rostro de una Virgen de Filippino Lippi. Levantó la mirada una vez, tímida, para enfrentar la mía. Le mantuve la vista. Poseía unas pestañas rizadas y tan largas que, al pestañear, se conturbaba el aire. Sonrió y dejó ver entonces la corona de sus dientes tan blancos, inmaculados, de alineación perfecta. Se retorció los dedos, reconcomiéndose. Por debajo de las alforzas de su traje de fiesta asomaban sus pies, chicos, de concubina de mandarín, calzando escaarpines de seda que dejaban ver el inicio de sus finos tobillos, de yegua de Berbería. Sus senos de corza sin destetar asomaban apenas por el escote, entre flecos de ataujía granadina y cenefas bordadas.

Sin terminarse la limonada, pasamos a la mesa. No recuerdo el menú. Se habló del tiempo, del calor de aquella primavera y de la carestía del pescado a raíz de unas tormentas que habían batido la costa desde Gibraltar hasta la frontera portuguesa, impidiendo faenar a los barcos pesqueros. Mi suegro, un hombre circunspecto, de bigote atigrado, rozó el tema joyero comentando la subida del precio de la plata. Mi interés se centraba en Beatriz y en sus pestañas, que agitaba como las alas el colibrí si la miraba. Cuando lo hacía de modo

impertinente, entonces se sofocaba, debiendo abanicarse. Si existe Eros, el dios griego del deseo, estaba allí manejando sus dardos. Advertí que el tono de sus ojos variaba con la luz: de cáscara de avellana al almíbar que resulta de tostar el azúcar. Fue a los postres, tocinitos de cielo que mi hermana bordaba, cuando escuché la voz del que iba a ser mi suegro.

—Nos hemos reunido aquí para intentar conciliar una vieja aspiración de ambas familias, la unión matrimonial de dos de sus miembros: nuestra hija Beatriz, que es la luz de mis ojos, y Bartolomé, el hijo más joven de Gaspar Esteban y María Pérez Murillo, que en paz descansen —dijo el propietario Andrés Cabrera.

—Yo os reúno en mi casa con el mismo propósito —aseguró mi hermana—. Pero antes de seguir, deseamos conocer las intenciones de ambos jóvenes.

Hubo un silencio espeso. Beatriz presentaba la verecundia de una núbil y a mí me ardían los pómulos. La pesquisa se efectuaba en los más puros términos de la tradición romana, cuando la Bética era la principal provincia de la Hispania Ulterior en tiempos de Marco Ulpio Trajano, el italicense.

—Beatriz, a ti te pregunto —intervino el señor Cabrera—, ¿tienes inconveniente en que te hable y corteje Bartolomé, aquí presente?

Ahora la mudez fue corta, femenina, pues tengo averiguado que las mujeres resisten sin hablar la mitad que los hombres.

—Escucharé con gusto lo que, con el beneplácito de mis padres, me diga el hombre que se me ha destinado —respondió mi futura, que parecía tener la lección aprendida.

—Bartolomé, a ti te lo digo —habló mi hermana—, ¿aceptas cortejar a Beatriz con intención honesta?

—Lo haré con gusto y sin imposiciones —contesté raudo—, pues la mujer que me regala el cielo es más que amable.

Debí de decir algo fuera de guion pues Beatriz se alteró, roja como la grana, esbozó una sonrisa y movió la cabeza, voluntarista, de un lado a otro. Su padre y mi hermana se veían satisfechos.

—En ese caso, os autorizo a hablaros y a salir siempre que lo deseéis en horas diurnas —dijo don Andrés—. Hasta la petición de mano, dentro de seis meses, saldréis acompañados.

—Para que os conozcáis mejor, podéis salir al patio a pelar la pava —añadió mi hermana con su peculiar gracejo.

Tardamos un segundo en salir disparados. Elegí el banco de piedra por detrás del naranjo y allí nos sentamos muy serios. Intenté hacerlo en sus proximidades, audaz, pero se separó casi dos palmos. Un mirlo de pico amarillo, descarado, nos acechaba desde una rama baja.

—Está claro que quieren casarnos —dije para cortar el hielo.

—¿A ti qué te parece? —preguntó ella graciosa, esbozando una sonrisa franca.

—En principio bien —respondí—. Eres educada, bonita y, me dicen, agradable de trato.

—De ti también me han dado buenas referencias. Me caes bien. La verdad es que estaba un poco asustada.

—¿Por qué? —quise saber.

—Ignoraba cómo eras. No será la primera vez que casan a una niña con un vejestorio, un patán o un marmolillo —contestó.

—Deduzco que no me consideras nada de eso —dije con cierto alivio. No contestó. Los dedos, en el regazo, se le hacían huéspedes—. Si se te quitó el susto, pongámonos a la tarea. ¿Dónde vives? —pregunté.

—En Pilas, pero para que puedas hablarme me han traído a Sevilla —me informó—. Estoy en casa de una hermana, no muy lejos.

—Te enseñaré la ciudad. ¿Te parece que nos veamos a diario al caer la tarde? —propuse. Silencio. Aquello, de tan pueril, resultaba emocionante. Ella parecía cavilar—. A lo mejor es mucho... —apunté.

—Estará bien —aceptó Beatriz por fin—. El amor lo hace el roce. Eso opina mi abuela.

Solo de pensar en rozar a aquella náyade sentí resbalar por mi espalda gotas de sudor frío.

—Perfecto. Entonces te recogeré mañana a las seis de la tarde — dije.

—Oscurece a las ocho... —alegó ella.

—Cierto, pero los días, empezado el otoño, van acortándose. Además, te encuentro tan bonita y dispuesta que estoy seguro de no aburrirme.

El rubor, que no la abandonaba, pareció sublimarse en los pómulos, rojos como las amapolas en el prado.

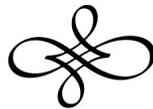
—¿Me encuentras guapa?

—Mucho —respondí.

En prueba de mi aserto le cogí ambas manos y las besé. ¿Habéis visto un tomate maduro? Así se puso. Todavía dialogamos un buen rato de ella y de mí. Sabía bordar de realce, cosía, tricotaba, escardaba la lana, amaba la lectura, cocinaba y le gustaban los niños. Yo pensaba primero en el gusto de hacérselos. Por fin, casi una hora después, apareció mi hermana por la puerta.

—No preguntaré cómo os va, tortolitos —dijo—. ¿Alguna conclusión? —preguntó.

—Si alguien me da las señas de esta moza tan guapa, la recogeré a diario por la tarde a partir de mañana —aseguré.



El mío fue un noviazgo clásico sevillano. Si llovía o amenazaba lluvia, pelábamos la pava en su reja y si estaba despejado, paseábamos por toda la ciudad. Fue un maratón instructivo, pues descubrí rincones nunca vistos. En nuestras caminatas, a prudente distancia, nos acompañaba una prima mayor, ya para vestir santos. Mi futura mujer resultó una delicia: su belleza no era deslumbrante, pero ganaba y se afinaba a diario, como los buenos vinos jerezanos. Por otro lado, una mujer demasiado bonita, despampanante, es un problema serio: será acosada por los hombres y envidiada por las mujeres, estará expuesta a mil peligros y será un quebradero de cabeza. La guapeza de Beatriz

era tranquila y sosegada, como la de la Virgen. De hecho fue mi modelo más frecuente para la Inmaculada. Era divertida y risueña, con un gran sentido del humor, del humor sevillano, que es distinto, más certero y profundo que otros andaluces. Cuando, con el buen tiempo, se aclaraban sus túnicas, dejaba traslucir un conjuro de curvas y elipses, de senos y cosenos logarítmicos que me traían a maltraer. Me desvelaba su aroma, a nomeolvides, que compraba a un perfumista de la Alcaicería vieja. A los dos meses de recorrer una distancia semejante a la que va de Sevilla a Valencia, de deambular mil veces frente a la catedral, los Reales Alcázares y la orilla del río de mis sueños entre el puente de Triana y el de Barcas, aprovechando un descuido de Ildefonsa, la prima, la besé en la boca por primera vez. Ocurrió en el momento en que el día se va y aún no llega la noche, cuando la claridad es más una grisalla pálida. Fue una caricia desabrida, sosa, pues no logré que sus labios se abrieran del todo. Otra vez traté de achucharla a la sombra de la Torre del Oro, deslizado mi mano pecadora por uno de sus senos dormidos, pero dio un respingo. Defendía su integridad como los cruzados la fortaleza de San Juan de Acre de los asaltos de Saladino, el sultán otomano. Soñar con palpar su entrepierna si bajaba la guardia, sentados por ejemplo a la orilla del Guadalquivir, era una entelequia mucho más declarada que la *Utopía* de Tomás Moro. Solventaba mis quiméricas pretensiones con sonrisas. Entre vueltas, revueltas y calentones llegó la petición de mano. Fue en el otoño del cuarenta y cuatro. Recuerdo que llovía lo que no está en los escritos y hacía un frío inusual. Hubo chocolate con picatostes y repostería conventual, del cercano convento de las clarisas. Fue otra vez en mi casa. Beatriz estaba preciosa, pues la belleza se redondea en la mujer cuando es feliz. Satisfechos los estómagos, se entró en materia.

—Colijo, viendo a los novios, pues como tal los tengo, que no hay problemas serios a la vista —dijo mi suegro.

—En otro caso sería el momento de las alegaciones —añadió mi hermana.

El silencio señoreó el ambiente. Como seña muda de aquiescencia, tomé una mano de mi futura esposa sin hallar resistencia.

—No habiendo divergencias de bulto, os anuncio la boda de Beatriz y Bartolomé para febrero próximo —dijo, impostando la voz, el señor Cabrera—. Se ha programado para el 7 de aquel mes, día de San Teodoro, en la iglesia de la Magdalena. Bendecirá la unión el cura párroco. La novia va dotada con noventa mil reales de plata, una huerta de fanega y media en Pilas, un buen olivar en Carrión de los Céspedes, dos vajillas de porcelana, una cubertería de plata mexicana, ocho juegos de cama, cinco manteles de hilo bordado y suficiente ropa blanca.

Nuevo silencio. Yo no me lo creía. El colmo de la buena fortuna es que, sin comerlo ni beberlo, te endosen como esposa a una mujer bonita y rica.

—A partir de hoy podréis salir solos siempre que haya luz solar, hablo de claridad suficiente para que se os vean las manos, sobre todo las de Bartolo —dijo mi hermana, chistosa y ocurrente, como era ella.

Todos reímos una broma que tenía su enjundia, pues era cierto que buscaba la sombra de los árboles y me desenfilaba en cualquier soportal para intentar palpar las pantorrillas, nalgas y senos de mi futura. Salimos al patio cuando escampó. Las gotas que se desprendían del alero y las ramas del naranjo se estampaban contra el suelo de laja con un sonido hueco. El gorjeo de los pájaros había vuelto.

—No imaginaba valer tanto... —dijo Beatriz.

—No hay oro suficiente para comprarte —contesté galante.

—Todavía no me has dicho que me quieres —añadió, arrugando la nariz.

—¿No lo dije?

—Lo has dejado entrever, pero no lo has dicho.

Qué difícil es conocer tus propios sentimientos y más si son inéditos. ¿Cómo puedes afirmar que es amor algo que no conoces? Por entonces me gustaba mi novia, la deseaba, pero no era amor. El

amor llegó después, cuando me dio el primer hijo. El amor nace cuando se abona, crece si se cultiva de manera adecuada y se desborda al conocer el alma de tu amada. Amor, pasión, es lo que siento ahora, cuando ya no está.

—Te quiero —dije con no excesivo énfasis, pues nunca supe mentir. Ella debió de notarlo, pues frunció ligeramente el ceño. A mayor prosopopeya y abundamiento, la besé en la boca, que, ahora sí, dispuso para mí sin remilgos. Nuestras lenguas pugnaron por ganar y la batalla quedó en tablas. Bebí hasta hartarme de su saliva dulce. Contuve mi intención de explorar en sus senos para no conturbarla. Sorbí una lágrima de felicidad que se le desprendía por la mejilla. Ignoraba que las lágrimas humanas fuesen sápidas.

Los meses previos a la boda fueron intensos. Buscamos una casa que nos pareció capaz, muy cercana a la de mi hermana, en la trasera del convento de San Pablo, de los dominicos, y empezamos a aparejarla poco a poco. Ella aportó algunos muebles de su casa en Pilas y yo otros, como el dormitorio, que había sido de mis padres y languidecía en el desván. La madre de Beatriz contrató a una criada que se pasaba el día fregando suelos, barnizando maderas y albeando paredes. Nosotros íbamos por allí sábados y festivos para ayudar limpiando o dando lustre al mobiliario, en horas diurnas. Más de una vez, después de besarnos y abrazarnos lejos de las miradas de la criada, traté de sacarle los pechos para acariciarlos y morder sus pezones. ¿Habéis visto a las ciervas serranas brincar por los rincones más agrestes? Lo mismo hacía ella corriendo de aquí para allá, entre risas y gritos, trepando escaleras arriba a la terraza para refugiarse en el palomar. Allí la capturaba sin remedio y veía cumplidas mis ilusiones, que eran inofensivas: acariciar sus senos de alabastro, gustar de su sabor y, una ocasión, tentar sus bragas por debajo de la enagua.

—Estás loco... —dijo.



Un acontecimiento inesperado vino a turbar la paz del universo en vísperas del enlace, diecinueve días antes, justo después de las amonestaciones. Beatriz se presentó en casa de mi hermana sumida en un mar de llanto: de fuentes que no quiso desvelar había sabido que su prometido tenía una hija con otra mujer, por lo que suspendía la boda. Yo retocaba un cuadro en el taller cuando escuché los gritos, sollozos y gemidos. Bajé sin entender lo que ocurría y me encontré el panorama: mi novia desgredada, gimoteando, y la madre detrás con cara seria. Ana, mi hermana, trataba de explicar lo ocurrido, pero no se aclaraba ni conseguía apaciguar a su inminente cuñada ni a su «consuegra». Fue cuando tomé una decisión salvadora y heroica: cogí a las tres mujeres y fuimos a la vecina iglesia de la Magdalena, donde el cura párroco que iba a casarnos, el mismo que bautizara a la hija que hubiera con Clementina, nos recibió en el acto. El sacerdote, impuesto en la truculenta historia, tranquilizó a Beatriz.

—No es lo que piensas, querida hija —aseguró el cura—. Clementina fue una esclava, hoy liberta, de la familia Esteban. Es unos años mayor que Bartolomé y me consta que no supone nada en referencia a sus sentimientos. Es un caso que se da con relativa frecuencia entre las clases acomodadas de Sevilla: un mozo de catorce años que en lugar de dirigirse al lupanar satisface sus instintos viriles con una sierva. Está claro que el caso no es en absoluto edificante, pero si la Iglesia lo entiende y lo perdona, también deberías perdonarlo tú, mi querida niña.

Beatriz callaba mientras yo alababa *in mente* la labia del presbítero, que estaba salvando mi matrimonio. Mi próxima mujer, que siempre fue lista como una ardilla voladora, dudaba meneando la cabeza. Me vi en la obligación de intervenir.

—Aquello fue hace once años, querida —dije—. Yo tenía quince por entonces y muy poco seso. Le tenía pánico a un burdel y lo sigo teniendo —añadí—. ¿Hubieses preferido que volcara mis ansias de varón con una golfa?

—Deberías haber resistido. La carne puede y debe dominarse —contestó muy seria, entre hipidos.

—No soy ningún santo varón, cariño —dije—. El instinto varonil vence en ocasiones hasta a los religiosos.

—Es verdad —corroboró el párroco, una buena persona que vaya usted a saber si no tenía por ahí algún apaño.

—¿Y qué pasa con la niña? —preguntó Beatriz—. Es tu hija...

—Y como tal está reconocida, aunque no lleve mi apellido —admití—. Por eso quise que la esclava la tuviera. ¿Te habría gustado que hubiese llamado a una partera para hacerla desaparecer?

—Angelito... —murmuró la madre, que ya asentía a mis asertos y los del religioso.

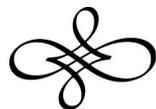
—Pues eso —corroboré—. Di la libertad a la esclava, la doté convenientemente y le busqué marido. No he vuelto a verla.

—Ni lo harás jamás —replicó Beatriz, secándose las lágrimas.

—Tampoco es eso —dije en tono humorístico—. Supón que de repente nos cruzamos con el matrimonio en una feria y me veo en la precisión de saludarlos. Es difícil, pues viven en Lebrija.

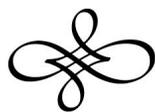
—Tonto... —protestó—. Te ríes de mí... ¿Me prometes que no volverás a verla?

—Haré algo más que eso: juraré ante el altar que siempre te seré fiel.



Mi boda fue un acontecimiento popular en la collación de la Magdalena: se casaba el hijo pequeño de Gaspar Esteban, el fallecido cirujano-barbero que había curado a medio barrio, un pintor que había estado en la corte y conocía a Diego Velázquez, el maestro sevillano del pincel, pintor de cámara de su majestad. El templo de la Magdalena se hallaba teñido en blanco de los cientos de calas y azucenas, flores de pureza, que lo adornaban. El banquete lo pagaba la novia, pero el ornamento de la iglesia era cosa mía y quise ser espléndido. Como en casa no cabían los más de sesenta invitados de ambas familias, mi suegro contrató los servicios de un acreditado

mesón en el camino a Dos Hermanas. Hubo gambas de Huelva, langostinos de Sanlúcar, bacalao al modo vizcaíno y pecho de ternera. La misa fue a las doce, la comida con sus postres empezó a las dos y a las seis de la tarde se inició la zambra. Beatriz estuvo deslumbrante y ocurrente. Mi suegro contrató a varios guitarristas y cantaores de dos familias gitanas, pues era amante de su música, y Beatriz se hartó de bailar todos los palos de aquella danza mágica. Hubo cantes de Cádiz, fandangos onubenses y de Córdoba, soleares de Jerez de la Frontera y serranas de Grazalema y la sierra del Viento. Mi mujer se arrancó en unas seguidillas, se remangó el traje de novia y armó el taco, término taurino que se usa cuando el torero sale a hombros de la Maestranza por la puerta grande. Ignorante de aquella faceta de mi cara mitad, yo estaba perplejo. Dieron las doce de la noche y allí no se movía nadie. Como las viandas estaban digeridas y olvidadas, el señor Cabrera, feliz con la boda de su hija, que iba a darle un montón de nietos, pidió al mesonero que sirviera a la concurrencia huevos fritos con chorizo. Al vino de Jerez se aliaban el mosto de Valdepeñas y los generosos de Moriles y Montilla para que el ambiente no decayera. A las dos de la mañana, doce horas después de iniciado el festejo, desfilamos los novios, pues a Beatriz le apretaban los zapatos y a mí me dolía todo el cuerpo.



Mi mujer, cuya vida había transcurrido entre Sevilla y Pilas, quiso conocer Andalucía y le hice el gusto. Durante tres semanas, siempre en diligencias de línea, visitamos Cádiz, Málaga, Almería, Granada y Córdoba. Nuestra convivencia fue fácil desde el principio. Nada diré de mi noche de bodas ni de las siguientes, pues soy celoso de mis intimidades conyugales, pero sí comentaré que mi esposa resultó ser resuelta y decidida en el lecho, nada pacata, sumándose enseguida al goce venusiano y a casi todas sus propuestas. En cuanto al viaje de novios, se entusiasmó con todo lo que vio, especialmente con

Granada y Córdoba. Abrió mucho los ojos en los palacios árabes granadinos y cuando vio la nieve, pues quise que la pisara subiendo al pie del monte Mulhacén en carruaje. Tendríaís que haberla visto arrebujaada en su gabán de piel de marta cibelina, la cara colorada y la mirada incrédula.

Inicié mi vida de casado en mi nuevo hogar. Lo principal, que era el taller, se hallaba en la sala más luminosa del piso alto. Recién instalado llegó el primer encargo. Una criada me anunció la visita de un clérigo: se trataba del superior del convento de San Francisco de Sevilla. Hablamos en el patio, mojando mojicones en el chocolate espeso y aromático que hacía mi mujer. El fraile quería once lienzos para decorar el claustro chico de su convento. El tema de las pinturas versaría sobre santos de la orden franciscana, en especial seguidores de la observancia española a la que estaba adscrito el convento. Cuando se agotó el chocolate y desapareció el mantecado de la vergüenza, nos trasladamos al convento para estudiar el terreno *in situ*. Cerramos un contrato en el que me comprometía a culminar los cuadros en tres años, a casi cuatro por año, por un montante de dos mil escudos de oro, en torno a los treinta y dos mil reales de plata. Era una pequeña fortuna que valía el esfuerzo, pues los cuadros eran de gran formato. Un quinto de dicha suma se me entregó en el acto. Cuando regresé a casa con cuatrocientos ducados de oro en un bolsón y los puse encima de una mesa, Beatriz pensó que había desvalijado un galeón de Indias.

Mi esposa empezó a vomitar nada más regresar a Sevilla. Reinando la prosperidad en nuestro hogar, cada cual se dedicó a lo suyo. Ella terminó de aparejar la casa, preparó el cuarto de los niños y la canastilla de lo que viniera. Yo doté a mi estudio de lo necesario y, precisando ayuda, dudé si tomar un esclavo que me aliviara del trabajo e incluso se formara como pintor, una especie de Juan Pareja velazqueño, o contratar un aprendiz. Disponíamos de una doncella que nos cedió la madre de Beatriz, pero la casa era grande y precisaba más servicio. Convencí a mi esposa de que la mejor solución y más barata a medio plazo era una esclava. Accedió con la condición de

elegirla ella. El mercado de esclavos sevillano había decaído tanto que al pasar por las gradas de la catedral apenas vimos nada interesante: tres negras viejas y otros tantos morenos desechos de tiente. Había jóvenes berberiscas, por las que pasamos de largo pues Beatriz recordaba a Clementina. Al final descubrimos a Fátima, una árabe cetrina de color, de treinta años según aseguró su dueño, fuerte, obediente, de rasgos agradables, que sabía de cocina. Mi mujer dudaba, mirando y remirando, recelosa, como buscando a través de la tela de sarga en la que se envolvía datos sobre su anatomía. Por fin nos la quedamos, tras el obligado regateo, por veintiocho mil maravedíes. Fue un acierto. Fátima resultó un perro fiel, que adoraba a su ama y era correspondida. La tuvo en remojo media mañana, vigilando que se frotara con estropajo y bálagos de olor por todas partes hasta quedar limpia como agua de manantial. Vestida a sus modos, con el delantal bordado, el pelo recogido en una cofia y oliendo a agua de rosas, era la envidia de las comadres de la calle cuando, con la cesta en el brazo, acompañaba a su dueña al cercano mercado de abastos. Respecto a mí, terminé tomando un joven aprendiz, Manuel Campos. Me lo recomendaron los franciscanos. Tenía dieciséis años, ilusión y unas ganas enormes de ser pintor. Le contraté para seis años en los términos habituales: a cambio de su trabajo y de cumplir mis órdenes recibiría vestido, techo, cama y comida. Acondicionaron junto al taller, en el desván vecino, un habitáculo capaz para cuatro aprendices y allí se acopló. Después del segundo año recibiría una parte del importe de la venta de los cuadros en los que interviniera.

Si existe la felicidad en la tierra, la gocé yo al casarme. Beatriz era tranquila, cariñosa y simpática, pendiente siempre de hacerme la vida agradable. Amanecía de habitual buen humor, un aliciente diario. Desayunábamos juntos en el patio sevillano, bien servidos. Yo subía a mi estudio desde donde la escuchaba canturrear coplas de moda, infalible síntoma de dicha conyugal. Pintaba mis encargos a conciencia, con calma, explicando a Manolo, mi ayudante, los intrínquilis del oficio. El primer cuadro para los franciscanos fue *San*

*Francisco confortado por un ángel.* Lo pinté en apenas tres meses, pues lo alternaba con otras obras, encargos para particulares o escenas callejeras. A las once, alertado por el aroma a café recién hecho que llegaba de la cocina, bajaba a degustar la infusión acompañando a mi mujer. Ella, risueña y pícara, seguía en bata casera, con el camisón de noche, sin enagua y en chancletas.

Entre sorbo y sorbo de la infusión adoraba jugar con ella, descalzarla, besarle los pies y toquetearla a mi antojo. Beatriz, coqueta como era, se pintaba las veinte uñas en tono rojo sangre, un color que me desquicia visto en los pies de una mujer guerrera. Sabía perfumarse, arte que había aprendido de una esclava morisca de su casa. Usaba un aroma que llevaba nomeolvides y almizcle blanco, que preparaba para ella un perfumista que había descubierto en el mercado grande, por detrás de La Campana. Una vez la observé mientras lo utilizaba al asearse. Se ponía una gota detrás de cada oreja y otra sobre el ombligo. Eso era todo. Me extrañó y se lo dije, pues pensaba que las mujeres se perfumaban los sobacos y las partes íntimas.

—¿De dónde sales? —preguntó—. Según Palmira, una sierva morisca de mi madre, jamás deben aromarse las partes femeninas que enloquecen a los hombres, pues se arruinaría su aroma natural.

Callé, que es lo que os recomiendo si no tenéis algo interesante que decir. Admirado del saber de mi esposa, prendido en el hechizo que desprendía, rara era la mañana que no la cogía en volandas y la llevaba al lecho para amarla. Dónde estarán mis veintinueve años... Ella, en la flor de la edad, sabía motivarme a pesar de estar embarazada o a causa de ello, pues sabéis como yo que la belleza de la mujer gestante es proverbial. Los rasgos de su rostro eran más puros y la suave curva de su abdomen suponía un incentivo. Se notaba la preñez en que el sabor de su saliva y lo demás era distinto, y engancharla como el opio que los otomanos fuman en sus antros. Sosegada la naturaleza y logrado un placer que procuraba fuese mutuo, reanudaba el trabajo un par de horas. En mi casa se comió siempre a las dos y en plan frugal, pues la ingesta excesiva entorpece

o enlentece el trabajo. La siesta era obligatoria para todos, la de los señores en camisón de noche y a persianas bajadas. Pintaba desde las cinco de la tarde mientras hubiera luz y a las ocho y media me cambiaba: era el momento del paseo vespertino por la ciudad, de saludar a los amigos y relacionarse, algo muy importante cuando se vive de la pintura y en una ciudad como Sevilla.

Iba a la Cofradía del Rosario de la Magdalena, al casino municipal o a distintos mesones a hacer la ronda. En el casino era fácil encontrar a Francisco de Zurbarán, un pintor extremeño radicado en Sevilla desde hacía unos años, metido ya en la cuarentena, un gran artista. Discípulo de fray Juan Sánchez Cotán, pintaba de forma magistral escenas religiosas con santos, santas y monjes, pero no le hacía ascos a escenas populares o al bodegón, variedad pictórica nacida en Italia y llegada de Flandes en la que se representan cosas comestibles. Tenía taller propio, con cinco o seis discípulos, entre ellos su hijo Juan, que no daban abasto a tanto encargo ni a los pedidos que llegaban de América.

Zurbarán era una gran persona. Frecuenté su amistad hasta su marcha a Madrid, donde murió en 1664. Había vivido muchos años en Llerena, localidad extremeña donde nacieron sus tres hijos. Tras enviudar todavía joven, al fallecer su mujer de sobreparto, casó otra vez con una viuda y adinerada sevillana, Beatriz de Morales, diez años mayor que él pero lo suficientemente rica para hacerse perdonar el pecadillo. Para un artista, y sé bien lo que digo, es importante matrimoniar con mujer bien dotada en lo económico, pues supone vivir sin incertidumbre y dedicarte a tu arte en exclusiva, sin preocupaciones. Por otra parte, Zurbarán era tranquilo y sus travesuras de faldas, de haberlas, pues era muy discreto, no transcendieron. Me impresionó su *Cristo en la cruz*, un encargo de los padres dominicos, donde el Señor, clavado en cruz de tosca y ñudosa madera, ofrece tal relieve y sensación de realidad mortal que llega a conmovier. Cenábamos en su casa o ellos venían a la nuestra, pues sintonizamos a pesar de la diferencia de edad. Doña Beatriz conservaba parte de su antigua belleza y todo su gracejo sevillano,

estando siempre presta a la chanza y a la broma. Al contrario, el pintor extremeño tiraba a seco, aunque guardando balas en la recámara. Hacían buena pareja: ella mimando a su marido y elaborando como nadie buñuelos de viento y él riendo a dos carrillos sus ocurrencias. Ambas Beatrices se llevaban muy bien, en el papel casi de madre e hija, secreteando, contándose en voz baja sus alegrías y pesares, repasando sus partos y embarazos y saliendo alguna vez de compras a los comercios de la calle de Sierpes y La Campana.

En raras ocasiones jugaba con Zurbarán al ajedrez y nunca al monte. Del juego-ciencia que popularizara entre nosotros en el pasado siglo el clérigo Ruy López, que era de Zafra, llegué a ser un modesto aficionado. Muchos años más tarde, cuando hice amistad con Justino de Neve, que era un jugador fuerte, llegué a manejar las piezas con relativa solvencia. Y digo tal, pues vencí a Justino en raras ocasiones, siendo normal que me destrozara en tres jugadas. Referente a juegos de azar haré constar aquí mi nula afición a loterías, naipes y dados. Sentarse ante el tapete verde horas y horas me parece de necios derrochadores del tiempo, el más valioso de los tesoros, y apostar a los dados cosa de sandios. Ganar la plata honradamente supone un buen esfuerzo y no es cosa de perderla en un tugurio. Sé de casos muy tristes, hombres sin cabeza que perdieron su hacienda y se dejaron la vida al ser ludópatas. Casimiro Saldaña, un tendero enriquecido que comerciaba con sedas, arruinó su negocio en un lance de naipes y terminó descerrajándose la testa de un trabucazo.

La fortuna nos fue esquiva con nuestra descendencia. En diciembre del cuarenta y seis nació nuestra primera hija, María, que iba a fallecer por unas fiebres a los cuatro meses. Lo pasamos mal, sobre todo Beatriz, pero ya estaba embarazada del segundo y lo sobrellevó. En noviembre del cuarenta y siete vio la luz un varón bien conformado que pesó ocho libras, José Felipe, pero solo vivió el tiempo justo de ser bautizado. Combatimos el dolor de aquellas pérdidas de la única manera posible: ofreciendo a la Virgen el sufrimiento y arropándonos el uno al otro. Convenientemente

«arropada», mi mujer quedó de nuevo encinta. Ello y el aumento de actividad en el taller me obligaron a buscar una casa más amplia. El cuarto de los aprendices se quedaba pequeño y hacía falta un salón-comedor donde se solazaran en sus ratos libres. La encontramos en la calle Corral del Rey, en la parroquia de San Isidoro. Mi nuevo hogar era más grande y luminoso que el primero, con su patio andaluz lleno de plantas, agua corriente, lavadero, cuarto de plancha, habitaciones suficientes para una legión de hijos y el taller ocupando todo el piso de arriba, con cabida para seis pintores trabajando a la vez.

En la parroquia de San Isidoro, en octubre de 1647 fue bautizado mi tercer hijo, una niña: Isabel Francisca. La alegría del natalicio se vio empañada por la muerte de mi hermana Ana, mi segunda madre. Contaba la pobre cuarenta y dos años cuando falleció después de dar a luz a un hijo que no sobrevivió. El luto se adueñó del que fuera mi hogar de niño y de muchacho, en el barrio de la Magdalena. Beatriz, casi recién parida, y mi persona velamos su cadáver antes de acompañarla al camposanto. Mi cuñado, el pobre viudo, no tenía consuelo. Al funeral, celebrado en la iglesia de la Magdalena una semana después, asistió Clementina con su esposo. Mi antigua esclava familiar estaba igual que siempre, bonita para su edad, treinta y tres por entonces, arreglada con modestia y en sus ojos la luz del agradecimiento a mi persona. No vi resquemor en la mirada de su marido cuando me saludó. Tuvieron el buen gusto de no traer a mi hija natural, que no bastarda, que debía de ser ya una buena moza. El saludo entre Beatriz y ella fue glacial hasta que lo templó la propia Clementina al acercarse. Tomó ambas manos de Beatriz, las besó e, inclinada, doblando una rodilla, dijo en voz muy baja, íntima: «Eres muy guapa, amita Beatriz».

Aquello bastó para que mi mujer, que era muy noble, la alzase y la besase en las mejillas. Después se abrazaron y lloraron juntas no sé si por la desaparecida o por esas cosas femeniles, que los hombres no entendemos, en las que es mejor no indagar. Tal vez las hermanaba el hecho de haber amado al mismo hombre. Por fin hablaron un segundo, en un aparte. Para mí que lo hicieron de la muchacha, pues

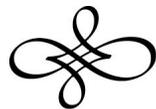
no pregunté. Conociendo a Beatriz, seguro que se interesó por lo grande que estaba o dejaba de estar, el tono de su piel, si era buena, si adelantaba en la escuela o le faltaba algo. Al final se despidieron y partieron para Lebrija, pues debían tomar la diligencia. Vi también a Sinforosa, la esclava de mi madre que heredara la difunta. Debía de tener más de setenta años. Había comulgado al lado de su hija. Me llamó Bartolito, me felicitó por ser pintor y se hartó de llorar y darme besos. Beatriz contemplaba la escena asombrada. Mi hermana me dejó una medalla de la Virgen de los Reyes, de oro fino, que había sido de mi madre y que cuelga en mi cuello desde entonces. A ella me confiaré el día que presiento cercano de mi muerte.



Culminé a tiempo el encargo de los franciscanos para su convento. En enero de 1648 entregué el último lienzo: *San Diego de Alcalá dando de comer a los pobres*, un cuadro para el que reconozco me inspiré en Zurbarán, en su forma de tratar la luz y mezclar sombras. Los niños mendigos en torno al caldero, esperando la bendición del santo para iniciar la pitanza cuchara en mano, son reales, del barrio, a los que daba de vez en cuando una pieza de cobre o un bocadillo. Me rodeaban cuando salía a pasear, como los polluelos a la clueca, por si se desprendía de mi bolsa algún cuartillo. Iban descalzos, vistiendo harapos, sin dejar de sonreír. Subían al taller para posar. Miraban con respeto a mis discípulos —tenía ya cuatro— y se situaban delante de mi paleta procurando que la luz incidiera de manera adecuada sobre sus rostros. No paraban quietos, como si los poseyese el baile de San Vito, pero eran obedientes, respetuosos. Al terminar les daba unas monedas, pasaban por la cocina, donde Fátima les tenía preparados bocadillos de morcón o chorizo, y volaban a su espacio vital: las calles y plazas de Sevilla y el río Guadalquivir. Mi amor por el naturalismo y los temas infantiles nació pintando aquel lienzo y nunca iba a abandonarme. El resto de aquel año fue de trabajo intenso. Distintas

iglesias y conventos me encargaron imágenes de devoción, santos y vírgenes. Di un giro a mi pintura buscando estilo propio, distanciándome de lo zurbaranesco para iniciar una iluminación claroscuro, dando mayor movilidad a mis figuras e intensidad emotiva en la interpretación de los temas sagrados.

En mi casa todo estaba en orden: la pequeña Isabelita creciendo a ojos vista y mi mujer, feliz, canturreando. La cría empezó a caminar a los once meses, con lo que, de la mano de sus padres, era la sensación del barrio cuando nos acompañaba los domingos a misa de diez. Fue vestida de azul su primer año, hasta que sus ropitas —su madre y Fátima lo habían preparado todo para un niño— se le quedaron chicas. Un carpintero amigo me había fabricado un caballo de madera, de balancín, y a él trepaba desde antes de saber andar, igual que una amazona, vistiendo ya de rosa. A su madre y a mí se nos caía la baba. Las Navidades fueron tristes por el recuerdo de mi hermana muerta. Juan Agustín Lagares, mi cuñado, pasó con nosotros la Nochebuena. Se encargó como siempre de montar el belén: el portal de corcho, tierra de albero para el suelo y figuras de barro cocido, pintadas por mí, que representaba a la familia de Nazaret: el burro, la vaca, las cabras, el pastor y los tres Reyes Magos en sus dromedarios. 1649 se estrenó con tintes trágicos: luego de unas terribles lluvias que duraron dos meses, a primeros de abril se desbordaron el río Guadalquivir y los arroyos sevillanos: el Tagarete y el Tamarguillo. El agua llegaba al portón grande de la catedral, que hubo que defender con sacos terreros para que no inundara el templo. En la collación de Triana, en la otra parte, iban en barcas. Se aproximaba la catástrofe: la peste negra.



Una epidemia del mal bíblico asolaba el Levante español desde hacía dos años, con especial incidencia en Valencia, Alicante y Barcelona. Procedía de Nápoles y más allá, de Argel y Alejandría. Hubo un brote

de peste en Santander por la escala de un barco infestado que procedía de Flandes. Las autoridades del reino intentaron que la infección no llegase a Madrid y las ciudades castellanas controlando el paso de viajeros y mercancías procedentes de las regiones afectadas, bajo pena de muerte, pero no se pudo impedir la llegada del terrible morbo a Sevilla, corazón de Andalucía, ciudad que poseía el monopolio del comercio con las Indias y por cuyo río navegable, el Guadalquivir, entraban y salían cientos de naves de todas las procedencias. Las autoridades prohibieron a los buques ascender por el río, hacia Sevilla y Córdoba, y sellaron las trece puertas de la ciudad. En realidad, médicos y municipales daban palos de ciego, pues ni sabían ni se conoce hoy la causa de la peste ni sus mecanismos de transmisión. Conocemos bien sus síntomas y el frecuente desenlace: la muerte, pero ignoramos por qué la enfermedad afecta a unos y respeta a otros. Por poner un ejemplo: el cuarto jinete del Apocalipsis, montando en su caballo bayo, visitó mi casa e hizo estragos llevándose por delante a mi única hija, a la doncella y a dos miembros de mi taller. A mi mujer y a mí nos respetó. ¿Por qué? No hubo casa sevillana donde la afilada guadaña de la parca no segara cabezas. El matrimonio Zurbarán quedó incólume, pero falleció su hijo Juan, que era pintor y de los buenos. La familia del reputado escultor Juan Martínez Montañés fue diezmada con el artista a la cabeza.

Poco se sabe en firme sobre lo que ocurrió, me refiero al origen de la epidemia. Parece ser que llegó en un barco desde Argel a Valencia. Ciento cuarenta cautivos cristianos que habían sido liberados, previa manumisión, de las prisiones o baños argelinos fueron internados en un lazareto, en Sagunto, al presentar síntomas de peste. Suponiendo que las miasmas pestíferas eran vencidas por la higiene, recibieron repetidas inmersiones en agua de mar. Algunos se salvaron, los que tenían que morirse se murieron y dos o tres se ahogaron. Tiempo después, una nave sospechosa procedente de Levante amarró en Cádiz. Unos ropavejeros gitanos, con ropa y sábanas desembarcadas del navío, subieron a Sevilla y vendieron la mercancía en el barrio de Triana, al otro lado del río. Saltó la alarma

cuando de un día para otro murieron todos los que habían tenido contacto con aquellos tejidos. Con la celeridad que suele, el espantoso mal cruzó a Sevilla propiciado por las malas condiciones sanitarias y las inundaciones de aquella primavera, que afectaron al abastecimiento de alimentos y agua potable. Recuerdo que las barcas y esquifes navegaban por la alameda de Hércules como si lo hiciesen por un lago. Suma de todo ello, el mal estalló de manera imparable. El diagnóstico de la enfermedad era tan sencillo que podía hacerlo un lego: fiebre alta, calentura, escalofríos, dolores en los músculos, inflamación de las articulaciones y aparición de bubones purulentos especialmente en ingles, axilas y cuello, un rosario siniestro de bubas que se abrían espontáneamente para dejar salir su pus infecto. El día 9 de abril se dieron los primeros casos: una pobre mujer y dos mendigos cayeron muertos en plena plaza de San Francisco. Varios viandantes se acercaron a socorrerlos, pero un alguacil municipal lo impidió al grito de «ipeste!». No mucho después un carro arrojó sus cadáveres a un muladar.

Como si la miseria y la plaga pestífera se conectaran de alguna forma, la intensidad del mal afectó sobre todo a los barrios humildes. Castigadas por la inundación de las fértiles vegas del Guadalquivir, con parte de la cosecha y el ganado echado a perder, la peste fulminó a aquellas pobres gentes con más intensidad que al resto. Miles de personas morían a diario, muchas en las calles y plazas. Todos los médicos de la ciudad se congregaron en los hospitales, que no daban abasto a acoger, tratar a los afectados y enterrar a los muertos. Si una cama se desocupaba, aparecían tres aspirantes a morir en ella. Los hospitales de Triana y de las Cinco Llagas, que pasó a llamarse de la Sangre, al no disponer de más camas, levantaron en las explanadas de sus fachadas campamentos, con tiendas de campaña, donde se hacinaban los afectados para al menos no morir a la intemperie. El terror y una especie de resignación fatalista cundieron por la urbe. El humo de las hogueras donde ardían las ropas de los muertos lo impregnaba todo. Los vecinos vagaban por las calles al albur, con la mirada extraviada, famélicos, sin saber dónde ir o refugiarse. Los

munícipes no organizaron un lazareto, lo habitual en grandes urbes en caso de epidemia, y es que todo Sevilla se convirtió en un enorme y amurallado lazareto. La gente se cobijaba en las iglesias, pero no en los conventos de clausura que se cerraron a cal y canto. Una orden del consistorio colocó soldados en las trece puertas para impedir la entrada o salida de mercancías y ciudadanos. Durante los meses de abril y mayo, los de mayor virulencia de la peste, murieron cuarenta mil personas, casi un tercio de la población de Sevilla. Los cadáveres se enterraban en fosas comunes, que llamaban «carneros», en distintas zonas de la ciudad: en la puerta Real, el Baratillo, frente al convento de San Jacinto, en la Macarena, el Osario y el Prado de San Sebastián. Los enterramientos se hacían a la carrera, a veces por perdularios y sepultureros de alquiler, aprovechada gente que por algunos reales se dedicaba al arriesgado oficio, expuesta a contraer el espantoso mal.

Beatriz y yo, angustiados, vimos morir a la pequeña de año y medio, Isabel Francisca, que era nuestra alegría. Se apagó al mes de la epidemia. Afortunadamente, no padeció: devorada por la fiebre, falleció al amanecer del segundo día del contagio. Llamamos al cura de la parroquia, el que la bautizara, y se limitó a bendecirla, sin tocarla. El miedo es libre. Como siempre en caso de epidemias, se veían procesiones de disciplinantes, semidesnudos, con una P grabada con ceniza en la frente, impetrando al Señor perdón por sus pecados. También sacaban pasos procesionales con reliquias de santos con el mismo objetivo. Hablé del caso con el religioso.

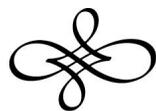
—Pamplinas —dijo—. Antes de entrar al seminario realicé tres cursos de medicina en Salamanca. Dios tiene poco que ver con las enfermedades de los hombres y mal puede curarlas. Dejamos que el pueblo lo crea como prevención de la promiscuidad y el adulterio, pero las plagas tienen un responsable, cada cual el suyo, que desconocemos. Lo mismo que la sífilis, el cólera o el tabardillo, la peste negra es originada por una miasma que tal vez esté en el aire o la transmitan el agua o los alimentos. Algunos médicos de la Sorbona, en París, ciudad que es cuna de decenas de epidemias desde siempre,

aseguran que en la génesis de las epidemias se encuentran las pulgas y piojos con sus picaduras y las ratas y demás sabandijas con sus mordeduras.

Me gustó esta reflexión que traducía modernidad y alejamiento de ancestrales tabúes. Atendiéndola, ordené que mi casa se baldeara con agua avinagrada y se pusiesen cebos con matarratas en el sótano. Enterramos en sagrado a la pequeña, pero no había excesivo lugar para el dolor pues debíamos luchar por nuestra propia supervivencia. Disponiendo de una surtida despensa y de un aljibe de agua fresca, se echaron los cerrojos a la puerta para impedir la llegada de extraños. Era tal el hedor a podredumbre humana en la ciudad, fruto de los enterramientos en precario, en fosas superficiales, que el arzobispo ordenó que el Santísimo Sacramento fuese sacado de iglesias y conventos y trasladado a alejados monasterios. Muchas casas se quedaron vacías o en ruinas. Calles enteras parecían deshabitadas, como si perteneciesen a la luna. Los hospitales llegaron a acoger a veinte mil setecientos enfermos. Estaban por todas partes: en las salas, pasillos, cocinas, patios, sótanos, azoteas y hasta en las capillas. De ellos murieron veinte mil doscientos, quedando convalecientes los demás. Fallecieron casi todos los enfermeros, veinte médicos de los veintisiete que había al empezar la epidemia y catorce cirujanos-barberos de veintiuno. De cincuenta y seis sangradores quedaron veinte. Las muertes de religiosos fueron incontables, pues casi todos se batieron el cobre en primera línea ayudando, consolando o bendiciendo, pero las monjitas de clausura se libraron: fruto del aislamiento al que estaban sometidas, apenas tuvieron bajas. Benditas ellas: con sus oraciones mantienen vivo el mundo.

En junio, durante la octava del Corpus, se alcanzó el pináculo de la catástrofe con más de cuatro mil muertos. Finalizando el mes se cerró el hospital de Triana, importante foco pestífero, donde habían fallecido doce mil personas. Por fin, el 12 de julio, comenzó a decaer la plaga. Lentamente disminuyeron las defunciones. A primeros de agosto se produjo la última, pero ya nada iba a ser lo mismo. Quedó en pie una ciudad maltrecha, con los barrios del norte desolados,

muchas casas vacías que fueron asaltadas por bandas de forajidos, los vecinos campos sin operarios y las fábricas y talleres sin obreros. Un aroma apestoso, a perro muerto, sobrevoló la urbe varias semanas. De los pueblos vecinos, Utrera fue el que más padeció, contándose más de cuatro mil muertos. Para muchos el cómputo total de defunciones en Sevilla llegó a sesenta mil, prácticamente media ciudad. Con todo, lo peor estaba por llegar: finalizó el monopolio del comercio de ultramar, que se trasladó en su mayor parte a Cádiz y a Sanlúcar de Barrameda.



En medio de un silencio de camposanto, que era en lo que se había convertido Sevilla, los sevillanos apretamos los dientes, nos encomendamos a la Inmaculada y nos dispusimos a poner nuestra ciudad de nuevo en pie. De toda España llegaban ayudas en forma de vituallas y mantas. Los alimentos para los más necesitados —harina de trigo, sacas de garbanzos, lentejas y alubias— se distribuían en la puerta de iglesias y monasterios. Fue ejemplar: los frailes y sacerdotes entregaban las raciones correspondientes a los jefes de familia en las largas filas, en silencio, sin una discusión ni un alboroto. La población colaboraba con el ayuntamiento en la excavación de fosas lo suficientemente profundas para inhumaciones seguras. Las hogueras «higiénicas», con ropajes de muertos en la epidemia y enseres sospechosos, duraron todo el mes de agosto. El humo de las hogueras aventaba el tufo de la peste y la ciudad recobraba poco a poco su pulso. Se oyeron de nuevo las campanas de los templos llamando a misa o a los numerosos funerales por el alma de los fallecidos. Era casi un placer escuchar la palabra de Dios envuelto en el aroma del incienso. Volvieron a funcionar los mercados, los aguadores proclamaron otra vez su mercancía, los lanchones subieron de nuevo el río con pesca fresca y la sonrisa y el buen humor, señas de identidad de la romana Hispalis desde Escipión

el Africano, regresaron también para quedarse. El 14 de septiembre hubo en la catedral un solemne tedeum en agradecimiento al Señor por la finalización de la epidemia. Pocas familias no contaron con algún fallecido en sus filas.

También en septiembre se reanudaron los encargos de pintura religiosa. Quizá como reacción a la calamidad pasada o para dar gracias a Dios por los que quedábamos vivos, los templos henchían de fieles y en los conventos las campanas repicaban a gloria. La Giralda se sumó al general regocijo que suponía respirar volteando sus veinticuatro campanas, lo mismo que si celebrásemos una victoria como la de Lepanto. Los capuchinos, los dominicos, los agustinos y los jesuitas me encargaron obras. Acudí con mi mujer a dar el pésame a Zurbarán, más muerto que vivo, con la pesada losa que supone perder a un hijo querido, gran artista además. Sus dos hijas, casadas, se libraron, pues vivían en Llerena. Sorprendimos al pintor en su estudio, pues aseguraba que solo con el pincel en la mano dominaba las ganas de llorar que nunca le abandonaban. Nosotros sabíamos algo de eso, no demasiado, pues no es lo mismo enterrar a una cría de dos años escasos que a un varón hecho, en la flor de la vida y con un brillante porvenir.

Beatriz y yo nos lamimos las heridas e hicimos inventario: habíamos perdido a una hija querida, pero nos teníamos a nosotros, gozábamos de excelente salud y nuestra bolsa se hallaba repleta. Para celebrar que aún coleábamos, encargamos otro niño, José Esteban, que nació en mayo de 1650. La peste y las desgracias no habían afectado a nuestra sensualidad, que se mantenía incólume. El bautismo fue sonado en el barrio de San Isidoro, pues hubo chocolate con *jeringos* para todo el que quiso. Nuestro patio se llenó, por lo que dispusimos una mesa en la acera para los viandantes. El pequeño, que pesó nueve libras, dejó baldada a mi mujer, quien tardó en reponerse. Sus generosos senos bastaban para amamantar al neonato y a cuatro como él. Destilaban ríos de leche tibia y dulce, tanto que sobraba y manchaba su pechera hasta el extremo de utilizar una especie de babero de felpa para que no se notara cuando salía a la calle.

Veintiocho años tenía mi mujer cuando lo cuento. Siempre fue guapa, pero por entonces estaba en el momento culminante de su atractivo: delgada otra vez, esbelta, con aquella delantera de ensueño. Una mañana, tomando en el patio el café de las once, ante los lloros del infante se sacó un pecho y aplicó el pezón a la boquita del crío hambriento. Contemplé embobado la escena pensando en llevarla al lienzo. De hecho, algunas de mis Vírgenes lactantes se inspiraron en el suceso. Yo andaba un tanto descuidado de lo que suponéis, pues, entre la peste, el trabajo, los embarazos, los partos, la cuarentena y los lloros y cacas infantiles, las veía venir y no hallaba el momento adecuado del sensual trasteo. Beatriz lo notó.

—¿Te falta algo? —dijo risueña.

—¿A ti qué te parece...? —respondí—. Decórate las uñas de los pies. De esta noche no pasa que me los zampe con todo lo demás —añadí.

—¿Todo, todo...? —preguntó pícara.

—Todo lo que me permita su señoría —repliqué, pues en ocasiones era cicatera.

Nunca se me despintará aquella noche: fue la primera y última vez que probé leche de mujer. Mucho más dulce que la de vaca o cabra, libada de los senos de la mujer que amas supone un adelanto del paraíso. Como si los hijos trajesen un pan bajo su brazo, vinieron a buscarme de la iglesia de Santa María la Blanca y del convento de las monjas clarisas con sendos encargos. No hablaré más de dinero, pero sí aclararé que mi cotización subió como la espuma cuando los entendidos contemplaron los cuadros del claustro chico de los franciscanos. *La última cena*, para la Virgen Blanca, tiende al claroscuro zurbaraniano que aún prodigaba, contrastando en pinceladas cortas luces y sombras. *La muerte de Santa Clara*, para las hijas de la santa de Asís, es un lienzo apaisado donde envuelvo al cortejo de santas que acompañan a la Virgen en una iluminación celestial, que recuerda a lo que vi del Greco. El rostro de Santa Clara es el de mi mujer levemente retocado. Doy a los personajes

femeninos el dinamismo y la belleza que se merecen nuestras hermosas enemigas, la obra más excelsa del Creador.

Como en el milagro del pan y de los peces, un aluvión de encargos llenó el taller. Tuve que coger nuevos aprendices. Al «cargazón de Indias», que nunca faltaba, se sumaron decenas de peticiones de monasterios, conventos, iglesias, instituciones civiles y particulares. Del año 1650 son *La cocina de los ángeles*, *Dos niños comiendo melón y uvas*, mi primera *Inmaculada Concepción*, la *Resurrección de Cristo*, la *Sagrada Familia del pajarito*, *San Jerónimo*, la *Virgen con el Niño* y la *Virgen del Rosario*. Las monedas de oro y los reales de a ocho se atesoraban en un baúl, que, bajo dos candados, dormía en la bodega junto a las barricas de vino generoso. Beatriz se empeñó en que compráramos una casa en el Bajo de Guía, entre Bonanza y Sanlúcar de Barrameda, y costó poco complacerla, pues la adquirí por nueve mil reales, un regalo. Era amplia, de una sola planta, con su patio andaluz imprescindible, una parra en el patio trasero y en plena playa, a la vista del río Guadalquivir, casi frente a la peligrosa barra, cementerio de tantos barcos. Como moverse con el niño y la servidumbre era un problema, compré una amplia carroza de cuatro tiros, con ballestas, imperial y cuatro bancos corredizos capaces para un batallón de infantería del Tercio, los bravos luchadores herederos del Gran Capitán que peleaban en Flandes. A la orilla del Guadalquivir nos desplazábamos desde que los calores de julio convertían a Sevilla en un horno. Finalizando junio cerraba el taller, pues se derretían las pinturas, licenciaba a sus miembros y la carroza nos llevaba a nuestra posesión.

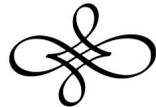
Eran cincuenta días deliciosos, pues el 20 de agosto, cuando menguaban los calores en Sevilla, regresábamos. Mi mujer volvió a canturrear por las mañanas, señal inequívoca de felicidad recuperada. Beatriz y yo tomábamos los baños de mar junto a otros pocos valientes. Las mujeres se revestían de una especie de caftán moruno con cenefas y puntillas y los hombres, cuatro locos, nos zambullíamos en las frías aguas del Guadalquivir, por mitad dulce y salada, enfundados en calzones de cuero. Más de una vez vimos delfines, los

curiosos mamíferos marinos que a veces se internaban aguas arriba del río hasta Sevilla. Fue braceando en el Guadalquivir como conocí al duque de Medina Sidonia, don Gaspar Pérez de Guzmán el Bueno, que tenía un palacio en Sanlúcar y una villa de recreo a tiro de piedra de nuestra casa. El noble, que era sobrino del conde-duque de Olivares, había estado mezclado en una conjura que pretendía separar a Andalucía del resto de España para hacer de ella un reino propio, aprovechando la independencia de Portugal de 1640, objetivo que no llegó a cuajar pues no tenía ningún apoyo popular.

Pasábamos la mañana en la playa, cruzábamos en barca al coto de Doña Ana, comíamos pescado y mariscos frescos, dormíamos la siesta y paseábamos. El pequeño José Esteban, que ya era Pepito, crecía bien, algo lógico disponiendo de unas ubres magnánimas e inagotables. A sus cuatro meses siempre tenía con quien entretenerse, pues pasaban temporadas con nosotros una hermana de Beatriz con su marido e hijos, tres arrapiezos de siete, cinco y dos años. El trío practicaba las travesuras propias de sus edades, un insufrible concierto de gritos, pataletas, rabiets y perretas que solo se extinguían durmiendo. Para un impaciente como yo resultaba muy desagradable, tanto que al final exigí que la estancia anual de mis cuñados se alargase todo lo más una semana. Hay un dicho italiano que aprendí en casa de Diego Velázquez, escuchado por él en Italia, que ahora viene al caso: «*L'ospite è come il pesce: dopo tre giorni puzza*». Ocurría con mis cuñados y su caterva de críos: a los tres días empezaban a oler cual pescado podrido.

Las noches, tras las cenas sobrias, eran el momento culminante de la jornada, cuando a la luz de la luna, en el patio que siempre estaba fresco, charlaba con mi mujer o cambiaba impresiones. Nos envolvía el aroma del jazmín y la dama de noche. Cuando no había luna, Beatriz me numeraba las estrellas, pues era medio maga y sabía algo de astrología. Yo encendía un veguero cubano y lo fumaba despacio, gozándolo, dando gracias a Dios por estar vivo. No eran raras las zambras de la gitanería en cualquier tablao de las proximidades o en las tabernas de Sanlúcar. Todos sabían que a la

esposa del pintor Murillo le encantaba el jaleo y siempre nos avisaban. Lo cierto es que me contagié su afición al cante y baile de los calés y terminé distinguiendo una soleá de una seguidilla y dando palmas claras o sordas como uno de ellos.



Cerca de cuatro años vivimos en la calle Corral del Rey. Mi mujer no se encontraba a gusto, pues pretendía un lugar más cercano a la catedral, en pleno casco viejo. Yo le tenía pánico a una mudanza y a ella le volvía loca tirar tabiques, amueblar el salón o elegir telas para entelar paredes. El momento era bueno, pues con tanta desgracia muchas casas grandes se malvendían. Encontramos una vivienda amplia en pleno barrio de San Nicolás, cerca del río, a un paso de la catedral y del Archivo de Indias. Disponía de sótano-bodega, zaguán apto para un carruaje, las cocinas y dependencias del servicio y un salón de recibo en la planta baja. En la segunda estaban el comedor, la salita de estar, el retrete con agua corriente y los seis dormitorios, pues Beatriz pretendía llenarlos. Una escalera llevaba al taller, enorme y luminoso, ocupando toda la planta, y a la azotea donde ordené instalar un palomar. No tengo particular querencia por la colombofilia, pero adoro los pichones asados como los preparaba y sigue haciendo Fátima al modo del Magreb: salpimentados, rellenos de perejil, comino y hierbabuena, los «asusta» en una cazuela con aceite hirviendo, añade medio vaso de vino de Jerez —el toque andaluz—, tapa el recipiente y los deja cocer a fuego lento una hora y media.

El barrio de San Nicolás nos trajo suerte, pues la Inmaculada permitió que Beatriz concibiera cuatro veces. En 1651 bautizamos a Francisco Miguel y en el cincuenta y tres a Francisco Gaspar. 1655 nos trajo a Francisca María y en 1657 nació Gabriel. La intensa mortalidad infantil se llevó a Francisco Miguel con solo meses y a Francisco Gaspar con año y medio. A raíz de la peste negra compré

una sepultura de ocho tumbas en el cementerio que se fue llenando de blancos féretros. Más seria fue la muerte de mi cuñado, Juan Agustín Lagares, quien fuera mi segundo padre. Se lo llevó un mal aire, pues una mañana apareció paralizado de medio cuerpo, sin poder hablar, y no llegó a ver la noche. Los doctores lo denominan ictus apoplético.

En cuanto a lo pictórico, llegaban cada vez más encargos. Para distintas iglesias y conventos pinté una *Magdalena penitente*, *La adoración de los pastores*, *El bautismo de Cristo*, *Cuatro figuras en un escalón* para un comerciante de La Campana, *San Ildefonso*, *San Isidoro*, *San Juan muestra a Jesús*, *Santa Ana y la Virgen*, *Santiago peregrino*, *La Virgen y San Bernardo* y *La Inmaculada de El Escorial*, un encargo de la Corona para el real monasterio que regentaban los padres jerónimos. Toda esta ingente producción, y la que omito por no aburrirlos, precisaba de la ayuda que me brindaban los miembros de mi taller encabezados por Manuel Campos, que era mi hombre de confianza. Manuel se había casado ya, algo importante en cuanto a la estabilidad emocional de un hombre, que, si no tiene mujer, la busca y a veces la encuentra donde no debe. Mis crecientes ingresos no eran solo míos, pues una parte importante se la llevaban mis colaboradores.

No mucho después de la peste, se estableció en Sevilla Juan Valdés Leal, un pintor sevillano formado en el taller de Herrera el Viejo, pero que muy joven se trasladó a Córdoba. Nacido en 1622, se había casado con una cordobesa. Iniciándose el año de 1650, alquiló una casa en la calle de las Boticas, en la parroquia de Todos los Santos, y abrió taller. Pintor ecléctico, estaba influenciado por las nuevas tendencias que llegaban de Italia. Era hijo de un portugués de apellido Niza o Nisa y de Antonia Valdés, sevillana, de la que tomó el apellido, como es habitual entre pintores. Vino a visitar mi taller, alabó mis pinturas y me invitó a conocer el suyo. A simple vista me pareció algo presuntuoso. Valdés Leal trabajaba deprisa, demasiado quizá, faltándole rigor en el acabado de sus obras. En la casa de al lado residían su madre y su padrastró, Pedro de Silva, alquimista y

platero. Todo olía por allí a misterio. Cuando le visité, pintaba varios óleos para el convento de las clarisas de Carmona, entre ellos una preciosa *Muerte de Santa Clara*.

El caso fue que nos caímos bien, pues el personaje era simpático. Formaba con su mujer cordobesa una pareja extraña. Ella —se llamaba Isabel— debía de tener la edad de mi mujer o poco menos. Era la cordobesa típica: guapa, vistosa, esbelta, de ojos negros como el alma del azabache y piel morena. Él, al contrario, era de mediana estatura, achaparrado, tirando a grueso pero a pesar de ello de buenas hechuras, con la cara redonda, los ojos vivos del halcón peregrino y la color trigueña clara. A Beatriz le hacía mucha gracia su mostacho solemne, a la holandesa, que solía engomarse y afilar en las puntas como si pretendiese pintar con ellas. No le gustaba en cambio su carácter agrio, a ratos iracundo, tan opuesto al mío, que es pacífico por naturaleza, incapaz de levantarle la voz a un triste gato. Sin duda no había leído a Séneca, su paisano, el filósofo estoico que mejor describió los modos y maneras de domeñar la ira.

Varias veces merendamos juntos. La mujer de Valdés, que se las daba de ascendencia noble, utilizaba tenedor y cuchillo hasta para comer hojuelas, que por cierto hacía como nadie, crujientes, recubiertas de miel y acompañadas de chocolate espeso. Beatriz correspondía con su especialidad: bizcocho emborrachado en vino generoso, una receta de su madre, algo epicúreo. Una vez, por curiosidad, Valdés me llevó al vecino obrador de alquimia de su padraastro, un demente que creía en la piedra filosofal y buscaba oro y plata partiendo de cobre y plomo. El local se hallaba en el sótano, a oscuras si no fuese por algunas candelas de aceite diseminadas por el suelo. Olía a azufre. Aquello era un laberinto mal trabado de tuberías, redomas, conductos, retortas, probetas, matraces, arcaduces y alambiques en medio de la humareda y en torno a un horno de barro refractario. Se cuenta y no se cree. Me aseguró el poseso, bajando el tono de la voz, que estaba a punto de obtener esmeraldas partiendo de un cacho de malaquita por intermediación de un radical ignoto que había descubierto. Valdés Leal le seguía la corriente mientras yo

trataba de no soltar el trapo. Si se refería a algún principio o componente secreto, necesario para la transformación del plomo en plata, hablaba susurrando, tanto que no se le oía. Al final, el buen pintor y extraviado yerno del alquimista y yo nos fuimos distanciando. Su carácter desigual y los delirios de grandeza de su esposa —era también pintora y enmendaba la plana a su marido— tuvieron la culpa. Volvieron a Córdoba en el cincuenta y cuatro. Regresaron a Sevilla en el cincuenta y siete, pero no volví a tropezar con mi colega hasta mucho más tarde, cuando fundamos la Academia de Pintura de Sevilla y colaboramos en la decoración del hospital de la Caridad.

En 1655 apareció por Sevilla Francisco de Herrera el Mozo, un joven pintor sevillano que había estado en Italia antes de radicarse en la corte algunos años, al lado de Velázquez. Herrera el Mozo tenía veintiocho años y una larga experiencia como hombre y como pintor. Era también arquitecto. Empezó en el taller de su padre, Herrera el Viejo, famoso en la ciudad por sus prontos y un genio tan insoportable que no lo aguantaba ni su propio hijo. Pocos eran los aprendices que resistían en el taller y Herrera el Mozo no lo hizo. Huyó de su casa con una hermana, llevándose seis mil reales de plata. Su padre, contrariado, le envió a la Santa Hermandad, pero los mangas verdes<sup>8</sup> no dieron con ellos, pues se refugiaron en las Alpujarras. Con veinte años el Mozo se casó con una guapa mujer cuatro años más joven, pero el matrimonio terminó en divorcio. Unos dicen que ella era casquivana y otros que él fue cogido en un renuncio. Viperinas lenguas llegaron a afirmar que tuvo amores incestuosos con la hermana, que era vistosa, cuando se perdieron por las Alpujarras. Vaya usted a saber. En cualquier caso, Francisco Herrera el Mozo tomó el portante y marchó a Italia, a Venecia, donde bebió del arte del Veronés. Por entonces nacía tras los Alpes una tendencia pictórica basada en los colores vivos y en las formas voluptuosas y exageradas, recargadas, que representaba en Italia Michelangelo Merisi, conocido como el Caravaggio, en Flandes Pedro Pablo Rubens y en España Diego Velázquez. El término «barroco»,

del portugués «*barrueco*», en referencia a las perlas deformes —no enteramente esféricas—, con que se denominaba al nuevo estilo, hizo fortuna e incluso se extendía despacio a otras artes como la escultura o la música.

Herrera el Mozo vino a mi taller buscando un punto de apoyo que lo reintegrara a Sevilla, aunque me aseguró que pensaba volver a la corte. Lo presenté al deán de la catedral y fue contratado para pintar una obra de mediano formato para la sacristía. El resultado fue *El triunfo del sacramento*, una preciosa obra con las figuras situadas a contraluz en primer plano y el revoloteo de ángeles infantiles pintados con pinceladas fluidas y transparentes, algo muy novedoso y que rompía la separación de los espacios celeste y terrenal, tradicionales en Sevilla. Me gustó el nuevo estilo, tanto que un año después pinté para la capilla bautismal de la catedral un cuadro de grandes dimensiones: *Visión de San Antonio de Padua*, en el que, jugando con la claridad y la penumbra, consigo dar profundidad espacial y unifico los espacios mediante una luz difusa y vibrante, algo nuevo en mi estilo. Mi *San Antonio* gustó tanto al cabildo que me encargaron dos cuadros para la sacristía: un nuevo *San Isidoro* y un *San Leandro*, que podréis ver si os acercáis al templo. Se trata de cuadros grandes, monumentales, que bañé con una luz plateada para que resaltasen las blancas túnicas de los santos. Fue un encargo del canónigo Juan de Federighi, un simpático y acaudalado sacerdote, de noble estirpe italiana, con el que inicié una amistad que iba a perdurar toda su vida.

Incorporadas a mi paleta las novedades de Herrera el Mozo y para complacer la petición de Federighi de nuevas obras, pinté en el otoño del cincuenta y cinco dos cuadros de gran formato: *Lactación de San Bernardo* y *La imposición de la casulla a San Ildefonso*. De la lactación de San Bernardo, muy devoto de Nuestra Señora como algunos saben, había una versión de Alonso Cano en la que la Virgen, desde el altar y con el Niño en brazos, dirige el chorro lácteo desde su seno a la boca del santo. Mi versión es distinta: con un claro toque barroco en la composición de la Inmaculada y de su coro de ángeles,

la Virgen, con el Niño en brazos y recién alimentado, se tapa el seno descubierto con un paño exactamente igual que hacía mi mujer, en quien se inspira el cuadro. La composición es parecida a la de Juan de Roelas, pero omito el chorro de la sagrada leche virginal y dejo el resto a la imaginación del espectador. *La imposición de la casulla a San Ildefonso* es un cuadro de altar. De Federighi quedó tan complacido que me pagó un tercio más que por la *Lactación*. Cuando se enteró mi mujer, lo invitó a merendar en casa.

De ilustre familia de origen florentino, el canónigo estaba emparentado con los marqueses de Villaverde. Por privilegio del cabildo catedralicio y dado su padecer bronquial, que se compadecía mal con la humedad del claustro, estaba autorizado a vivir fuera del convento. Su casa, en la calle de Cuna, no lejos del prostíbulo causa de mis desvelos de juventud, era un amplio principal con balcones a la calle donde vivía con la matrona que lo atendía y cuidaba, una señora de cincuenta años largos, gruesa, con bigote barbarrucio de peón caminero, ideal para la sosegada convivencia con un clérigo de sangre todavía caliente, pues don Juan contaría por entonces cuarenta y pocos años. Era común en Sevilla invitar a merendar a un religioso y Beatriz, que era muy de iglesia, se apresuró a preparar para el canónigo su mejor bizcocho. Cargó la mano en el Moriles sabedora de que «el vino alegra el ojo, limpia el diente y sana el vientre», que dice Sancho Panza en alguna parte del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, el popular libro de Miguel de Cervantes que hacía furor.

Devolví la visita a De Federighi en más de una ocasión. Llamaba la atención al traspasar la puerta de su domicilio el intenso aroma a tabaco. No debiendo la matrona ser la fumadora, quedaba el canónigo, pero no me cuadraba que un bronquítico crónico, eximido de residencia en el palacio arzobispal por sus averiados pulmones, fumase como un turco. Jamás olvidaré mi primera incursión por aquel largo y lóbrego pasillo, pues estuve a punto de partirme la crisma: *Petronila*, una tortuga del Peloponeso, hembra, del tamaño de un gato, circulaba por allí y no la vi ni nadie me advirtió de su

presencia. Pisé al quelonio y volé por los aires. No me maté porque, gracias a los reflejos que aún conservaba a mis treinta y cinco años, pude agarrarme a un perchero. Al estruendo acudió el dueño de la casa, cogió a la tortuga, riñó a la criada y me pasó a un salón bien decorado, lleno de libros y resmas de papel, pues don Juan escribía en sus ratos libres. Heredada de su familia, tenía buena pintura italiana: cuadros del Pinturicchio, Gentileschi y Feti. Poseía libros anteriores a la imprenta, códices monacales del Medioevo y primeras impresiones de autores como Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Virgilio, Marsilio Ficino, Petrarca, Poliziano y Pietro Bembo. Siendo un consumado bibliófilo, sus joyas eran un *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto, edición florentina de 1523, y una carta autógrafa de Girolamo Savonarola, el dominico quemado por la Inquisición italiana en 1498.

Juan de Federighi fue mi mejor amigo de aquellos años. Raro era el día que no nos veíamos al caer la tarde. Era culto, ocurrente, simpático, buen conversador y formidable polemista. No era un religioso vocacional. El mayor de sus hermanos servía al rey en Flandes, el segundo llevaba los campos y labrantíos de la familia y a él le había correspondido el seminario. Cumplió el expediente con decoro. En nuestras charlas dejó entrever algún amor de juventud y demostró que seguían gustándole las mujeres, algo normal, pues los sacerdotes no dejan de ser hombres. Era un caso parecido, a otro nivel, al de Antonio Perrenot de Granvela, cardenal de la Iglesia y canciller que fuera de Carlos V. Bien parecido como lo fue Granvela, si De Federighi tenía algún consuelo mujeril, lo disimulaba muy bien. Estoy por afirmar que no lo había, pues es difícil en ciudad como Sevilla lidiar con una mujer, y más siendo eclesiástico, sin que se sepa. Otra cosa es salir de apuros esporádicos en un prostíbulo y por ahí me inclino. El acreditado y ya nombrado de la calle de Cuna, a un paso de su casa, era muy frecuentado por altos jefes de la milicia, prebostes locales y más de un consagrado, por lo que no puede descartarse que lo visitara cualquier anochecer embozado, cubierto con chambergo que le ocultara la tonsura y vestido con ropaje seglar.

Si queréis mi opinión, os la daré: no lo aplaudo, pero entiendo que cualquier religioso disfrute de vez en cuando de una fémina, esa gloria bendita, la obra cumbre del Creador. No creo que haya que rasgarse las vestiduras porque un cura que cumpla con sus obligaciones eclesiásticas, ame al prójimo y ejerza la caridad se tome de vez en cuando una venal licencia.

Entendí por fin el misterio del aroma a tabaco. Juan de Federighi era un entusiasta de las labores cubanas ya fuesen en rama, polvo para rapé, pastillas de mascar, pipa o cigarros puros. Le proveía un estanquero del mercado de la Encarnación, con taller propio, que tenía varias cigarreras capaces de liar los puros habanos como la mejor mulata de La Habana. La segunda tarde que me ofreció un veguero de Vuelta Abajo, el valle cubano famoso por la calidad de las hojas de la solanácea, le tiré de la lengua.

—Sé que me sienta mal —admitió—, pero me corroe el vicio. Por otra parte, mi físico (que también fuma) me asegura que no está demostrado que perjudique a todos. Afirma que los indios taínos, caribes y aztecas fuman desde que aprenden a hablar y muchos se hacen viejos.

—Sobre la vejez de los indígenas de nuestras colonias habría mucho que comentar —intervine—. Se sabe que pocos indios superan los cuarenta años.

—No es del todo cierto —respondió De Federighi—. Hipólito Durán, un beneficiado de la catedral de Guadalajara, en la Nueva España, que acaba de regresar con licencia, me asegura que en Sonora y Arizona, territorios de dicho virreinato al norte del río Bravo, hay viejos y viejas fumadoras que alcanzan los ochenta años. Además, de algo hay que morir. Como lo justo y no toco a una mujer si no es para ayudarla a cruzar una calle —añadió—. Si por privarme del tabaco voy a vivir un par de días más, no me interesa.

La amistad del canónigo me proporcionaba, amén de información y deliciosos pestiños rellenos que elaboraba su fámula, numerosos encargos sobre todo para la catedral y conventos sevillanos. Cuando le hice un retrato de medio cuerpo y se lo regalé, se volvió loco. Procuré

mejorarlo y oculté una verruga que tenía en la sien. Es normal que los pintores favorezcamos a nuestros retratados. En agradecimiento me encargó —y pagó por adelantado— un óleo de gran formato sobre el hijo pródigo del Evangelio. El resultado fue: *El hijo pródigo hace vida disoluta*, donde pinto una escena costumbrista con los elementos propios de un bodegón. Influenciado por las pinturas que viera del Caravaggio en Madrid, resuelvo los detalles naturalistas con pincelada suelta, como la figura del músico situado a contraluz, resaltando el banquete de bienvenida, el perrillo que asoma bajo el mantel o los generosos escotes de las damas engalanadas con ropajes de vivos colores y mostrando, con comedia sensualidad, parcelas de sus senos. Mi intención era que la dama de la derecha mostrara un pie desnudo y parte del tobillo, pero me lo desaconsejó Beatriz por erótico en exceso. En Andalucía, donde perduran ciertas reminiscencias arábicas, muchos piensan, y yo entre ellos, que nada hay tan carnal y voluptuoso como el desnudo pie de una mujer bonita. Nunca quise líos con la Inquisición.



En parte para que mi mujer conociera la corte y sobre todo ante la llamada de Velázquez, que insistía en que fuera a Madrid, donde mis pinturas gustaban, en la primavera de 1658 nos trasladamos a la capital del reino. En Sevilla quedó el taller abierto y a su frente, Manuel Campos, mi principal colaborador, que a aquellas alturas era ya un pintor de fundamento. Sin prisas, con mis tres hijos que crecían bien, la familia Murillo se puso en camino el 2 de abril. Viajábamos como grandes señores, con los criados, en diligencia propia. No hablé hasta aquí de los pequeños. José Esteban, Pepito en familia, era un niño de ocho años que desde los seis iba al colegio de los agustinos. Era listo y estudioso, pero no presentaba hasta el momento interés por la pintura. La segunda, Francisca María, Paquita en casa, había cumplido ya tres años. En lo físico se parecía a Beatriz como una gota

de agua a otra. Era despierta y estaba pendiente de sus muñecas, de vestirlas, desnudarlas y bañarlas. Podía pasarse media tarde peinándolas. Todavía se agarraba a los pezones de su madre y más cuando veía que Gabriel, el chiquitín de año y medio, le disputaba la pitanza. Cada cual tenía su retrato, pues dibujé a mis hijos desde que sabían gatear.

Nos acompañaban una niñera y Fátima, que se había convertido en la doncella de confianza de Beatriz. Venía también Zoilo, un joven criado que hacía las veces de cochero, palafrenero, portero, guardián y jardinero. Saliendo de Sevilla temprano y a buena marcha, comimos en Córdoba y dormimos en Andújar. Tuve tiempo de enseñar a Beatriz la mezquita, que le entusiasmó, y pasear por la judería. El segundo día nos detuvimos a comer en una venta del camino real e hicimos noche en Almagro, en la mejor posada de su plaza porticada. La tercera jornada, larga, nos llevó a Toledo y entramos en Madrid a las diez de la noche. Nos alojamos en el mesón del Rey, en la calle de la Bola, casi enfrente del Alcázar Real, en dos habitaciones que nos había reservado Diego Velázquez. Quiso el pintor sevillano que parásemos en su casa, pero yo me negué pues quería intimidad y recordaba el dicho italiano que él me enseñara, aquel de que los huéspedes hieden a partir del tercer día, incluso siendo primos hermanos. En una habitación, con balcón a la calle, nos alojábamos el matrimonio y el pequeñín, y en la otra, que era más grande pero interior, dormían las criadas con los dos niños. Lorenzo vivía en el sótano, en un habitáculo con literas donde moraban los cocheros y palafreneros. El carruaje se estacionaba en una cercana cuadra con pesebre para los caballos.

El objetivo principal de mi visita era ponerme al día en cuanto a novedades y tendencias pictóricas. Me interesaba esencialmente la producción de Velázquez, el sin par genio sevillano, que se encontraba en el momento culminante de su arte. Hasta los talleres de Sevilla llegaban los ecos de la excelencia de sus últimas obras, sobre todo al regreso de su segundo viaje a Italia. Mi paisano nos recibió al segundo día en su villa de la Florida, pasado el río Manzanares, que ya

conocía de mi anterior estancia. Todos estaban allí de luto por la reciente muerte de Francisca, la hija querida del matrimonio, fallecida de sobrepeso. Dimos el pésame a la pareja. Doña Juana estaba más afectada que don Diego, visiblemente más delgada comparando con la que yo conociera años atrás. Mientras Juana Pacheco y mi mujer se conocían e intimaban, tuve con mi colega de pincel y patria chica una larga charla. Los niños jugaban en el jardín con Teresita, la única nieta del pintor. Repasamos las circunstancias de los amigos comunes. Pregunté por Alonso Cano.

—El cuitado de Alonso terminó mal —me informó—. Lástima de pintor... Bebía más de la cuenta y se enredaba en las faldas de la primera que pasaba por delante moviendo el culo. No mucho después de volver tú a Sevilla, su mujer, Magdalena, murió asesinada.

—Algo había oído —dije—. ¿Cómo fue?

—La encontraron muerta en la cama un amanecer, la pobre —explicó Velázquez—. Todo hablaba de envenenamiento, pues su cuerpo presentaba manchas violáceas y había vomitado. Acusaron a Cano del homicidio, pero nada pudo probarse. Alguien testificó que el pintor se entendía con otra mujer, pero ello no fue suficiente para condenarlo.

—Qué desagradable —intervine.

—Lo fue. Con el ambiente enrarecido, nuestro hombre se refugió en el convento de San Francisco, en Valencia, donde estuvo un año —siguió Diego—. Después volvió a Madrid. Aquí lo nombraron mayordomo de la Hermandad de los Siete Dolores. Pero no fue lo mismo. A su paso la gente cuchicheaba o se apartaba. Curiosamente, sus pinturas aumentaron su cotización.

—La gente es morbosa —dije—, pero la realidad es que se trata de un excelente pintor.

—Sin duda —corroboró Velázquez—. Cansado del vacío que se le hacía en la corte, se fue a Granada auspiciado por su majestad, que es su gran valedor. Gracias a don Felipe IV obtuvo el cargo de racionero de la catedral. Dicen que completó la decoración de su capilla mayor con mucho tino. Hasta donde yo sé sigue en Granada.

Del jardín llegaba el rumor de los niños jugando. Juana Pacheco y mi mujer charlaban no muy lejos. Nombramos a Valdés Leal, Zurbarán, Herrera el Mozo y Martínez del Mazo.

—Háblame de tu segundo viaje a Italia —le pedí—. ¿Por qué te fuiste? Poco tenías que aprender de nadie...

—Eres muy amable —respondió—, pero todos los días se aprende algo. Marché a Italia va a hacer ocho años a instancias del rey, que quería comprar con mi asesoramiento obras de arte. Me acompañaba Juan Pareja. Estuve allí catorce meses, pues deseaba ver lo más posible del país. Es verdad que estaba ya formado como pintor, pero en Italia siempre se aprende. Debía también contratar a Pietro da Cortona, un pintor radicado en Roma, para que decorase al fresco varias estancias del Alcázar Real de Madrid que su majestad quería reformar.

—¿Lo lograste? —pregunté.

—Da Cortona tenía demasiado trabajo, por lo que me entretuve visitando la Ciudad Santa, algo inabarcable en cuanto a vestigios imperiales y obras de arte. Contraté en su lugar a Angelo Colonna y Agostino Mitelli, dos buenos especialistas en pinturas al fresco.

—¿Son guapas las romanas? —pregunté, bajando el tono de la voz.

—Mucho —contestó—. ¿Por qué lo dices? —inquirió en un susurro, como si lo hubiesen descubierto saliendo de una ramería en el Trastévere.

—Simple curiosidad —respondí—. Imagino que, suelto como un buey sin ronzal y en medio de tales bellezas, echarías alguna cana al aire.

Velázquez miró a ambos lados y al techo antes de responder, tal que si espías venecianos se estacionaran tras los cortinajes o en el artesonado.

—Por entonces no las peinaba, pero sí, algo de eso hubo —dijo al fin bisbiseando—. Recorrí Florencia, Mantua, Bolonia y Venecia, donde adquirí a buenos precios obras del Veronés y Tintoretto. Bajé a Roma por Siena y Lucca y por fin visité Nápoles, donde coincidí con

José de Ribera, que llaman por allí el *Españoleto* en referencia a su escasa estatura. En Roma me quedé más de seis meses. Qué gran ciudad.

—¿Dónde vivías? —pregunté.

—Moviéndome a cargo de la Corona lo hacía como un príncipe. El embajador de España ante la Santa Sede puso a mi disposición un carruaje. A poco de llegar a la ciudad fui elegido miembro de las dos principales organizaciones de artistas: la Academia de San Lucas en enero del cincuenta y la Congregación de Virtuosos del Panteón de Agripa el 13 de febrero del mismo año.

—Evidentemente tu fama te precedía —dije.

—Gran parte de la culpa la tuvo Pedro Pablo Rubens —aseguró Velázquez—, pues el pintor flamenco se prendó de algunas de mis obras cuando estuvo en Madrid y las alabó cuando, de regreso a Amberes, estuvo varios meses en Italia. La pertenencia a la Congregazione dei Virtuosi me daba derecho a exponer un cuadro en el pórtico del Panteón, el 19 de marzo, día de San José, cosa que hice.

—No me cuadra —intervine—. Hablaste de tu ingreso en la Congregación el día 13 de febrero, ¿cómo tuviste tiempo en apenas un mes para componer un cuadro de valía?

—Fue un retrato y precisó de menos tiempo —afirmó mi colega—. Teniendo a mano a Juan Pareja, no lo dudé: mi esclavo era un tipo pintoresco, de rostro aceitunado, ojos vivaces y aspecto absolutamente original. El cuadro, mal está que yo lo diga, quedó precioso. Con el barniz aún fresco, fue expuesto el día señalado en el pórtico del Panteón de Agripa, que acoge los restos del gran Rafael Sanzio. Mi obra recibió el elogio de los pintores romanos y extranjeros, siempre numerosos en Roma, que presentaban cuadros al concurso.

—¿Qué fue de Juan Pareja? —pregunté—. No lo veo por aquí.

—Hace tres años le concedí una libertad que se había ganado por su constancia y buen hacer. Estuvo conmigo más de veinticinco años. Se formó como pintor a mi lado, me ayudaba a moler los colores y a preparar los lienzos. Pocos aprestaban las telas como él. Fue uno de

los testigos del testamento de mi hija Francisca, que murió hace seis meses.

—No sabes cuánto lo siento —reiteré mi condolencia—. Ignoraba tan triste suceso.

—Murió de sobreparto. Yo lo voy superando, pero Juana lo lleva peor. Volviendo a Juan Pareja, para agradecerle sus servicios y el feliz resultado que me ofreció su retrato, le di la carta de libertad en Roma, pero con la obligación de seguir sirviéndome cuatro años más. En realidad, fueron siete, pues no quería dejarme. Ha montado un pequeño taller en El Pardo, en las afueras, y se gana la vida retratando a los vecinos y pintando escenas callejeras.

—¿Volviste enseguida a España? —pregunté.

—Entre unos y otros no me dejaban —contestó Velázquez—. Llegó al Vaticano el rumor de mi éxito con el retrato de Juan Pareja y el papa Inocencio X quiso volver a verme.

—¿Conocías al papa?

—Desde antes de ser pontífice. El año veinticinco acompañó al nuncio Francesco Barberini, del que era datario, en un viaje que hizo a Madrid. Aquí tuve la oportunidad de saludarlo. Me recibió cordial, expansivo, pues era muy abierto de carácter. En Roma seguía igual. No aparentaba los setenta y seis años que tenía por entonces. Me pidió que lo retratara y accedí con gusto, pues representaba, en caso de éxito, un espaldarazo a mi carrera internacional como pintor y retratista. Vino en mi ayuda que Giovanni Battista Pamphili, que así se llamaba realmente, era un ejemplar humano fácil de trasladar al lienzo.

—Perdona —interrumpí—. Sería fácil para ti. Pienso que el retrato es de lo más difícil en nuestro oficio o arte si lo prefieres.

—Estamos de acuerdo —corroboró Velázquez—, pero reconocerás que hay tipos de retrato menos complicados que otros. Su santidad era de escasa dificultad. De piel bronceada, tenía los ojos astutos, de prestamista, la frente despejada, nariz grande como entiendo que debe ser la de los hombres, bigote deshilachado y barba rubia como desteñida, descuidada, de escasa consistencia. Lo pinté sentado en la

silla gestatoria, de cardenal y no de papa pues así lo quiso, resaltando el anillo de amatista.

—Te llevaría tiempo.

—El cuadro lo pinté en menos de un mes, posando el retratado siete veces. Fue espléndido, inolvidable. Recorrí todas las estancias vaticanas, indagué en la increíble biblioteca, la más completa del orbe, vi las colecciones de pintura, la *Escuela de Atenas* de Rafael, la Capilla Sixtina con las pinturas de Miguel Ángel, que me dejaron sin habla, las obras de ambos Lippi...

—¿Quedó conforme el papa? —pregunté.

—Deduzco que sí. «*Troppo vero!*», exclamó al ver el retrato culminado. Prueba de su conformidad es que lo divulgó entre los miembros de la curia, ensalzando mi arte. El cardenal Camillo Astalli quiso que lo trasladara al lienzo, lo mismo que Camillo Massimi, el cardenal responsable del Santo Oficio. Hasta Ferdinando Brandani, que era el barbero de su santidad, me pidió que lo retratara y accedí.

—Te pagarían bien —dejé caer.

—Al papa no le cobré. Me regaló una gruesa medalla de oro, de Santa Martina, la patrona de Roma, con su larga cadena del metal amarillo. A los purpurados les cobré el equivalente a cinco mil reales de plata, que abonaron sin rechistar.

—¿Y el barbero? —pregunté.

—Le hice un precio especial y a cambio me arregló la barba y el cabello —contestó Velázquez muy serio—. A los barberos hay que tratarlos bien, pues propalan *urbi et orbi* tus habilidades, ya seas pintor, abogado o médico, y sale más rentable. Sin olvidar que manejan la afilada navaja cerca de tu garganta y es mejor tenerlos contentos.

Enmudecimos. Las mujeres no paraban de charlar y los niños lo pasaban de maravilla sueltos por el jardín.

—Lo que dices del barbero es verdad —suscribí—. Sabrás que la publicidad gana terreno en un mundo cada vez pequeño y que nadie como un barbero divulga una noticia.

—Cierto —corroboró Velázquez—, pero es la imprenta la que marca la pauta en ese aspecto. En Madrid y Barcelona las confiterías se anuncian en hojas volanderas.

Una doncella silenciosa trajo sobre una bandeja sendos vasos de limonada y pastas caseras.

—¿Y qué hiciste en Italia más de un año? —pregunté.

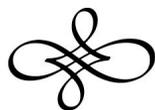
—Disfrutar de mi libertad por última vez. Hay tanto que ver por allí que no terminas nunca. Roma, por ejemplo, no podrías abarcarla ni en dos vidas. Todo me subyugaba: el arte, las mujeres, el carácter italiano y la forma de vida tan similar a la española. En abril el rey escribió a su embajador en Roma para que me urgiese el regreso, pues estaba impaciente por ver mis adquisiciones y quería que le hiciera un retrato con su nueva esposa, Mariana de Austria, con la que llevaba casado dos años. Según el embajador, su majestad aconsejaba que hiciese el regreso por mar, como medio más rápido, para no detenerme en todas partes, como al final hice. Y es que don Felipe me conocía ya. Salí de Roma en el otoño y llegué a Génova en mayo siguiente. Podrás suponer que me detuve en cualquier parte donde hubiera una iglesia interesante, un castillo curioso, una plaza pintoresca, una antigua catedral o una mujer bonita: me vieron pasar Civitavecchia, Terni, Orvieto, Perugia, Siena, Pisa, Lucca, La Spezia, Parma, Santa Margherita... El 3 de mayo embarqué en Génova para Valencia y el 10 dormí en mi casa.

—¿Y tu mujer? —pregunté.

—¿Qué pasa con ella?

—Estaría inquieta —dije—. Seguro que te escribiría apremiándote.

—Así fue, pero no me preocupaba —respondió Velázquez—. El mal estaba hecho: me iba a ganar la gran bronca faltase dos meses o catorce. Juana me reclamaba en cartas frecuentes y yo respondía a vuelta de correo contándole batallas. Había sobrepasado ya los cincuenta años, sentía que la vida se me escapaba de entre los dedos y comprendía que jamás me vería en otra igual. Nunca he visto féminas más batalladoras que las transalpinas.



Mientras Beatriz, la niñera y los niños brujuleaban por las calles, plazas y parques de Madrid, iban de tiendas o visitaban a Juana Pacheco y a su nieta Teresita en su casa de la Florida, yo me dedicaba a lo mío: ver buena pintura y admirar las últimas obras de Velázquez, aquel genio irrepetible, gloria de Sevilla y de España entera con sus Indias. Fue Juan Bautista Martínez del Mazo, yerno de Velázquez, el inconsolable viudo, quien me enseñó en el Alcázar Real las últimas obras del sevillano. Decorando el principal testero del salón de audiencias estaba un cuadro de gran formato: *La expulsión de los moriscos*, un perfecto ensamblaje de colores y perspectivas difícil de igualar por otra paleta. Según Martínez del Mazo, la obra estaba inspirada en *La batalla de Anghiari* del gran Leonardo, que puede verse en Florencia, en el salón de los Quinientos del palazzo Vecchio. Contemplé admirado *La Venus del espejo*, una de las primeras obras velazqueñas tras el segundo viaje a Italia. El tema del tocador de Venus, la diosa romana del amor y el deseo, digna émula de la Afrodita griega, había sido tratado anteriormente por Giorgione, Tiziano y Rubens, pero tenía poco que ver con el delicado erotismo que desprendía aquella obra, de reducido cromatismo limitado a un rojo brillante, un cálido castaño, un suave azul y un blanco etéreo. Venus aparece de espaldas, en postura sensual, sin enseñar nada «pecaminoso» clásico, hablo de senos o sexo. Muestra en el espejo que exhibe un angelote el rostro desconocido de la voluptuosa mujer, quizá una amante romana del artista. Se admira la nacarada e iluminada piel del dorso, las nalgas celestes, una incitante sombra entre los muslos, las piernas y los desnudos pies. Sin mostrar realmente sexuales atributos, aquella Venus resultaba mil veces más sensual que *Dánae recibiendo la lluvia de oro*, el desnudo de Tiziano de la colección de Felipe II que andaba no muy lejos.

—¿Qué te parece? —preguntó Del Mazo.

Estábamos solos en la estancia. Las palabras rebotaban en el artesonado de madera de cedro.

—Es la esencia de la sensualidad —contesté—. Para mí superior a ninguna otra *Venus*. Confío no suscite las reservas de la Inquisición.

—En ello estamos —respondió Juan Bautista—. El rey, enamorado de la pintura, la oculta por si acaso a los ojos de Diego de Arce y Reinoso, el obispo de Plasencia, actual inquisidor general.

Recordé que mi maestro Juan del Castillo aconsejaba a sus aprendices y discípulos que, viéndose obligados a pintar un desnudo femenino, utilizasen a mujeres honestas como modelos para la cabeza y las manos, imitando las partes eróticas de estatuas o grabados. Evoqué también las andanzas romanas de Velázquez, las que me relatara con medias palabras. Muchos años después, muerto ya el pintor, llegaron a Sevilla rumores de que había dejado un hijo natural en Roma. Se hablaba incluso de la madre, una hermosa pintora de veinte años, discípula del Guercino, que llevaba por nombre Flaminia Triva. Tal vez Flaminia era la misteriosa y bellísima *Venus del espejo*, la causante de que el maestro se resistiera a dejar la ciudad. Hablando del rey de Roma, apareció Diego Velázquez, que llegaba del estudio, pues todavía olía a barniz y trementina. Me cogió por un codo y despidió a Del Mazo.

—¿Lo pasas bien? —preguntó.

Respondí alabando su *Venus*, desde la belleza de la modelo hasta la singular disposición del cuadro. Pasear por el alcázar con el pintor de cámara, que al tiempo era aposentador real por designio de Felipe IV, era como hacerlo por tu propia casa. Los soldados de guardia presentaban sus espingardas a nuestro paso y los cortesanos se destocaban al cruzarse con él por los largos pasillos.

—Antes de enseñarte mis últimas obras quiero presentarte a cierta encantadora personita —dijo.

Me dejé llevar por interminables corredores, subimos por una escalera en curva y desembocamos en una antesala donde hacían guardia dos alabarderos. A un gesto del pintor del rey nos franquearon el acceso a un salón luminoso, con amplios ventanales

que daban a la dehesa real y, al fondo, a las nevadas cumbres de la sierra. Dos chimeneas de esquina prestaban su calor al recinto. Se encontraban allí diversas damas, niñeras, una enana, dos gatos, un perro grande, una jaula con pájaros, una cuna con un infante dentro y una niña muy rubia que, al ver a Velázquez, corrió hacia él con los brazos abiertos. El pintor la recibió en los suyos y, levantándola y girando sobre sí, dio varias vueltas al aire con la niña, que se veía feliz, chillando de alegría.

—¿Vienes a pintarme? —preguntó cuando la posó en el suelo.

—No, mi pequeña —dijo—. Quiero presentarte a un amigo, pintor como yo, que quiere conocerte.

La niña me miró con simpatía y sonrió. Nunca había visto nada más bonito y desenvuelto en niñas de su edad, entre seis y siete años. Su pelo eran hilachas de oro de la Tracia y sus ojos, grandes mares azules.

—Esta preciosidad es su alteza real Margarita Teresa de Austria y este señor tan serio, Bartolomé Esteban Murillo, sevillano como yo, pero mejor pintor —aseguró Velázquez.

—Me engañas, pintor Velázquez —dijo la infanta—. Nadie puede pintar mejor que tú. Lo dice papá y yo le creo porque los reyes nunca mienten. Si fuese de otra forma, Murillo debería demostrarlo pintándome.

—¿Cuántos años tienes, princesa? —pregunté.

—Dentro de poco cumpliré siete —contestó la niña.

—Nunca podría retratarte, pues no traje los pinceles de Sevilla. Y es mejor así, porque creo como tu padre que nadie es capaz de pintar mejor que Diego Velázquez.

La infanta Margarita, aquella deliciosa niña que la vida iba luego a maltratar, me enseñó sus muñecas, me llevó a la cuna de su hermano pequeño, Felipe, de año y meses, que iba a morir temprano, y me presentó a su perro antes de despedirnos. Desandando el camino, nos dirigimos a la pinacoteca palaciega, un luminoso espacio donde se hallaban las pinturas de la colección real.

—¿Qué te ha parecido la infanta? —me preguntó Velázquez.

—Es muy guapa y despierta —contesté.

—A mí me enamoró de golpe cuando la conocí con dos años. Después la frecuentaba, pues los reyes me pidieron que la bocetara para varios cuadros. Lo de menos de ella es su infantil belleza: irradia luz por la mirada y la rodea una especie de aura mágica. Es la alegría del alcázar cuando corretea tras su perro por todas partes. Más de una vez ha irrumpido en el despacho de su majestad cuando estaba en consejo. La quiero tanto como a mi nieta y el cariño es recíproco. Por ello, cuando el rey me pidió que le hiciese un retrato familiar, pensé en una cosa original, algo creo que inédito hasta el momento en retratos de la realeza.

—¿La situaste en el centro? —pregunté.

—Fue algo más que eso. Pero, más que explicarte, comprueba el resultado por ti mismo.

Justo llegábamos a la entrada de la pinacoteca. Un centinela nos permitió el paso y penetramos a un enorme salón rectangular, de techo alto, con amplios ventanales cerrados y a pesar de ello luminoso. La luz sobre los cuadros era indirecta, pues la incidencia del sol, como sabréis, los daña, proviniendo la claridad del cénit, de una amplia claraboya de cristales esmerilados. Obras de los principales artistas españoles, flamencos e italianos colgaban de sus paredes, pero mi atención se centró enseguida en un cuadro de gran formato situado al fondo, llenando el muro principal. A medida que me aproximaba y veía las figuras, crecía mi expectación. Mi corazón latía apresurado, pues comprendí que me hallaba ante una obra de arte excepcional. Cuando estaba a diez varas, Velázquez ordenó que se encendieran dos faroles apantallados de petróleo, uno a cada lado, que iluminaron uniformemente la pintura. No hubiese podido expresar mi admiración ni aunque quisiera, pues mi lengua, pegada al paladar, no podía articular palabra. Trataré de describiros el magno retrato que en la corte era ya conocido como *La familia real*.

El lienzo tenía vida propia, algo que incluso podía respirarse. Por primera vez en la historia de la pintura, un cuadro no era una barrera física, una superficie, sino un hueco habitable labrado a golpe de buril

en una roca tapizada de líquenes, musgo y rubíes. Podías penetrar en su interior y moverte por él o el interior venir a ti, poseyéndote. El barniz todavía estaba fresco, pues se había terminado no hacía tanto. La infanta Margarita centraba efectivamente la pintura con sus cinco años. Todo giraba en torno a su infantil figura, como los planetas de un complicado y sutil sistema universal hecho de luz, de magia o brujería, semejando que la niña iba a hablarte o brincar fuera del lienzo de un momento a otro. La sensación era irreal, parecía que el aire del salón penetraba por una puerta abierta en lo más profundo de la pintura. Me pareció que el cabello de la niña se movía por aquella corriente. Estaba tan absorto contemplando aquella maravilla que no sentí que se me aproximaba el maestro hasta que me tocó.

—El motivo central es la pequeña, ya la conoces —comentó—. A ambos lados se encuentran sus meninas, pues es costumbre en la corte desde Felipe II que doncellas portuguesas sirvan a las infantas, con lo que de camino aprenden portugués. María Agustina Sarmiento está arrodillada y doña Isabel de Velasco, algo atrás e inclinada. Ese que ves en la suave penumbra, pincel en mano, soy yo manejando los hilos de la composición.

—Es absolutamente genial —dije con la boca reseca.

—Gracias. A la derecha, oscurecida, se ve a la dueña, Marcela de Ulloa, que comenta algo con un funcionario palaciego —siguió el maestro—. Hice nacer esa curva de luz que va hacia la derecha, tras la enana Mari Bárbola.

—Mari Bárbola... —repetí—. Estaba en el salón de juego con la infanta.

—Exacto. Es simpática y entretiene a la niña. El enano Pertusato, a su lado, es, como apreciarás, el único personaje animado del cuadro. El perro es Alcotán, un regalo del rey a la princesa cuando cumplió un año. En el reparto de los elementos me inspiré en Leonardo da Vinci, exactamente en su *Última cena*, que contemplara en Milán, en el convento dominico de Santa María delle Grazie.

—No conozco tal obra de arte, triste de mí —dije.

—Es algo excepcional. Lo mismo que aquella pintura de Leonardo, *La familia real* es un juego de verticales —aseguró Velázquez—. La vertical del armazón del lienzo, a la izquierda, huye hacia el techo. A la derecha, la de la pierna del enanillo apoyada en el lomo del perro (es una rectificación, un «arrepentimiento» pues primero iba recta) acentúa un movimiento inverso. Verás que hay una ventana en la parte izquierda, pero hago surgir la claridad de todas partes. La cumbre de la pirámide, al modo leonardino, termina entre la infanta y la menina Isabel Velasco en una puerta iluminada al fondo donde gravita la figura de mi sobrino José Nieto Velázquez, tapicero real. Al lado de la puerta, reflejados en un espejo veneciano, pinté a los reyes, espectadores de excepción, discretamente evocados pero en el lugar de honor, contemplando embobados a su hija.

—Jamás imaginé que pudiera componerse una pintura con semejante perfección —exclamé—. Eres un genio.

—Gracias de nuevo —respondió Velázquez.

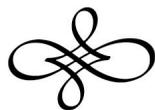
—Hay unos cuadros a la derecha, difuminados —hablé otra vez.

—Son copias de Rubens hechas por mi yerno, Martínez del Mazo —dijo el pintor de cámara—. El muro de ventanas cerradas, la penumbra del fondo, todo obedece a una feliz arquitectura en claroscuro necesaria para que luzca la infanta Margarita, el oro perfumado de su melena, el blanco cremoso de su vestido, su sonrisa en esbozo, los rosas apagados y la gama de grises plateados.

—Y el aire —continué—. Ignoraba que el aire pudiera pintarse.

—Me abrumas... —respondió Velázquez.

—Pues me quedo corto —aseguré—. Sabrás que soy visceral enemigo de la adulación, pero ni en Rembrandt, ni en Tiziano, Rubens o Caravaggio vi perfección semejante. La luz que baña el cuadro es la certeza de que existen los dioses del Olimpo.



No mentía. Estuve varias tardes, en soledad, contemplando el increíble retrato, sintiéndome un inútil. Todavía deslumbrado por tamaña maestría, dos días después, Velázquez me mostró su última gran obra, culminada en aquellas fechas: *La fábula de Aracne*, que algunos denominaban *Las hilanderas*. Pintada para un rico cortesano, Pedro de Arce, y espléndidamente pagada, el cuadro representa el mito de Aracne, famosa tejedora citada por Ovidio en su *Metamorfosis*. Aracne reta a Minerva para ver cuál de las dos teje mejor. En primer plano la diosa y su rival tejen sus tapices y al fondo, deslumbrantes de una luz que casi se respira, se muestran los tapices culminados. El aire gira en la rueca de Minerva y el movimiento se sustancia en el devanar de Aracne, entre ovillos de lana y un gato travieso. Lo mismo que ante el retrato de la real familia, la sensación era la de estar en el telar, palpar, ver y respirar el polvillo que suelta la lana al devanarse. De nuevo enmudecí al no hallar las palabras, dichoso de que Sevilla hubiese engendrado al mayor genio pictórico de todos los tiempos.

Cumplida mi misión, ver las novedades pictóricas de la capital del reino, pasamos dos días en Toledo, que Beatriz ansiaba conocer, y tres en Salamanca, otra vieja ilusión de mi mujer. Al regresar a Madrid, mediando junio, se iniciaba el calor. Beatriz empezó a vomitar el día 20. Insistía en que el embarazo sucedió en Salamanca, por lo que lo que viniese, de ser varón, sería sabio, torero o sacerdote. De repente nos entraron las prisas por volver. La añoranza de Sevilla era tanta que buscamos un mesón andaluz donde preparaban buenos gazpachos y por las mañanas freían churros y *jeringos*, que en la corte eran porras. Por fin nos ganó la nostalgia del terruño y, acabando el mes, nos pusimos en camino. Llegamos a Sevilla el 5 de julio: el calor madrileño se transformó en la calor sevillana, de una magnitud tal que, sin deshacer los baúles, seguimos a nuestra casa en el Bajo de Guía. Ahora sí: a orillas del Guadalquivir daba lo mismo que hiciese frío o calor, pues se estaba en la gloria. En una orza de barro, en el patio, el casero nos tenía preparadas aceitunas gordales del olivar de Carrión de los Céspedes, de mi mujer, bien aliñadas, con las que

acompañamos el fino jerezano de la bodega. Aquella noche hubo langostinos de Sanlúcar, manzanilla recental y tocinos de cielo. Sabedores de nuestra llegada, vinieron a buscarnos de un cercano tablado donde había zambra. Y allí nos tenéis al pintor Murillo y a su señora esposa metidos en harina y dando palmas sordas.

Fue el verano habitual: dulce galbana, marisco, pipirrana, aceitunas, tortilla de camarones y cante hondo. Yo boceté a la Virgen muchas veces, pues vinieron a buscarme de parte del canónigo Federighi para que la pintara para la catedral a cuenta de la polémica sobre el término «Inmaculada», que un decretal de la Congregación Romana del Santo Oficio, en manos de los dominicos, prohibió atribuir a la Concepción de María mientras lo permitía para la Virgen, sin apellidos. Un lío semántico: unos hablaban de la «concepción de la Virgen Inmaculada» y otros de la «Inmaculada Concepción de la Virgen». La decretal no se hizo pública y solo comenzó a ser conocida de los fieles cuando el Santo Oficio censuró algunos libros religiosos por aquel motivo. La polémica iba a hacerme famoso y rico, pues al llegar la noticia a Sevilla, el cabildo me encargó una *Inmaculada Concepción* que pinté nada más regresar al taller y que en el mes de octubre se colgó en una de las capillas catedralicias con el letrero: «Concebida sin pecado». Miles de sevillanos la admiraron, haciendo correr mi nombre de boca en boca. Desde el arzobispado salieron rogativas a la corte para que Felipe IV lograra la anulación de la decretal, de forma y manera que se aprobase la fiesta de la Inmaculada Concepción que desde siempre se celebraba en toda España. Hubo que esperar dos años para que, muerto Inocencio X, el nuevo papa Alejandro VII proclamara el 8 de diciembre de 1661 la antigüedad de la pía creencia y admitiera su fiesta como anhelaban los católicos, especialmente en Sevilla, que por algo es la tierra de María Santísima.

Mientras, por sí o por no, mi *Inmaculada* suscitaba la admiración de frailes, monjas y legos. De monasterios, iglesias y conventos, no solo en la metrópoli, sino en América y las Filipinas, empezaron a llegar encargos de Inmaculadas. Durante 1659 raro fue el mes que no

salió una de mi taller sin contar el «cargazón de Indias». No todas eran completamente mías, pero sí llevaban mi sello. El embarazo de mi esposa transcurría sin novedad, lleno de antojos como en los anteriores. Hasta entonces se trataba de antojos normales, de tipo alimenticio: pasteles de cabello de ángel, gambas blancas o anchoas del Cantábrico, una delicadeza poco frecuente, pero aquel se manifestó en el anhelo fehaciente de mudarnos de casa. Vivíamos bien, en una vivienda cómoda y amplia, pero ella la quería aún mayor y en el barrio de Santa Cruz. Era una pesadilla, como esos nómadas del desierto que se trasladan de un lado a otro con sus camellos buscando inéditos palmerales y oasis. Una nueva mudanza nos llevó a una casa muy cercana a la iglesia de la Santa Cruz, donde, en febrero de 1659, nació mi último hijo vivo, el salmantino, un varón que vino al mundo sin dificultad, pesó lo necesario, no presentaba taras y se agarró al pezón de su madre con ansia. Lo cristianamos con el nombre de Gaspar Esteban y lo celebramos invitando a los amigos a un buen desayuno. El resto del año fue de intenso trabajo, con el taller cuajado de encargos, yo con la retina llena aún de las maravillas pictóricas vistas en Madrid, sin acabar de entender que existiese un genio y además sevillano llamado Diego de Silva y Velázquez.



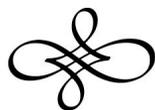
Iniciándose el año 1660, vino en mi búsqueda Domingo Velázquez Soriano, párroco de la iglesia de Santa María la Blanca. Me puso al tanto de su proyecto. Contando con la ayuda de un benefactor particular y la de los fieles de la parroquia, pretendía remodelar el templo —una antigua sinagoga que se caía a pedazos— y decorarlo con cuatro grandes obras de mi factura. Le prometí pensarlo algunos meses, pues nos faltaban manos en el taller para tanto compromiso. No le engañaba. Amén de la avalancha de Inmaculadas —era tanta que tenía a un aprendiz elaborando azules para sus mantos—, durante aquel año pinté para particulares y distintos templos y conventos: *El*

*Buen Pastor niño, El hijo pródigo haciendo vida disoluta, El hijo pródigo recibiendo su legítima, Nacimiento de la Virgen, Regreso del hijo pródigo, San Juan Bautista niño, San Juanito y el Cordero, Santa Justa, Virgen con Niño y La Virgen de la faja*, por citar solo los lienzos más sobresalientes. El baúl del oro y de la plata henchía. Tras pagar decentemente a mis aprendices y ayudantes —mi taller cobró fama en Sevilla de ser el que mejor pagaba a sus operarios—, lo consulté con Beatriz y compramos una casa de tres plantas, nueva, en el barrio de Triana, que se desperezaba lentamente tras la peste. Adquirí la reputación de algo que me encantaba y sigue haciéndolo: ser rentista. Las rentas no eran muchas, pues se trataba de alquileres baratos, pero no imagináis, o quizá sí, la delicia que supone cada primero de mes extender la mano y ver sobre la palma abierta un puñado de reales de a ocho como caído del cielo. Fuimos como siempre a nuestro rinconcito del Bajo de Guía a pasar los meses más calientes de la canícula, los feroces junio, julio y la mitad de agosto. Otra vez baños de mar, manzanilla puesta a refrescar en el pozo, olivas, gambas, langostinos terciados a la plancha, ajo blanco, vinos generosos con los dulces, café de Mascareñas, puros de Vuelta Abajo, licores finos y cante de los gitanos sin tasa, pues hubo noches cálidas en que nos retiramos casi al alba.

A poco de regresar a Sevilla, el 20 de agosto, un correo del rey nos trajo la luctuosa noticia: Diego de Silva y Velázquez había muerto en Madrid. Me escribía Martínez del Mazo, el yerno y heredero del pintor, en nombre de su nieta Teresa, de la que era albacea. En larga carta me contaba las vicisitudes de su maestro desde que lo dejara a mi vuelta a Sevilla. Deseando alcanzar la nobleza, ingresó en la Orden de Santiago contando con el favor real. La admisión fue trabajosa, pues tuvo que probar que entre sus antepasados directos no se contaban moriscos, judíos ni conversos. El Consejo de Órdenes Militares abrió una investigación sobre su linaje, que concluyó sin poder acreditarse la nobleza de su abuela paterna. En tales circunstancias solo la dispensa papal podía lograr su admisión en la orden, hecho que se logró al dictar Alejandro VII un breve apostólico

el mes de octubre del cincuenta y nueve. El rey le concedió la hidalguía el 28 de noviembre y pocas fechas después recibió el título e insignias de caballero de la citada orden.

En junio de 1660 —seguía Del Mazo— el rey y la corte acompañaron a la infanta María Teresa a Fuenterrabía, cerca de la raya de Francia. Velázquez, como aposentador real, se encargó de preparar el alojamiento del séquito y de decorar el lugar donde se produjo el encuentro de la novia con su prometido, el rey Luis XIV de Francia. Se acondicionó, como era habitual en bodas entre ambas casas reales, un amplio pabellón en la isla de los Faisanes, que se halla en el río Bidasoa, frontera natural de España y el país galo. Parece ser que el trabajo fue agotador. Ya de regreso a Madrid el pintor enfermó de viruela. El mes de julio fue terrible, con un calor infrecuente, el paciente ardiendo en fiebre, escalofríos nocturnos y por fin la erupción del terrible exantema que no dejó libre parte alguna del cuerpo. Velázquez fue aislado en lo más profundo de su casa, atendido solo por su mujer. El físico prohibió que Teresita, la nieta, pudiera visitar a su abuelo. Presintiendo que se moría, el maestro entre maestros pidió confesión el 5 de agosto. El cura de su parroquia lo asistió con los auxilios espirituales de nuestra fe católica y al día siguiente, a las tres de la tarde, entregó el alma. Cerraron sus ojos, aquellos ojos portentosos con los que elegía el mejor color para sus cuadros, su mujer Juana y su yerno, pues no quisieron que la pequeña Teresa presenciara la dura escena que supone ver expirar a un hombre. El 7 de agosto fue enterrado en la iglesia de San Juan Bautista, a la que el fallecido donara un cuadro y en la que tenía reservado un nicho bajo el altar, para que, en boca del artista, «el cura y los monaguillos se harten de pisotear mis restos de indigno hijo de Dios». Hubo en el alcázar un funeral por su eterno descanso y tres días de luto oficial en la corte, un honor debido a sus cargos palaciegos y a ser caballero de la Orden de Santiago. Ocho días después, el 14 de agosto, le siguió a la tumba su esposa Juana Pacheco. Los físicos, según Del Mazo, achacaron la muerte a la viruela, pero yo tengo para mí que murió de tristeza.



Como no daba contestación al párroco de Santa María la Blanca, una limpia mañana de enero de 1661 se personó en mi casa un hombre. La doncella que abrió la puerta lo anunció como religioso. Estaba a punto de conocer al que iba a ser uno de mis mejores amigos desde siempre: Justino de Neve. Ordené a la criada que lo pasara al salón de recibo mientras yo me quitaba el mandil de pintor y bajaba a su encuentro. Un varón metido en la treintena, vestido de sotana, con tirilla y capa sacerdotal, me esperaba de pie viendo uno de mis primeros cuadros: *Muchacha con flores*. Se dirigió hacia mí sonriente, con la mano extendida, cuando me vio entrar.

—El pintor Murillo, supongo —dijo.

—Soy yo —contesté, aceptando la mano que se me ofrecía e intentando besarla como es uso. No lo permitió, pues la retiró raudamente. Le invité a sentarse con un gesto y yo lo hice a su lado—. Su reverencia me dirá —añadí, respetuoso ante un sacerdote.

—Apéeme cualquier tratamiento, querido amigo —me pidió—. Soy Justino de Neve, canónigo de la catedral sevillana, pero no vengo en calidad de religioso. Me envía mi colega Federighi, nuestro común amigo. Pero antes de seguir quisiera pedirle perdón por invadir su casa inopinadamente e interrumpir quizá su trabajo.

—Cualquier amigo de Federighi es bienvenido en mi hogar. ¿Desayunó? —pregunté.

—Lo hice temprano, pues canto misa de ocho, pero le aceptaría un café.

Mientras una doncella lo servía, observé al personaje. Justino de Neve era alto, delgado, de ojos oscuros e inteligentes, nariz recta y larga, pómulos leves, boca risueña, bigote amplio y perilla de chivo. Su pelo, negro aún, presentaba hilachas blanquecinas en las sienes. Supe más tarde, cuando llegamos a intimar, que su padre era Juan de Neve, un rico comerciante de la ciudad, y su madre, Sebastiana de Chaves y Castilla, nacida en Málaga, de familia acomodada y raíces

nobles. Su abuelo paterno era flamenco, natural de Herentals, en el ducado de Brabante, no lejos de Amberes. Llegado a Sevilla a finales del pasado siglo huyendo de las luchas religiosas, buscando al tiempo paz, calor que lo secase de las humedades del Escalda y buenos negocios, se radicó a la sombra de la Giralda, donde comerciaba con telas, sedas, maderas finas y objetos de arte, especialmente cuadros de la Escuela Flamenca.

—Dígame, si le place, el objeto de su visita —volví a pedir.

—Lo diré sin rodeos: no entiendo sus reticencias a aceptar la decoración de Santa María la Blanca. Las obras de restauración han comenzado ya. Si todo va bien y no falta la plata, confío estén culminadas en año y medio.

—Nunca me negué a brindar mi pincel para aquella obra, querido amigo —respondí—. Veo con simpatía la reconstrucción de cualquier templo. De hecho, pensaba contestar afirmativamente un día de estos. Si no lo hice antes fue porque me lo impidió el intenso trabajo, distintos cuadros y retratos que tengo comprometidos.

—¿Entiendo entonces que acepta realizar las pinturas? —preguntó.

—Puede confirmárselo a don Domingo, el cura párroco.

—Lo haré, pues debo verlo mañana mismo —aseguró De Neve—. ¿Y en cuanto a presupuesto...?

—Tratándose de una parroquia humilde ajustaré los precios —contesté—. Por ese lado no habrá problema.

—Serían cuatro obras de gran formato, en forma de arco de medio punto, que representen la fundación de la basílica de Santa María la Mayor de Roma —me informó el hispano-flamenco.

El religioso tomaba la infusión a sorbos chicos, pues estaba muy caliente. Se puso un poco más de azúcar.

—Le pediría un favor —dijo sin soltar la taza—: como somos de edades parecidas y vamos a ser amigos, podríamos tutearnos.

—Me parece bien —asentí.

—¿Puedo llamarte Bartolomé? —inquirió.

—Y Bartolo también —contesté—. En cuanto a ti, ¿cómo debo citarte?

—En mi casa, antes de profesar, me decían Tino —confesó.

—Me gusta más Justino —aseguré—. Entonces quedo a la espera de firmar el contrato para esos cuatro cuadros.

—Me ocuparé de que los frailes te lo envíen cuanto antes —dijo De Neve—. Pero hay algo más... —añadió—. Lo de Santa María la Blanca era una excusa: la verdadera razón de mi visita es encargarte un cuadro.

—¿Religioso, costumbrista o tal vez un retrato? —pregunté.

—Me entusiasma la *Inmaculada* que pintaste para la catedral. Quisiera encargarte otra para mi colección.

—¿Coleccionas pintura?

—Es afición heredada. Tengo óleos sobre todo de la Escuela Flamenca.

—Interesante... —murmuré.

En ese instante, tras tocar en la puerta, entró en la estancia mi mujer. Enterada por Fátima de que me visitaba un religioso, curiosa, quiso saber quién era. Se la presenté al canónigo, que se alzó de su asiento. El mundo es un pañuelo: resultó que una prima de Beatriz era muy amiga de la cuñada de Justino.

—Hablábamos de mi colección de arte, querida amiga —dijo el religioso—. Dado que a tu marido, como buen pintor, le interesa la pintura flamenca, os espero a merendar el sábado.



Así fue como entró en mi vida Justino de Neve. El canónigo era sevillano ejerciente, algo curioso siendo nieto de un flamenco. Tenía a gala no salir de Sevilla ni siquiera en verano, pues fuera de la ciudad se ahogaba. Adoraba el calor, asegurando que no existe mejor lugar para combatir los ardores del estío sevillano que un patio andaluz. El suyo era delicioso, revestido de mosaicos portugueses, con naranjos,

limoneros y un granado, siempre en penumbra. En la fuente central, de mármol blanco, había un amorcillo de bronce del que surgía un tasado chorro de agua clara. Su rumor cantarín al morir en la piedra atraía a las palomas. En una esquina se veía una jaula con pájaros cantores: jilgueros, periquitos y canarios. De Neve se estacionaba en aquel agradable rincón de mayo a octubre: allí desayunaba, comía, cenaba, rezaba y dormía a veces, pues, si la canícula era muy fuerte, le colocaban un lecho bajo el limonero.

Siempre alegre, el canónigo estaba dotado de un excelente sentido del humor. Se había ordenado a los veintiún años, recibiendo la canonjía catedralicia a los treinta y tres. Era muy atildado, yendo siempre impecable, con los alzacuellos recién almidonados, las sotanas sin una mota de polvo y bien planchadas, calzando zapatos de charol con hebillas de plata. Dueño de una importante fortuna heredada, era generoso en extremo, casi pródigo, viviendo en una casa bien provista pero en medio de gran austeridad. Hombre caritativo, predicaba y al tiempo daba trigo, pues no había pordiosero que tendiese la mano a su paso que no viese brillar en ella media blanca de plata. Después de la peste y hasta que la ciudad retomó el pulso, mantuvo de su peculio un comedor para menesterosos. Contemplar el caserón que lo alojaba, en el 24 de la calle del Chorro, en lo más tranquilo y distinguido del barrio de Santa Cruz, llamaba a engaño: la fachada era discreta pero el interior, señorial, aunque sin alharacas, de muy buen gusto. De Neve se había responsabilizado de un hogar para sacerdotes sin recursos o enfermos, fundado en 1627 por la Hermandad del Silencio, que se hallaba a tres pasos de su domicilio, por detrás de los Reales Alcázares. Los vecinos, al ver el trasiego de curas generalmente viejos y de raídas sotanas que entraban y salían por la puerta, empezaban a llamarlo hospital de Venerables Sacerdotes o, simplemente, hospital de los Venerables.

Atendía al singular canónigo una señora ya de edad, antigua esclava berberisca que comprara su padre y que también había heredado junto con la colección de arte. Domitila, que era su nombre, era en realidad tan libre como el viento, pues don Juan de Neve, el

padre de Justino, fallecido hacía tres años, le dio la libertad en su testamento. La esclava liberta, que había visto nacer al pequeño Justino e incluso lo había amamantado a sus pechos, se negó en redondo a salir de aquella casa como no fuera con los pies por delante. Contaba también con una cocinera, una doncella y dos criadas, pues el caserón era enorme, pero no pernoctaban entre sus muros por el qué dirán. El servicio lo elegía Domitila, escogiendo siempre mujeres poco agraciadas y que sobrepasaran los cuarenta años, pues no era correcto que un sacerdote en buena edad fuese atendido por bonitas y pizpiretas púberes.

Fue Domitila quien nos abrió la puerta. Al penetrar por un pasillo mal iluminado, me agarré del brazo de Beatriz recordando la costalada que me diera al pisar la tortuga en casa del canónigo Federighi, pero allí no había tortugas, sino gatos. Justino de Neve nos aguardaba sonriente en un salón de recibo amplio y luminoso. Busqué con la mirada cuadros, pero allí solo se veían libros y más libros. Antes de entrar en materia, merendamos chocolate —que dejaba algo que desear en espesura— con picatostes.

—Pensé que coleccionabas óleos —dije, aceptando un veguero de inmejorable aspecto.

—Los tengo en otra parte —aseguró—. Aquí estudio, leo, escribo y ojeo en mi biblioteca —contestó de Neve.

Justino de Neve era un estudioso de la historia de la ciudad que lo viera nacer. Poseía cualquier cosa escrita sobre Sevilla desde la época tartesia. Nos enseñó orgulloso los trabajos y recopilaciones que hacía, junto con Juan de Loaysa, otro canónigo, sobre la vida del rey Fernando III, el conquistador de la ciudad a los moros, pues presidía una comisión nacional que propugnaba la canonización del monarca.

—La fama de santidad del que fuera rey castellano leonés, padre de Alfonso X el Sabio, comenzó a extenderse por toda Europa desde su muerte en Sevilla en 1252 —nos informó De Neve—. Su vida fue ejemplar, ganó dos tercios de Andalucía a los almohades y murió como un santo. A su fallecimiento solo quedaban en poder de los árabes los reinos de Niebla y Granada. Un grupo de sevillanos, entre

los que me cuento, estamos empeñados en llevar al altar a Fernando III.

—Pero la fama de santidad no basta —intervino Beatriz—. Para una canonización el Vaticano exige milagros.

—Cierto —corroboró De Neve—. Es voz popular que, tras su fallecimiento, hubo curaciones y prodigios entre los que se acercaban para orar ante su féretro. Algo parecido a lo que ocurrió al fallecer en Mallorca Raimundo Lulio. Hace falta generar una poderosa energía espiritual para que un difunto atraiga a los fieles llamándolos a la oración. Pocos se acercan a la tumba de Isabel la Católica o de su nieto el emperador para rezar o pedir su intersección para algo. Al contrario, eran centenas los que se aproximaban al cenotafio de Fernando III impetrando favor para sus problemas y lacras. El papa Sixto V, en 1590, confirmó que Fernando III poseía el halo de santidad y que merecía el tratamiento de santo. Las restricciones que impuso el papa Urbano VIII nos animaron a tratar de acreditar aquella santidad y en ello estamos. Loaysa y yo recopilamos imágenes de Fernando III en la catedral. Habíamos pensado que, por tus relaciones con los franciscanos y otras órdenes monásticas, podrías colaborar buscando imágenes pintadas del rey que ratificasen su espiritualidad —añadió para mí.

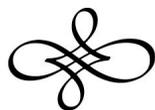
Hubo un silencio roto por el maullido de un felino. Me maravillaban las dotes persuasivas de Justino de Neve: irrumpió en mi casa pidiendo pinturas para un convento, se declaró devoto de mi pincel, me atrajo a su casa con su colección de cuadros y ahora se descolgaba solicitando mi colaboración en un caso de canonización.

—¿Qué tendría que hacer? —quise saber.

—Investigar por los conventos, monasterios, iglesias e instituciones sevillanas —respondió De Neve—. Se comenta que la ciudad está llena de pinturas o representaciones de su libertador. Me he permitido buscarte un colaborador: Francisco López de Caro.

Sintiéndome una marioneta en manos de aquel prestidigitador, no me quedó otro remedio que aceptar.

—¿Dónde anda tu colección de arte? —pregunté.



Lo que contemplé fascinado aquella tarde, preludio de otras muchas, pues pasé en aquella singular pinacoteca horas sin cuento, es de difícil explicación con palabras. El salón de pinturas, casi todas óleos sobre tabla, tendría treinta y cinco varas de largo por diez de ancho y era de techo alto. Iluminados por la luz cenital de una claraboya para que los rayos del sol nunca incidieran directamente sobre los cuadros, había ciento cuarenta y dos obras perfectamente enmarcadas. Las de mayor tamaño lucían en soledad, pero las pequeñas se superponían a veces. Si llegaba alguna nueva, se le hacía un hueco, como ocurrió con los dieciocho óleos de todos los tamaños que me fue adquiriendo De Neve hasta el día de hoy. La inmensa mayoría de las pinturas era de la escuela flamenca. El color, la imaginación y la maestría reinaban en aquella estancia mágica. Don Justino, que hacía de cicerone, iba explicándome cuadro por cuadro empezando por los de mayor antigüedad.

—Esta es una Virgen de Geertgen Sint Jans, Gerardo de San Juan en español — señaló ante una bella obra—. Geertgen era aprendiz en el gremio de miniaturistas de Brujas allá por 1490 y había nacido en Leyden —me informó—. Aquí tienes una Virgen de Joos van Wassenhove, Justo de Gante traducido, un pintor holandés formado en Gante. Este *Retrato de caballero*, fechado en 1497, es de la mano de Jan Mostaert, uno de los artistas favoritos del emperador Carlos, el hijo primogénito de Juana de Castilla. El maestro nació en Haarlem hacia 1475. Durante dieciocho años trabajó en la corte de Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos, donde quizá lo descubrió el futuro Carlos V.

Yo callaba perplejo ante la belleza de los óleos y la erudición de Justino de Neve. Beatriz hubo de sentarse a mitad del recorrido, cansada, pero yo me lo disfruté entero. Desfilamos ante óleos de inmensa calidad, muchos de autores desconocidos para mí. Reseñaré solo los más notables para que no terminéis odiándome: Jacob

Cornelisz van Oostsanen, Maestro de Alkmaar, Lucas de Leyden, Jan van Scorel, Maerten van Heemskerck, Dirck Jacobsz, Anthonis Mor — nuestro Antonio Moro—, Pieter Aertsen, Cornelis van Haarlem, Joos de Momper, Abraham Bloemaert, Jan Brueghel, Frans Hals, Hendrick Avercamp, Thomas de Keyser, Salomón Ruysdael, Anton van Dyck, Rembrandt van Rijn y Adriaen van Ostade, estos dos últimos jóvenes pintores que triunfaban en Holanda.

Salí de allí empequeñecido por la calidad de la pintura y sobre todo por la cantidad de maestros del pincel que producían los Países Bajos. El resto del año sesenta y uno lo dediqué a pintar sin descanso, recopilar imágenes de Fernando III y crear la Academia de Pintura Sevillana, primera en Andalucía, una especie de gremio de pintores al modo de Flandes y Holanda que protegiera los intereses de los artistas. En cuanto al encargo del canónigo, Francisco López de Caro me ayudó mucho en la labor de recopilación. Descubrimos una lámina de cobre con la figura de Fernando III en la Capilla Real de la catedral. Oculta en un armario, entre legajos polvorientos, había una imagen de dicho rey rezando arrodillado ante un altar. En el trascoro de la catedral existía una representación de la rendición del emir sevillano Axafat ante el monarca relativamente nueva, pues estaba firmada por Francisco Pacheco en 1634. Proseguimos nuestra indagación por distintas iglesias, conventos y monasterios de la ciudad. Comprobamos incrédulos la devoción y el arraigo que la figura del devoto rey causaba entre los sevillanos, pues lo encontramos representado en imágenes al fresco o al óleo en la puerta de Jerez, la iglesia de las Angustias, el convento franciscano de San Diego, en un murallón de la puerta de la Carne, en el monasterio de la Cartuja, en un murete de la Alhóndiga, en el monasterio de San Clemente, en el retablo de San Andrés del convento de la Paz, en las Casas Capitulares y en el convento franciscano anejo.

Todos estos testimonios de fe popular en el rey Fernando III, que liberara a la ciudad del yugo islamita, se entregaron a la comisión de canonización que presidía Justino de Neve. Mientras tanto crecía la devoción de los sevillanos por el monarca castellano, a cuya tumba en

la catedral se acercaban a diario centenares de ciudadanos para orar. El féretro revestido en plata de Fernando III se halla en la Capilla Real de la catedral, a los pies del altar de la Virgen de los Reyes, patrona de Sevilla. El de su primera esposa, Beatriz de Suavia, labrado en mármol, está ubicado en un lateral de la capilla. Sabéis como yo que, desde tiempo inmemorial, se procede a la apertura del sepulcro real cada 30 de mayo, día de San Fernando: son miles los devotos sevillanos que han visto a lo largo de los siglos el cuerpo, momificado y seco pero incorrupto, del que fuera azote de musulimes. Todos los cuerpos enterrados en la capilla —los de Beatriz de Suabia, Alfonso X el Sabio, Pedro I el Cruel, María de Padilla, etcétera—, son polvo y huesos carcomidos desde hace cientos de años. ¿Qué ocurre con los restos de Fernando III? A mí que me registren. Yo, que mamé de mi madre la fe en Cristo y soy pintor devoto de su Santa Madre, creo que es un milagro. Los milagros existen: el primero, que se pueda respirar el aire de un lienzo, Velázquez *fecit*. En el Vaticano debieron de pensar lo mismo cuando, en 1671, convirtieron al rey castellano en Fernando III el Santo.

En cuanto a la Academia de Pintura Sevillana, fue un logro del que puedo enorgullecerme, pues fue una idea mía y la llevé a la práctica. Debo nombrar también a Francisco Herrera el Mozo, que acogió mi sugerencia y colaboró con entusiasmo. De hecho, fue el primer presidente, antes de trasladarse a Madrid. El consistorio sevillano nos cedió un edificio, que la peste había desahuciado, muy cerca de la Alhóndiga, y allí instalamos la oficina, un pequeño taller y una sala de actos donde se reunían pintores, retablistas, doradores, escultores y decoradores sevillanos o de la provincia. Yo fui el segundo presidente. Dejé de serlo en 1663 anonadado de tristeza por la muerte de mi esposa, ya llegaremos a ello. Me siguieron al frente de la Academia Sebastián del Llano y Juan de Valdés Leal. Fue la diferencia de criterios y opiniones y el carácter altivo e insoportable — cuando se lo proponía— de Valdés Leal lo que me alejó de dicha institución.

1662 fue un año de intenso trabajo preparando los lienzos de la iglesia de Santa María la Blanca. Puse mi alma en la elaboración de las cuatro pinturas: *El sueño del patricio*, *El patricio Juan y su esposa ante el papa Liberio*, *La Inmaculada Concepción* y *El triunfo de la Eucaristía*. Las pinturas tenían la forma, no sé si lo dije, de arco de medio punto. Los dos primeros óleos, los más grandes, quedaron en la nave central iluminados por las claraboyas de la cúpula. Los más pequeños, que también eran grandes, se dispusieron en las cabeceras de las naves laterales. En los muros laterales colgaban otras cuatro pinturas más, compradas por mi benefactor, Justino de Neve, y donadas al templo: una *Inmaculada* grande en el nicho central, *El Buen Pastor*, *San Juan Bautista niño* y *El nacimiento de la Virgen*. El restaurado templo, precioso y decorado en gran parte con mis obras, refulgía de luz y henchía de fieles el día de su inauguración, finalizando 1663. Sevilla entera estaba allí. El arzobispo, Antonio Payno Osorio, concelebró una misa con su obispo auxiliar y seis sacerdotes, tantos que no cabían en el altar. El alcalde, Pedro Mesía de Tobar, con todos sus ediles, presidía al lado de la epístola. Había hasta un representante de la Corona. Hubo un vino de honor en el claustro —que pagó Justino de Neve— en el que todo fueron elogios para mis óleos. Religiosos, civiles y militares se disputaban mi compañía: me salieron de allí tantos encargos que tuve que admitir en el taller dos nuevos aprendices.

En el ínterin conocí e hice buena amistad con Nicolás de Omazur, un comerciante flamenco afincado en Sevilla que me presentó Justino de Neve. Omazur contaba a la sazón cincuenta y dos años, pues había nacido en Amberes en 1609. Era dueño de un importante establecimiento de sedas, tejidos selectos y alfombras orientales en La Campana. Corría el invierno de 1662. Una lluviosa tarde de diciembre el canónigo organizó una merienda en su casa de la calle del Chorro y allí nos conocimos. Beatriz, que estaba embarazada de dos meses, me acompañaba. Fue muy agradable, pues el negociante, que era también poeta, se presentó acompañado de su esposa, Isabel de Malcampo, una guapa y simpática sevillana que era quince años

más joven que su cara mitad. Nos acoplamos en una mesa camilla, con brasero que se agradecía, en torno a la jícara de chocolate que Domitila iba reponiendo y una inagotable fuente de repostería conventual, deliciosos mojicones, pestiños rellenos, roscos de vino, alfajores, piñonates, mantecadas y bollos preñados de las monjas clarisas. La conversación, de todos contra todos, se hizo fluida.

—¿Cómo viniste a parar a Sevilla? —pregunté a Omazur.

—A la edad de quince años, mis padres, cansados de la interminable guerra religiosa que asolaba los Países Bajos, decidieron instalarse en Sevilla. Ellos, además, eran católicos nacidos en Utrecht, por lo que, huyendo de los calvinistas, se trasladaron a Amberes, donde yo nací.

—Hablas español sin ningún acento —dijo mi mujer.

—En Amberes mucha gente lo habla y llegué a Sevilla con una edad adecuada para terminar de remacharlo.

—¿Volverías ahora que la guerra terminó con la Paz de Westfalia? —pregunté.

—Taxativamente no —respondió como el rayo Nicolás—. Una, que no hay mejor lugar para vivir que Sevilla, y otra, que al matrimoniar con sevillana me puse yo mismo los grillos.

—Don Nicolás es también poeta —intervino De Neve.

—¿De verdad? —preguntó Beatriz.

—Aficionado —respondió el nombrado—. He compuesto un poemario y soy muy aficionado a Horacio y Omar Jayam, un poeta, matemático y filósofo persa. Aunque mi verdadera vocación es la pintura.

—Es un enamorado de un gran pintor —habló Isabel, su esposa.

—¿Cuál, si puede saberse? —preguntó De Neve.

—Se encuentra en esta sala —contestó muy seria la señora de Omazur.

Hubo un momento de estupor silente. Recuerdo que me sonrojé. Nicolás de Omazur también lo hizo. No tuve más remedio que tomar la palabra.

—Por exclusión debo interpretar que, sin ningún mérito por mi parte, soy el objeto de tus preferencias pictóricas —dije.

—Eres muy humilde, querido amigo —observó Omazur—. No niego que Mantegna, Tiziano, Van Dyck, Giorgione o Caravaggio puedan superarte, pero en tu estilo y para mí eres único.

—Mil gracias. Te estás ganando a pulso una rebaja si me buscas como cliente —aseguré.

—Pues sí, a mi mujer y a mí nos agradecería sobremanera que nos retrataras.

—Hecho —accedí—. Dadme unos meses para que ponga en orden mi taller y atienda el reciente encargo de los capuchinos y os complaceré.

—Sin rebaja en los precios o no hay trato —dijo el flamenco.

—Como queráis —acordé.

—Me aplico a lo del precio justo —intervino Beatriz—. No tengo nada que ponerme de cara a la primavera y necesito telas de seda y lino que llevar a mi sastra. Había pensado pasar por vuestro negocio y lo haré en los pactados términos: Bartolo cobrará por su trabajo lo habitual y vosotros lo mismo por vuestros tejidos.

De aquella forma comenzó nuestra entrañable amistad con el matrimonio Omazur. La reunión terminó por consunción: al acabarse la repostería, siendo ya de noche, cada mochuelo retornó a su olivo. Hasta la muerte de Beatriz nos vimos al menos una vez al mes, yendo a merendar a su casa o viniendo ellos a la nuestra.



Se aproximaba la catástrofe. Era el octavo embarazo de Beatriz y todos habían ido más o menos bien. Aquel fue aceptable, sin apenas náuseas y con antojos de mojama de merluza, precisamente de merluza, que hubo de buscarse en Cádiz, pues en Sevilla solo había de corvina y de mújol. Los dos últimos meses fueron malos pues su abdomen estaba muy abultado. El doctor Arregui, nuestro médico,

que había vigilado el embarazo, andaba inquieto por la edad de Beatriz, a punto de cumplir cuarenta y dos años, pues no es lo mismo parir a esa edad que a los dieciocho, cuando el cuerpo femenino se mantiene elástico. Al sentir el primer dolor, se avisó al físico, un probo licenciado en Salamanca con mucha experiencia de partos. La parturienta rompió aguas a las cinco de la tarde. Al llegar la comadrona, la colocamos sobre una tabla puesta sobre la misma cama, como le gustaba al doctor y se había hecho otras veces. Fue cuando, ya en posición de dar a luz, la comadrona, comprobó que el parto era de nalgas. A su sobresaltada voz de alerta una criada corrió a buscar al físico. El doctor Arregui llegó a los cinco minutos jadeando como un lebre, se lavó las manos, se sentó en un taburete a los pies de la cama y corroboró que la inquietante noticia era cierta.

Jamás olvidaré aquella media hora en la que perdí a mi compañera de casi veinte años, mi alegría y descanso, la madre de mis hijos. El médico torció el gesto cuando vio el panorama. Era un profesional competente —murió hace pocos años— y nada debo achacar a su actuación. Como el parto no adelantaba a pesar de la colaboración de la pobre Beatriz, que se mordía los puños y no soltó un quejido, se decidió a emplear el fórceps, un antiguo remedio de la obstetricia para sacar el feto cuando se encaja. El instrumento venía limpio y reluciente en un estuche, pero a pesar de ello el doctor ordenó que lo hirvieran en un caldero. Luego, con mucha profesión, utilizando aceite de oliva como deslizante, introdujo las palas del utensilio para abrazar las carnes del bebé con nulo resultado. Yo, situado en la cabecera del lecho, daba ánimos a mi mujer mientras ella clavaba sus uñas en mis manos. El galeno, viendo que aquello se estancaba, en rápido gesto dio un corte en su periné con el escalpelo, lo que facilitó la aparición de un diminuto pie. Ello pareció aliviar a la gestante, que mordía un paño mientras Fátima, su doncella, le secaba el sudor y refrescaba su frente con agua de colonia. Maniobrando con su siniestro artefacto, el obstetra consiguió que salieran completas ambas piernas, pero el resto del cuerpo semejaba enganchado en alguna parte. El licenciado Arregui me miró y meneó la cabeza. Fue

cuando rogué a la Virgen Inmaculada que todo fuese bien, aunque evidentemente no iba bien. El galeno, a la desesperada, tiró de ambos pies y consiguió sacar el cuerpecillo con un sonido parecido al descorchar de una botella. Era un niño. El recién nacido no lloró como habían hecho sus hermanos al ver la luz: mal podía hacerlo, pues tenía el cordón umbilical enrollado a su cuello y nunca respiró al nacer muerto. Seguí impetrando piedad a Nuestra Señora, pero fue en vano: una terrible hemorragia, como un río de sangre, siguió a la extracción de la placenta y se llevó a mi esposa, que apenas tuvo tiempo de darse cuenta. Abrió mucho los ojos, se aferró a mis manos, quedó en blanco su mirada y susurró: «Adiós, mi amor, cuida de los pequeños...».



Cuando el cura llegó, ya no alentaba. Incluso así la bendijo e impuso el santo óleo sobre su frente y manos. Las doncellas lo compusieron todo: retiraron la tabla, recogieron la ropa ensangrentada y la amortajaron con un sudario blanco. El silencio era tal que se escuchaba el gorjear de los gorriones en el patio. Con los ojos cerrados parecía dormida, pero era una ilusión: el pecho no oscilaba, aquella lividez era la de la muerte y por la boca abierta no circulaba el aire. Coloqué entre sus dedos yertos el rosario de huesos de olivas palestinas que rezaba a diario. Como polluelos de perdiz, titeando, entraron en la estancia nuestros cuatro hijos. José Esteban, el mayor, era un hombrecito a sus trece años. Alto y serio, espigado, sombreándole ya el bozo, no le quedaba mucho para ser bachiller. Detrás, como pegada a su sombra, iba Francisca María, que a los ochos años era su madre en miniatura: los mismos ojos, parecida nariz, la boca idéntica. Se secaba las lágrimas en el dorso de una manga y hacía pucheros. Seguía Gabriel, extrañamente grave, circunspecto. Parecía más alto, como si la muerte de su madre lo hubiese hecho crecer y madurar de golpe. Cerraba la procesión el

pequeño Gaspar con sus tres años, lloriqueando, mirando alternativamente a su madre difunta y a mí, como sin entender la crueldad del mundo. Poco a poco nuestro hogar fue llenándose: los vecinos, tenderos del cercano mercado que la conocían, la portera de la casa de enfrente, familiares y amigos. Gente anónima y silenciosa fue agrupándose enfrente del portal, en plena calle. Era entendible: desde hacía unos años era el pintor más notable de Sevilla, el pintor de las Inmaculadas y otras Vírgenes, que ejercía la caridad y solo tenía amigos. Antes de anoecer llegaron los componentes de mi taller. Casi al tiempo lo hicieron Justino de Neve, Nicolás de Omazur con su esposa, varios canónigos de la catedral encabezados por el canónigo Federighi, sacerdotes de distintas parroquias y Miguel Mañara, una antigua amistad de la que aún no hablé. Lo cierto es que me confortaban sus abrazos y aliviaban mi pena con sus condolencias. De repente me pareció soñar, vivir algo irreal, como si todo aquello no viniera conmigo y Beatriz fuese a bajar por la escalera para servir una merienda a nuestros invitados. Las campanadas del reloj de una cercana torre dando las nueve me trajeron a la realidad: Bartolomé Esteban Murillo era un viudo de cuarenta y seis años, pintor de Inmaculadas y padre de cuatro hijos que tendrían hambre, como el resto de aquella entristecida concurrencia. Era el momento de cumplir la tradición romana trasplantada a la Bética, el ágape mortuorio, por lo que ordené a la cocinera que lo dispusiese en el patio andaluz. Dicen que las penas se amortiguan con perniles curados, pan de hogaza y vino bien filtrado, y es una gran verdad. Cuando quedaron limpias de chacina las bandejas, se terminaron los bizcochos borrachos que ella amaba, concluyó el pan y empezó a flaquear el mosto de un pellejo que guardaba en la bodega, comenzaron a desfilar los asistentes. Velamos a la muerta los amigos íntimos y, clareando el día, vinieron a buscarla los enterradores. En un nicho nuevo, en la cripta de la iglesia de la Santa Cruz, dentro de un hueco que había pensado para mí, la inhumaron a ella.

## 4

La vida sigue. El intenso trabajo y las discusiones de aquel otoño en la Academia de Pintura me devolvieron a la vida. Propuse que los jóvenes alumnos se formasen en el dibujo anatómico del desnudo, en modelos vivos como se hacía en Italia, pero no hubo quórum. Sebastián de Llanos no se decidía y Valdés Leal se opuso por temor a la Inquisición. Para mí, más que a la Inquisición, el bueno de Valdés, que era tacaño, le temía a la bolsa, pues se acordó que los maestros afrontáramos de nuestro peculio el gasto que suponía pagar a los modelos. Me parecía absurdo que para pintar a Cristo, único cuerpo que la Iglesia permitía retratar semidesnudo, hubiera que recurrir a tratados de anatomía, como en mi aprendizaje con Juan del Castillo. Prevalecido de mi fama de hombre religioso, pintor de Inmaculadas, y a través de mi amistad con Justino de Neve y otros canónigos catedralicios, logré del arzobispo que se admitieran modelos masculinos provistos de taparrabos. Menos da una piedra. Recordando *La Venus del espejo* velazqueña, aquella delicia para los sentidos, tanteé al purpurado sobre la posibilidad de retratar desnudos femeninos del natural, imitando a la Academia de Desnudos veneciana. Fue en una entrevista que le solicité.

—¿Te has vuelto loco, Murillo? —contestó Antonio Payno Osorio—. Solo autorizaría que posasen desnudas las preciosas niñas

sevillanas si las sesiones se efectuaran en mi despacho del arzobispado —añadió con fino sentido del humor.

Otro motivo de interminables discusiones fue el gasto en leña y velas, pues las sesiones, debido a nuestros respectivos trabajos, tenían lugar por la noche. Yo, que siempre fui generoso, aspiraba a no quedar cegato forzando la vista en la penumbra a la luz de un candil, y por ello propuse comprar una vistosa lámpara de cristal de Baccarat de cuarenta velas. Valdés Leal se negó alegando que ello era peligroso pues podía producirse un incendio y además haría falta un cerero. Juan de Valdés Leal era un hombre cerril, más raro que un cuervo blanco, discutidor por el tema más nimio, decidido partidario del «de qué se habla que me opongo». Al final discutimos y por no sufrirlo, aprovechando también que se me acumulaban los encargos, dejé la presidencia que él se apresuró a aceptar.

Mi mayor consuelo desde mi desgracia era Justino de Neve. Muchas tardes, al salir del taller, lo recogía en la catedral, donde confesaba. Sus probadas bonhomía y religiosidad atraían a muchos penitentes, sobre todo mujeres, que guardaban cola para recibir su absolución. A mí me confesaba una vez al año, por Pascua Florida, pero no en el confesonario, sino en la sacristía. Allí, junto a una de mis Inmaculadas, un encargo del deán catedralicio, escuchaba con cara de resignación mis faltas, todas relacionadas con el sexto mandamiento.

—Empiezas a aburrirme, Bartolo —dijo una vez—. Menos mal que vienes por aquí de tarde en tarde. Para esos pecadillos que traes no hace ninguna falta confesión. Desear a una mujer con la vista o ir de putas, de ser pecado, lo será venial. Pecado serio es no amar al Señor ni a su Santa Madre, pagar mal a tus aprendices, robarle al pobre, tratar mal a tu mujer si la tienes o negar auxilio al que lo necesita.

Ya limpia mi conciencia, solíamos recalar en su casa, donde Domitila nos preparaba ajo blanco con uvas o acelgas rehogadas. Después de ver sus cuadros —no me cansaba nunca— nos fumábamos un buen veguero jugando al ajedrez. De Neve ante el tablero era inmisericorde y me propinaba serios correctivos jugando con blancas

o con negras. Era agresivo, practicando la apertura española que preconizara Ruy López, ya mentado. Sus ataques por el flanco de dama respondiendo a mi defensa a ultranza —el *fianchetto* protegiendo el enroque— me desarbolaban como los tifones caribeños a un bergantín al paio. Para más inri, anunciaba mi ejecución con tiempo, deleitándose: «¡Mate en tres jugadas!», vaticinaba en alta voz, para que lo escuchase el gato. Yo estudiaba la posición, comprobaba que era cierto e inclinaba mi rey.



A raíz de mi infortunio, la casa familiar del barrio de Santa Cruz se me cayó encima, pues todo me recordaba a Beatriz: el comedor, el patio que ella amaba y donde compartíamos el café matinal, la salita de estar y sobre todo el dormitorio, lugar de encuentros amorosos, íntimos, teñidos en sangre en los duermelas de los primeros meses tras su óbito. Dormir en la misma cama donde Beatriz se desangrara, aspirar el perfume que emanaba de su tocador o el desvaído aroma a ella que desprendían las ropas que guardaba en su armario me producía un malestar insoportable. Ordené que me pusiesen una cama en una habitación de la segunda planta, que no se utilizaba, pero nada cambió. Decidido a cortar por lo sano, encontré en la calle de San Jerónimo, junto a la iglesia de San Bartolomé, una casa capaz y a ella nos mudamos aquel otoño. La vecindad era casi la misma, pues el barrio era aledaño al de Santa Cruz. De hecho, ambos formaban parte de la vieja judería, un laberinto de callejas estrechas, en anzuelo, muchas sin salida, con plazuelas recoletas donde sonaba el agua de las fuentes al rebotar en el curtido mármol. La realidad fue que me mudé pero continué comprando bollos preñados al mismo panadero, peces al pescadero, *jeringos* al churrero y herrando a los caballos de mi calesa en la misma forja.

Raro era el mes que no pintaba alguna Inmaculada. Me llovían los encargos de los conventos de media España pues mi fama iba

extendiéndose. Pacheco y Velázquez habían pintado Inmaculadas, pero me precio de haber roto los moldes para dotar de un nuevo dinamismo a la sagrada imagen, dar vuelo al manto azul en que la envuelvo y lograr el blanco inmaculado de la túnica. Nunca faltan los alados ángeles y las nubes etéreas, pero prescindo de los atributos marianos para dejar a la Madre de Dios sola en los cielos, reina del universo, la luna bajo sus pies, el «vestido de sol» con un fondo de ámbar y la sensación de volar, de ascender a la esfera celeste libre de la pesadilla de la muerte para reunirse con su Hijo. Muerta Beatriz, encontré a una bella modelo que se prestó a posar para mis Vírgenes. Callaré su nombre. Solo diré que era de modesta extracción, muy joven, y que cosía y bordaba para las damas de la nobleza sevillana. Las hablillas que corrían por Sevilla, pocas pues los sevillanos me conocen, de que me entendía con la bella muchacha, hoy felizmente casada, solo merecen mi desprecio. La modelo de mis últimas Inmaculadas fue mi hija Francisca, que posó varias veces antes de entrar en el convento.

Casi a la fuerza, pues me faltaba tiempo, accedí a ingresar en la Hermandad de San Lucas, que acogía a los pintores y escultores sevillanos y se ubicaba en la iglesia de San Andrés. Desde hacía algunos años era el primer pintor de Sevilla, que es decir de toda Andalucía, multiplicándose mi fama e ingresos. Mi clientela principal era eclesiástica, pero crecía también la demanda de cuadros para particulares y de motivos puramente ornamentales. Ocurrió un caso pintoresco: en enero de 1664 se presentó en mi casa el enviado de un potentado cubano, dueño de extensos cultivos de café, tabaco y caña de azúcar en la Perla de las Antillas, con la pretensión de que lo retratase a partir de un camafeo de nácar, con su efigie, que adjuntaba. No tuve inconveniente y lo plasmé echándole imaginación. Quedó precioso. El mensajero aseguró que se parecía mucho al interfecto cuando recogió el cuadro tres semanas después, justo antes de embarcarse, con el barniz aún fresco. Había dicho que no nombraría la plata, pero faltaré a mi promesa por tratarse de algo excepcional: sin mover una pestaña pedí por la pintura trescientos

ducados de oro que el individuo aquel soltó sin inmutarse. Jamás cobré tanto por un retrato.

El sesenta y cuatro fue un extraordinario año pictórico. Los colores, ya puros o mezclados, surgían de mi paleta espontáneos, por magia salomónica; los pinceles se movían solos sobre las telas y dominaba ya la pincelada, la composición y el claroscuro. El «cargazón de Indias» iba a más, pues de todas las colonias me pedían cuadros. Hubo galeones de treinta y cuatro mil quintales de desplazamiento que cruzaron la barra de Sanlúcar con cuarenta lienzos de mi taller. Del convento de San Agustín me pidieron dos cuadros: *San Agustín contemplando a la Virgen y Cristo crucificado*, que entregué en el mes de junio, justo antes de partir para el Bajo de Guía con los niños. El primer verano sin Beatriz y en el lugar que ella amaba fue difícil, pero el tiempo es el mejor lenitivo de la angustia y compensaba ver a mis hijos zambulléndose en las aguas del Guadalquivir. Gaspar, el pequeño, todavía se metía en mi cama muchos amaneceres, como hacía cuando vivía su madre. Desayunábamos siempre los cinco juntos, yo procurando que no se me notaran las conjuntivas húmedas. Antes de iniciar sus juegos y de corretear por las callejas con sus amigos debían hacer los deberes, otra costumbre que implantara Beatriz. La improvisada escuela era el patio andaluz; Fátima, la supervisora, y yo, el corrector de exámenes. Fue un estío de pésames y visitas de cumplido, sin zambras. Por primera vez José, el mayorcito, tuvo un amor de verano, una mozuela espigada y coqueta, con el pelo rizado y los ojos muy negros. La vida no se detiene, ya lo dije. Al regreso, sin apearne de la calesa, me esperaban dos frailes capuchinos: el superior del convento quería verme.

Pretendían los monjes de la orden contemplativa y mendicante — una reforma de la Orden Franciscana— que pintara para el convento de capuchinos de Sevilla dieciséis cuadros grandes para decorar el retablo mayor de la capilla, los retablos laterales y el coro. Se trataba de un encargo importante y para unos frailes muy apreciados en la ciudad. Vi la capilla, me gustó por lo sobria y bien iluminada y acepté.

La iconografía debía estar relacionada con Sevilla y con la Orden Franciscana. Comencé por el coro, para el que pinté una *Inmaculada*, que no hay Virgen más sevillana que ella. Los frailes enmudecieron de asombro cuando se colocó, pues me salió redonda y daba la sensación de que volaba al cielo, etérea. El trabajo completo duró cuatro años, pues hube de simultanearlo con otros encargos. No soy el más indicado para juzgar la calidad de mis pinturas, pero sí diré que, al concluir las, la misa de diez dominical en los capuchinos fue la más concurrida de Sevilla durante muchos años. Si tuviera que destacar alguno de los óleos, me decantaría por *San Leandro* y *San Buenaventura*, que se emparejaban, y por las santas sevillanas *Justa* y *Rufina*, mártires de su fe cristiana, tan queridas en su tierra, que también iban juntas. En las pinturas que dedico a santos franciscanos, *San Antonio de Padua*, *San Félix Cantalicio* y *San Francisco abrazando a Cristo en la cruz*, empecé a utilizar pinceladas ligeras, a suavizar colores para armonizarlos sin violencia en los claroscuros, por ejemplo el pardo hábito del santo de Asís contrastado con el cuerpo desnudo de Cristo, y a valerme de los contraluces como había aprendido de Velázquez.

En el otoño de 1664, sin concluirse aún los óleos de los capuchinos, me reencontré con Miguel Mañara. Yo pintaba en mi taller en soledad pues, siendo las siete de la tarde, los aprendices y ayudantes se habían ido. Daba los últimos toques a *La adoración de los pastores*, un óleo de buen tamaño para una de las capillas laterales del convento de aquellos frailes, cuando escuché su inconfundible voz. Me extrañó, pues había dado orden a las doncellas de que no se me molestase cuando pintaba.

—Te falta luz —dijo la voz.

—Con la del crepúsculo me basta —contesté, volviéndome.

—Yo añadiría un farol apantallado en cada lado o te quedarás ciego —propuso.

—¿Cómo has llegado a mi sanctasanctórum? —pregunté, haciendo caso omiso de su sugerencia.

—Me hice pasar ante las fámulas por enterrador —contestó.

—En parte lo pareces —le seguí la broma—. ¿Me dirás qué te trae por aquí?

—Es un asunto demasiado serio para tratarlo entre óleos y barnices. Te admito una copa de vino.

Miré al personaje. Vestía de negro riguroso desde que perdiera a su mujer hacía ya tres años. Su figura delgada y longilínea, un tanto descarnada, lo asemejaba más a un don Quijote remediador de entuertos que a un sepulturero. Muy amigo de un primo de mi esposa, me lo presentaron en un bautizo en el cuarenta y ocho, estando él recién casado. Intimamos muy pronto, pues era de carácter abierto y jovial. Después merendamos los matrimonios varias veces, en nuestras respectivas casas o en la de Faustino de Neve, que era un nexo común. Me lavé las manos, me quité el delantal y bajamos al patio. Ordené a la doncella que nos sirviese manzanilla refrescada en el pozo y aceitunas gordales del olivar de Carrión de los Céspedes, insuperables en su aliño, una fórmula secreta de mi extinta esposa.

—Cuéntame —le pedí.

—Ya sabes que dirijo la Hermandad de la Caridad —dijo Mañara—, fundada el siglo pasado por Pedro Martínez, un prebendado de la catedral.

—Lo sé —respondí—. Hace ya tiempo visité los Reales Alcázares y pude ver el lamentable estado en que se encuentra la capilla de San Jorge, lugar donde os reunís los hermanos.

—Correcto. Aquello es una ruina que se viene abajo. Por ello hemos decidido demoler la capilla y levantar una nueva en otra parte. De esa forma, nos ahorraríamos el alquiler que pagamos a la Corona como propietaria de los Reales Alcázares. La capilla se integraría en el hospital de la Caridad que me propongo fundar.

—¿Fundar un hospital? —pregunté—. Eso son palabras mayores. ¿Cuentas con los medios?

—Hay algunos donantes, pero el principal contribuyente seré yo —respondió.

—¿Tanto dinero tienes? Bendito tú —dije.

—Para tu información, desde la muerte de mi padre soy un hombre muy rico —aseguró—. Además, a los bienes de mi familia se suman los que heredó mi difunta mujer de la suya, bienes gananciales que me transmitió.

Di un sorbo a mi manzanilla mientras Mañara engullía una aceituna. Nadie supondría, viendo al individuo, de ropajes modestos, con dos anillos de casado en el dedo anular de la mano derecha por toda ostentación y la capa tazada en los dobleces por el uso, que se trataba de un hombre acaudalado. Miguel Mañara Vicentelo de Leca había nacido en Sevilla en 1627 de padres corsos: Tomás Mañara y Jerónima Vicentelo. Don Tomás se había enriquecido comerciando con América en buques propios durante su juventud. Malas lenguas aseguraban que había hecho el corso por el Mediterráneo e incluso traficado con esclavos desde la Guinea portuguesa a La Habana y Cartagena de Indias. Cuando se estableció en Sevilla, su valía lo llevó a ocupar las más altas magistraturas de la ciudad. Tras su boda en la capital andaluza había comprado una casa-palacio en la calle Levías, en el barrio de San Bartolomé, donde nacería Miguel, el 3 de marzo del referido año.

—Pero un hospital requiere una fuerte inversión, precisa un buen solar, médicos, enfermeras, quirófanos... —aduje.

—Mi idea es levantar un hospital no de sangre, sino de acogida, una especie de *ospedale* a la veneciana. Seguiríamos enterrando a los muertos indocumentados y a los ahogados, como hasta aquí, pero nuestro objetivo esencial serían los vagabundos y derrotados por la vida. La institución dispondría de un comedor para pobres y un dispensario de incurables. Los enfermos que lo precisaran, para una intervención quirúrgica por ejemplo, serían trasladados a un hospital.

—Suená bien —dije.

Contemplé a mi interlocutor. No era el mismo hombre risueño y dicharachero que una vez me contara su infancia y travesuras juveniles ni que exultara de gozo al lado de su esposa. Había tenido una niñez feliz, la de un mozo de la burguesía sevillana, caballero de la Orden de Calatrava desde los ocho años, heredero de un importante

patrimonio desde la muerte de sus dos hermanos mayores, educado por un ejército de profesores y preceptores en su propio caserón, rodeado de servidores y lacayos. Era un gran jinete y un consumado espadachín, pues recibió clases de equitación y tuvo profesor de esgrima. A raíz de conocerle, algo antes de la peste, lo había visto llevando el estandarte, como hermano mayor, de la Cofradía de San Pedro Mártir, una hermandad creada por miembros del Santo Oficio que salía del convento dominico de San Pablo. Con veinte años era miembro de la junta de gobierno de la Hermandad de la Soledad de San Lorenzo. Se había casado a los veintiuno con Jerónima María Antonia Carrillo de Mendoza y Castrillo, nacida en Guadix, un año menor que él, una preciosa mujer perteneciente a la mejor nobleza de Andalucía, enraizada con la poderosa familia Mendoza emparentada con los reyes de Castilla desde Enrique II. Fue una boda sonada, en el altar mayor de la catedral, con los seises bailando tras el *ite, missa est*, y el coro catedralicio interpretando la *Missa de beata Virgine* de Cristóbal de Morales, el grandioso polifonista sevillano del XVI.

—Confío salga todo adelante —dijo Mañara con la ilusión reflejada en el rostro.

—Y yo también —intervine—, pues algo así se necesita en la ciudad. Lo que quisiera saber es lo que pinto yo en tan desinteresado y bonito proyecto.

—Nombraste la palabra precisa: pintar. Necesito pintores competentes para la decoración de la capilla y otras partes del hospital. Había pensado en ti y en Valdés Leal para ese cometido. Bernardo Simón de Pineda se ha comprometido ya a confeccionar los retablos, en madera de castaño, y Pedro Roldán será el escultor.

Callamos. El proyecto era muy interesante. Me pillaba en un momento de mucho trabajo, pero no podía defraudar a Miguel Mañara, un hombre muy querido en Sevilla, que había apadrinado a dos de mis hijos, en 1650 a José Esteban y el año siguiente a Francisco Miguel, que falleció enseguida. El pequeño problema eran mis roces con Valdés Leal, pero ello podía solucionarse delimitando las parcelas. Podría también servir como acicate demostrativo de

quién era mejor pintor o más valorado entre los sevillanos. Mañara interpretó mal mi silencio.

—Si dudas por el aspecto económico —dijo—, había pensado compensar tu trabajo espléndidamente, como espléndidos deberán ser los seis grandes lienzos que tendrás que pintar.

—Pensaba en otras cosas —aclaré—. Sabrás quizá que, por problemillas que no son del caso, mis relaciones con Valdés Leal son algo tensas.

—Lo sé —admitió—. Los ecos de vuestras trifulcas por un quítame allá esas pajas en la Academia de Pintura llegaron hasta Cádiz —añadió Mañara—. Nada que no se pueda resolver con un apretón de manos ante una jarra de manzanilla.

—Pelillos a la mar —dije—. Por mi parte acepto el encargo.

—Gracias, querido amigo. Aunque todavía queda para finalizar las obras del hospicio, no sería mala cosa que te pusieses manos a la obra.

—¿Pensaste ya en la temática? —pregunté.

—Deberán ser pinturas de gran formato que evoquen obras de misericordia y caridad cristiana, que dejo a tu albedrío. Por cierto, ¿cómo está mi ahijado? —quiso saber.

—Supongo que estudiando —contesté—. Está hecho un brazo de mar a sus catorce años.

—*Tempus fugit...* —dijo Mañara antes de despedirse.



Los dos años que transcurrieron hasta la inauguración del hospital de la Caridad, en 1665, fueron de intenso trabajo. Me reunía con frecuencia con Miguel Mañara para ver el avance de los trabajos de su obra y los de mis pinturas. Serio, taciturno, encerrado en su mundo entregado a la religión y a darse a los demás, Mañara semejava un cartujo evadido del claustro pero practicando la vida austera, casi eremítica, de los seguidores de la regla que fundara San Bruno. No

recordaba en absoluto al joven revoltoso de su mocedad, antes del matrimonio y de la peste negra que asolara Sevilla. Por entonces ocupaba ya notables cargos en el municipio, en el concejo de la ciudad y en la Universidad de Mercaderes, asociación gremial de mercaderes y negociantes, sobre todo con las Indias, que se reunían en la Lonja para defender sus intereses. Se comentaba *sotto voce* su afición por las mujeres. Sevilla era antes de la epidemia una gran ciudad pero con mil oídos, donde se imbricaban los pensamientos propios con los ajenos y en la que se sabía hasta cuándo menstruaban las hijas del alcalde. Se hablaba de su relación con todo tipo de féminas: solteras, casadas, viudas y monjas, siempre que fuesen bonitas, de hijos espurios, de rotos, descosidos y hasta de duelos al amanecer en las riberas del Tamarguillo. Ignoro lo que habría de cierto en los rumores, pero afirmo que en cosas de amor, dinero y amistad, la mitad de la mitad e incluso la cuarta parte. Se le citaba en juergas tabernarias, zambras gitanas, timbas en infames garitos y orgías de sexo en lupanares sórdidos, pero nadie podía confirmarlo de primera mano.

Después de la gran peste —Mañara se ausentó de Sevilla con su esposa buscando los límpidos aires de la sierra del Viento, donde tenía una casa—, don Miguel se desveló como una autoridad en el concejo sevillano a la hora de poner orden y sacar de la ruina a su amada ciudad. Fue elegido diputado de la defensa de la tierra de Sevilla, censor de la Casa de la Moneda, inspector de boticas y del agua, tenedor de las llaves de la Cárcel Real y la Casa de Inocentes y diputado de los gremios de chapineros, guarnicioneros, roperos, oleros, cereros y barberos. Iba y venía a la corte representando a Sevilla o cada vez que había que realizar gestiones de importancia, como cuando dio el pésame a la familia del duque de Osuna, muerto siendo virrey de Sicilia, en nombre de la ciudad, o felicitó a los reyes por el nacimiento de su hijo Felipe Próspero, el príncipe de Asturias, que por cierto prosperó poco, pues murió sin cumplir cuatro años, el pobre. La muerte, compañera en el siglo de las descendencias familiares y de las gestantes, no respetaba a nadie.

En sus once años de matrimonio Miguel Mañara fue feliz. Puedo asegurarlo pues nos vimos con relativa frecuencia en su casa, en la mía o en la de amigos comunes como Justino de Neve. Jerónima, su mujer, además de guapa, atractiva y simpática, era, como buena andaluza, muy religiosa. En su casa-palacio disponía de cocineras y pinches, pero, si tenía invitados, adoraba ceñirse el delantal, cubrirse el pelo a lo moruno y cocinar su especialidad: el rabo de toro. Nunca, ni siquiera en las tabernas del barrio de Triana que traen fama de preparar buenos guisos, probé un rabo de toro de semejante enjundia. Supe por la cocinera que llevaba una libra de cebolla por comensal, pimienta negra de la isla del Moluco, sal de Cádiz, clavo de Madagascar, un chorro de vino tinto y una brizna de canela en rama. Sé que hay puristas que execran de la canela en la elaboración del plato sevillano. Es tema en el que no entraré, pues se sabe de antiguo que sobre gustos no hay nada escrito, pero sí afirmaré que el rabo de toro que elaboraba Jerónima Carrillo de Mendoza era epicúreo. Beatriz, que era curiosa, se enteró de que freía la cebolla muy despacio y más lento aún los pedazos de carne con sus huesos hasta lograr la consistencia gelatinosa. En sartén aparte hacía las patatas, esa delicia inca, hasta darles su punto dorado y crujiente.

Infaustamente el matrimonio Mañara no tuvo hijos. El 17 de septiembre de 1661, en Montejaque, una localidad de la Serranía de Ronda donde la pareja pasaba los estíos huyendo del calor sevillano, falleció Jerónima. Nadie supo decirme de qué murió y su marido nunca se refirió al caso. Se habló de ciertas fiebres sin apellido, para unos tercianas y para otros cuartanas, pero lo cierto es que estaba como una rosa la última vez que la vimos Beatriz y yo, en mayo de aquel año, en la boda de un amigo común. Cuando llegó la noticia a Sevilla, fue una conmoción en toda la ciudad. Al funeral, que se celebró días después en la catedral, asistió tanta gente que apenas cabía en el inmenso templo. Sentado en la primera fila, pálido, demudado, Miguel Mañara se veía disminuido, como si hubiese encogido y los ropajes de negro funerario que lo envolvían perteneciesen a un deudo de una talla más grande. Beatriz y yo lo

abrazamos sin poder contener nuestra emoción. La sensación al estrecharlo entre mis brazos fue la de topar con algo hueco, aire, plumón de ganso, como cuando te abrazas a una almohada. Aceptó nuestras condolencias con voz apenas audible y en cuanto pudo solventar el compromiso, que lo es estrechar cientos de manos y escuchar pésames sin cuento, se encerró en su enorme caserón. Estuvo cerca de seis meses sin recibir a nadie. Si yo hube de refugiarme en otra casa para vencer la angustia, hablo de la muerte de Beatriz, él buscó el amparo de un desván lleno de polvo y ratas. Supe por Fátima, que era amiga de una de sus criadas, que se pasaba horas en un reclinatorio de su capilla privada orando con los brazos en cruz.

Volví a ver a Miguel Mañara en el entierro de mi esposa, dos años después. Había adelgazado y parecía un espectro, pero la lividez del rostro y las maneras lúgubres de su viudez reciente habían volado. Nada es eterno y el dolor tampoco. No tenía mucho humor para hablar con nadie, pero acepté su propuesta de vernos para charlar cualquier tarde. La ocasión se produjo dos meses después, cuando al salir de la Academia de Pintura tropezamos en la plaza del Carmen. Lloviznaba. Entramos a un figón que era famoso por sus vinos jerezanos y amontillados.

—¿Dónde has estado metido estos dos años? —pregunté—. Oí decir que andabas por las Indias.

—Nunca podría dejar Sevilla, caro amigo, sin morirme de pena —respondió—. A raíz de perder a mi mujer me planteé la vida de otra forma. La muerte de Jerónima, aquella criatura inocente, me sumió en la tristeza y me hizo reflexionar profundamente.

—No lo hiciste en Sevilla, desde luego —dije—. Más de una vez toqué en tu puerta y siempre me respondieron que no estabas.

—Te mentían siguiendo mis instrucciones —aseguró—. Anduve por aquel caserón como alma en pena varios meses. Después me retiré otros seis al eremitorio carmelita del desierto de las Nieves. Allí, rezando y meditando, estuve a punto de tomar los hábitos.

—¿Dónde demonios anda el desierto de las Nieves? —pregunté.

—No es un desierto físico. Los carmelitas descalzos denominan desiertos a casas de su orden que destinan a la contemplación pura. Aquella estaba en un valle escondido de la Serranía de Ronda, a dos leguas de Montejaque, entre pinsapares, ciervos y jabalíes.

—Mataste dos pájaros de un tiro —dije.

—No te entiendo... —contestó Mañara.

—Es sencillo: meditabas en el silencio de aquel claustro y te acercabas a la tumba de tu triste esposa, que sé que quedó en Montejaque.

—No es toda la verdad. Rezaba por ella día y noche en mi celda o mientras trabajaba en el huerto, pero la reclusión mientras duró fue absoluta. No puedes imaginar la paz que da el silencio y el sosiego que produce escuchar el rumor del rezo de los frailes. Ganarte el pan con el trabajo de tus manos es muy gratificante. Era feliz allí, mi alma se hallaba apaciguada, pero mi espíritu batallador pedía guerra. Entendí la conversión de San Pablo el día que amanecí extrañamente alegre, convencido de que mi futuro pasaba por entregarme por entero a Jesucristo.

—Entonces regresaste a Sevilla...

—Exacto. Anduve desorientado varios meses. Buscaba la mejor manera de poner en práctica mis planes. Nada me consolaba y, a pesar de mi posición y mi riqueza, entré en fase de abulia. Yo, amante que fuera de las damas y bienquisto de ellas, no sentía nada cuando pasaba frente a una niña bonita, algo cotidiano y perenne en Sevilla. Si me cruzaba con un burdel, me cambiaba de acera, pues mi única pretensión era sacar del cenagal a aquellas pobres criaturas castigadas por la vida. Por fin, una calurosa tarde del verano del sesenta y dos, yendo al paso de mi caballo por las orillas del río Guadalquivir, frente al puente de Barcas, me topé con un grupo de hombres que resultaron ser cofrades de la Hermandad de la Santa Caridad. Terminaban de rescatar de las aguas el cadáver de un hombre, por sus harapos un desgraciado sin nombre ni apellidos que se había ahogado casual o voluntariamente. Al frente de ellos iba don Diego de Mirafuentes, el hermano mayor, con el que entablé diálogo.

—Conozco a Mirafuentes —intervine—. Gran persona.

—Casi al tiempo llegó un juez, levantó el cadáver y dispuso que lo llevaran a la fosa común —siguió Mañara—. Entonces Mirafuentes pidió hacerse cargo del cuerpo para enterrarlo en sagrado. Me explicó que su corporación se dedicaba a inhumar a los ahogados que devolvía el Guadalquivir, los muertos que aparecían por las calles y los ajusticiados, en un campo vallado, extramuros, propiedad de la Santa Caridad, donde descansaban como seres humanos, con sus cruces y lápidas. Una especie de fognazo me cegó y comprendí que aquel era mi camino.

Entre tientos a un fino jerezano sin repunte y la especie de merienda-cena que nos agenciamos, un plato de *menúo* y otro de cazón en adobo, Miguel Mañara terminó de contarme su epopeya. Inició su colaboración con la hermandad como diputado de entierros y limosnas, lo que le sirvió para apreciar las miserables condiciones de vida de los pobres, muchos de los cuales morían en las calles. Al año, siendo ya hermano, propuso un conjunto de ideas para mejorar lo conseguido y aparejar un local donde acoger a los pordioseros que vagaban por las calles de Sevilla. Ello equivalía a la creación de un hospicio, algo que se salía de los fines y recursos de la corporación, por lo que lo animaron pero sin dar el beneplácito monetario. Este lo consiguió un año después, siendo ya hermano mayor: el 17 de febrero de 1664 se creó el hospicio, germen del hospital de la Caridad que ya se levantaba y cuya capilla iba a ser decorada en buena parte con mis cuadros.



Quince años después de la peste, Sevilla renacía. Aunque menos afectada por la crisis que otros estamentos, la Iglesia se recuperaba poco a poco. Dejaron de fundarse conventos, pero los setenta que existían, de frailes y de monjas, seguían exigiendo pintura religiosa. El comercio con las Indias se resintió, pero manteniéndose dentro de

niveles aceptables. No generaba ya apenas tejido industrial, pero continuaba aportando trabajo a cientos de familias de tejedores, libreros, guarnicioneros, cajistas de imprenta, libreros y plateros. Los compradores de plata, que se encargaban de afinar los lingotes y comprobar los troqueles de acuñación en la Casa de la Moneda o ceca de Sevilla, siempre tuvieron labor que hacer, lo mismo que los oficiales que labraban el metal blanco. Los talleres de joyería aguardaban como agua de mayo la llegada de perlas, piedras preciosas y oro de Panamá, Perú o Colombia. Seguía esperándose la llegada de la flota de Indias, aunque no todos los buques arribasen al muelle del Arenal. Curiosamente, la peste no frenó la afluencia de comerciantes extranjeros: desde Irlanda, donde los católicos eran acosados y medio esclavizados por los ingleses, no cesaban de llegar exiliados. Pero eran Flandes y Holanda los principales países emisores de emigrantes: hacia 1665 vivían en Sevilla más de siete mil foráneos, muchos de los Países Bajos en los estertores del dominio español. O'Donnell, White, O'Neill, O'Shanahan, O'Higgins, De Neve, Van Belle, Omazur o Van der Helst eran apellidos ya enraizados en la ciudad y en Cádiz. Hombres cultos y por lo común adinerados, católicos que querían seguir siéndolo, se habían integrado y colaboraban en el mantenimiento del acervo cultural de la vieja Hispalis. En lo que a mí respecta, les debo mucho: primero, que casi todos pasaban por mi taller para ser retratados, y segundo, que divulgaron mi nombre y mi pintura por media Europa.

Los años pasaron sin sentir. Cinco después de perder a mi mujer, metido ya en la cincuentena, seguía siendo un hombre que se abrochaba los calzones por delante y que gastaba barba, con sus virtudes, vicios y apetencias. Había tenido varias oportunidades de volver a casarme, pero no me gustaba la idea de imponer una segunda madre a mis hijos. Deseché la posibilidad de mantener a una jovencita pinturera, albur que no aconsejo pues al trasiego y gasto que supone hay que añadir el riesgo de encontrártela cualquier mañana en brazos de otro. Desaparecida con la peste la esclavitud doméstica al modo sevillano, nunca faltaba una criada amable que te

consolara, pero era opción impropia de un pintor eminente embarazar a mozas y sembrar el patio andaluz de hijos espurios. Descarté la posibilidad de liarme con Fátima, la esclava liberta que comprara a Beatriz, pues sus cincuenta y muchos años habían cuajado en una mujer fondona de atractivo menguante. Quedaba la solución clásica: el prostíbulo, algo entendible en un varón juicioso, incluso visto con indulgencia por religiosos y civiles. Mi prevención ante las enfermedades venéreas seguía incólume desde la vez, ya relatada, que viera a mi padre sajar un bubón inguinal, por lo que antes de decidirme a visitar un lupanar me asesoré.

Una tarde, retratando a un comerciante holandés nacido en Róterdam, Josua van Belle, acabamos hablando de mujeres, término natural de cualquier conversación entre hombres. Van Belle, que rondaría los treinta años, era un fogoso mercader naval con barcos propios que pasaba largas temporadas en Sevilla, normalmente de noviembre a mayo, cuando los días grises, las nieves y las heladas se cernían sobre el norte de Europa. Era soltero pero buscaba novia, dudando entre las sevillanas y las mujeres de su tierra. La ocasión se presentaba cogida por los cabellos.

—¿Cómo te arreglas a tu edad y sin una hembra? —pregunté.

—Visitando lupanares de confianza —respondió sin dudar.

—¿Eso existe?

—Nada es seguro —contestó—, pero ramerías selectas las hay en todas partes. El secreto es el precio: cuando es alto se selecciona la clientela. Importante también es que las putas sean reconocidas periódicamente por un físico, caso del burdel sevillano que frecuento. Allí no entra cualquiera.

—Eso no lo entiendo. ¿Hay guardias en la puerta? —pregunté interesado.

—Reservan el derecho de admisión: tienes que presentarte sobrio, oliendo a limpio y bien vestido. Amén de ello son mejor vistos los que van recomendados por un cliente. Antes de los trasteos te enjabonan y enjuagan hasta dejarte los testes como los chorros del oro.

—¿Y en cuanto al precio?

—No baja de ocho reales de plata.

—Qué barbaridad... —dije.

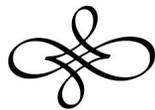
—Las muchachas lo merecen —aseguró Van Belle—. Nunca te meten prisa y son amables. Si tienes interés, puedo recomendarte, pues la madama mira de reojo a los desconocidos.

De aquella manera me inicié en el amor de pago. El prostíbulo se hallaba en el callejón de Viento, un pasaje escondido por detrás de la plaza de la Encarnación. Calándome el chambergo, con las solapas vueltas de la casaca, muda nueva y el bastón de contera de hueso resonando en las piedras, una tarde de otoño, cayendo ya el crepúsculo, me dirigí a la casa de citas. Era esa hora indecisa en la que luces y sombras se confunden, cuando la grisalla turbia en la que muere el día cede el paso a la noche y favorece los incógnitos. Fui muy bien recibido por la vieja coima que lo regentaba y más cuando nombré a Josua van Belle. Me gustó la limpieza, el que no oliese como huelen los burdeles, a tigre y matarratas, y el que se escuchase el silencio. Sobre el dintel de la puerta había un grabado de María Santísima de la Esperanza, popularmente conocida como la Macarena, que tenía su iglesia en el barrio de San Gil. Me pareció un detalle curioso y bonito al tiempo que las golfas se encomendasen a la Macarena. En breve pesquisa mostré mi preferencia por una ramera joven y guapa, de buenas carnes, y el deseo de contemplar el género para una buena elección.

—El señor deberá confiar en mi buen gusto —dijo—. Mis chicas son todas guapas y de buena edad. Con mi sistema trato de evitar predilecciones y favoritismos. No saldrá defraudado.

Tras soltar los dineros en reales de a ocho, hice breve antesala, apenas tres minutos, antes de ver aparecer a una rolliza moza que me guio a un cuarto de baño donde había varias piletas separadas por biombos. El ambiente era cálido del vapor de agua que surgía de una tobera en la pared. Olía a sándalo de un sahumerio invisible. La moza ordenó que me desnudara mientras llenaba de agua caliente una de las piletas. Con el agua literalmente al cuello, me froté hasta donde

llegaba con jabón y estropajo y el resto lo hizo ella. Cuando me enjabonó los pies, disfruté tanto que, solo por aquello, decidí volver. Emergí de la tina tan limpio como un calamar vuelto y rebrillando como el plumaje de un pavo real. Por fin, con una toalla enrollada a la cintura, pasé al nidal de la hetaira que me había correspondido en suerte. Era simpática, bonita, atractiva y parecía muy joven. Me esperaba sentada, descalza, envuelta en una bata corta abierta por delante para permitirme contemplar sus delicias íntimas, pues no llevaba ropa interior. La madama no me engañó: aquella meretriz sabía maneras.



Supe que el selecto burdel preservaba la identidad de sus usuarios, no haciéndolos coincidir en la sala de espera, pues contaban con varias. Lo frecuentaban gentes de alto poder adquisitivo de Sevilla: comerciantes, nobles, aristócratas, oficiales y jefes de la milicia y religiosos de primer nivel sin excluir a nadie. Ocho reales de plata suponían un caudal en contraste con la media blanca que costaba aliviarse en cualquier burdel del extrarradio. El plantel lo formaban meretrices andaluzas, valencianas, murcianas, extremeñas, portuguesas y mestizas. Mi primera experiencia fue con Rocío, gaditana ella, de dieciocho años según me dijo. Era muy divertida, siempre de buen humor, de familia muy humilde, prostituida a la fuerza para salir de la miseria. No quise entrar en más detalles de su vida para no deprimirme y porque cada cual lleva como puede su propia cruz. Yo iba a lo que iba, normalmente cada quince días, y después me olvidaba. Preguntaba por Rocío y, si estaba libre, me acostaba con ella. Certifico que valía su peso en oro.

El mundo seguía rodando y mis hijos creciendo. En 1665 se culminaron los trabajos de la iglesia de Santa María la Blanca, en 1669 los del convento de los capuchinos y el año setenta y cuatro se abrió el hospital de la Santa Caridad. Toda Sevilla estuvo en la

inauguración. Mis pinturas, a juicio de los críticos, quedaron preciosas. Situadas en el crucero podéis ver las cuatro mayores, algo apaisadas, relacionadas con obras de misericordia: *La curación del paralítico* en referencia a la virtud de visitar a los enfermos, *San Pedro liberado por el ángel*, ídem para redimir a los cautivos, *Multiplicación de los panes* en alusión a dar de comer al hambriento y *El regreso del hijo pródigo* para vestir al desnudo. Las dos más chicas, a ambos lados del altar mayor, sugerían la posada debida al peregrino: *Abraham y los tres ángeles*, y el dar de beber al sediento: *Moisés haciendo brotar el agua de la roca de Horeb*. Para los que pensaban que Murillo solo sabía pintar Vírgenes de colores, iban allí lecciones de mi forma de entender la anatomía del cuerpo humano, las debidas proporciones del hombre, la nobleza en los caracteres, la expresión del ánimo, un estudio de perspectivas pictóricas, de luces y de sombras, de filosofías en fin que demostraban las virtudes y pasiones del corazón humano expresadas con mi pincel.

La década de los setenta supuso mi definitivo asentamiento como pintor de prestigio en Sevilla y en el resto de España. Muerto Felipe IV y reinando ya su hijo Carlos II, me llamaron de la corte para ofrecerme el cargo de pintor del rey, pero lo rechacé. No se me había perdido nada en Madrid, lugar de intrigas cortesanas, donde seguía vivo el recuerdo de Diego Velázquez, un pintor imposible de superar. Recordé su *Retrato de la familia real*, con la infanta Margarita y sus meninas, aquel prodigio pictórico más propio de arcángeles que de hombres, y ello terminó de convencerme. Que fuese otro el que triunfase o se estrellara. El que más destacaba en la capital del reino era Juan Carreño de Miranda, un artista de mérito, sin duda, pero que no servía ni para descalzar al sevillano.

El retrato de mi nuevo amigo flamenco, Josua van Belle, culminado en 1670, quedó perfecto a juicio del retratado, que es lo que cuenta. ¿Mejoré al modelo? No lo niego. Soy pintor realista, pero no tanto. Si he de pintar a una dama con un lobanillo en la oreja, no se lo hago desaparecer como a punta de escalpelo, pero se lo camufló o disminuyo. Si su nariz es excesivamente larga o roma, la atempero,

lo mismo que si le falta un diente. No llego a las alturas de Holbein el Joven, que pintó para Enrique VIII de Inglaterra, aquel monarca déspota y sanguinario, una Ana de Cleves preciosa y exuberante cuando era fea como una rata de agua y plana cual tabla de lavar, pero trato de moderar la fealdad o disimular las taras físicas.

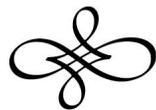
Fue aquel un año pródigo en encargos. Salieron de mi mano mi *Autorretrato*, *Las bodas de Caná*, *El caballero de la golilla*, *Cristo crucificado*, *El juego de la pelota a pala*, *Joven y su dueña*, *Muchacha con flores*, *Niñas contando dinero*, *Niño Jesús dormido*, *Niños comiendo pastel*, *Niños de la concha*, *Pasaje con la huida a Egipto*, *Rebeca y Eliecer*, *Retrato de hombre con sombrero*, *Santo Tomás de Villanueva niño reparte su ropa*, *Tres muchachos* y *Virgen con niño y Santa Rosalía*, y muchos más que omito por no aburrirlos. La gestación del autorretrato fue curiosa. Sabréis que todo pintor termina por hacer una versión de sí mismo. Yo me resistía, pues tengo un mal concepto de mi fisonomía y no soy narcisista, pero mis hijos me lo pedían con insistencia y hube de complacerlos. Ello aclara la inscripción en latín que va debajo: «*Murillo seipsum depingens pro filiorum votis ac precibus explendis*», leyenda que me facilitó Justino de Neve, pues mi latín no llega a tanto: «Murillo se retrata a sí mismo para satisfacer los deseos y plegarias de sus hijos». Ese varón de rasgos enérgicos, ojos negros, cejas arqueadas, boca de labios carnosos, pelo negro teñido —reconozco que me teñía las canas por puro lucimiento—, pómulos leves y mentón resumido soy yo a los cincuenta y tres años. Como soy presumido, luzco camisa de hilo bordado y recamado en cuello y mangas. Sobre una mesa están los instrumentos de mi oficio: paleta, pinceles, un dibujo a sanguina, regla y compás. Quise ser original y jugar con el espectador y me plasmé dentro de un marco pero con una mano fuera, dando al todo un aspecto tridimensional, hasta donde yo sé nuevo en el mundo del retrato.

Como veis por mis cuadros, amo a los niños. Retraté a todos mis hijos cuando eran pequeños, alguno más de una vez. Casi todas mis Vírgenes van con Niño y me encanta pintarlos. El gran problema es la

dificultad, pues no se quedan quietos, brincan y saltan. Tengo tendencia, como el Caravaggio, por niños callejeros, mendigos, buscavidas como los que se ven por las calles de Sevilla. Por ello mis pinturas infantiles son escenas tomadas en las calles y plazas, plantando el caballete y esbozándolas. Solía hacerlo en las mañanas de los domingos y festivos, cuando la chiquillería era abundante. Los mejores lugares eran la orilla del Guadalquivir, la Alcaicería y la puerta de la Carne, junto a la muralla, donde nunca faltaban motivos dignos de ser llevados al lienzo. Los viandantes paraban para saludarme, contemplaban el progreso del cuadro y desaparecían. Murillo y su paleta pronto tomaron carta de naturaleza junto a la Torre del Oro o a la sombra del murallón árabe.

Con la recuperación de la actividad mercantil e industrial sevillana, la demanda de cuadros para adornar salones crecía al modo flamenco. En Flandes y en Holanda, me contaba Nicolás de Omazur, rara era la casa burguesa donde no existían cuadros: paisajes, bodegones o retratos. Tener un lienzo, mejor si era de buena firma, era señal de distinción y poderío económico. Ya se daba el caso en Madrid y Barcelona y se iniciaba en Sevilla. Gran parte de los cuadros que pintaba eran encargos, pero el resto, que exponía en mi taller, me los quitaban de las manos a cada vez mejores precios. En cuanto a las Inmaculadas, el género que me encumbró a la fama, los encargos crecieron en la citada década. He pintado más de veinte. La primera, que algunos llaman de la *Concepción Grande*, fue un encargo de los franciscanos. Entreveradas con otras para distintos conventos y monasterios salieron la *Inmaculada* de Santa María la Blanca, la de El Escorial, que me pidieron para aquel monasterio, la de los capuchinos y la más perfecta para mi gusto, encargada y pagada por Justino de Neve: la *Inmaculada* del hospital de los Venerables. Los colores apenas variaban: blanca e impoluta túnica y azul cielo la capa, lo mismo que los ángeles y el cuerno de la luna. Nunca puse serpientes a los pies de la Virgen, pues me espantan los ofidios, pero su dinamismo fue creciendo al igual que la sensación de ascender a los cielos fruto del vuelo y movimiento de la capa.

La canonización del rey Fernando III, a la que dedicara, como dije, mi tiempo años atrás, se logró por fin el 7 de febrero de 1671, cuando el papa Clemente X, mediante un breve, comunicó el suceso a doña Mariana de Austria, madre y regente del rey Carlos II durante su minoría de edad. Fueron jornadas de grandes fiestas en toda España pero especialmente en Sevilla. Hubo misas conmemorativas, un tedeum de acción de gracias en la catedral y una parrillada de chotos y novillos en la explanada del Arenal, frente al río. Durante la semana que duraron los festejos se duplicó la población, llegando a superar la que tenía antes de la epidemia del cuarenta y nueve. Todo volvió a la normalidad hasta el 30 de mayo, festividad del santo, cuando los peregrinos de media Andalucía llegaron para presenciar la apertura de su sepulcro. A partir de allí el día de San Fernando era esperado con alborozo por todos: reventaban mesones y posadas, se llenaban las iglesias, se abarrotaban los prostíbulos, menudeaba el comercio y en los mercados se triplicaban las ventas. En Sevilla, San Fernando se celebra tanto como los tres grandes jueves de la Iglesia católica: Corpus Christi, Jueves Santo y la Ascensión de Nuestra Señora.



Mi relación con Nicolás de Omazur se intensificó. Llevaba comprándome pintura desde hacía varios años, sobre todo costumbrista, y en el setenta y dos me pidió que le hiciese sendos retratos matrimoniales, al modo de los Países Bajos: ovalados y en pareja para ser colocados uno al lado del otro en su salón de recibo. Ambos cuadros quedaron al gusto de los retratados: el suyo con una calavera entre las manos indicando la brevedad de la vida y el de Isabel de Malcampo con una rosa señalando que todo es fugaz, tan efímero como los pétalos de la flor entre las flores. Desde mi viudez, con la idea de alegrármela, la pareja pasaba por casa con frecuencia para sacarme a pasear y evitar que me enclaustrara en vida, como Miguel Mañara, o me invitaban a merendar en su hogar chocolate con

picatostes o café, la negra infusión que llegaba de la península arábica, cada día más popular, de sabor tan amargo que había que endulzarla con azúcar. El matrimonio Omazur no tenía hijos, gatos ni tortugas, por ello, en mi primera visita a su domicilio, me extrañó escuchar voces saliendo de una habitación al fondo del pasillo. Las voces eran de timbre agudo, metálico. Pregunté.

—Son *Asdrúbal y Hermelinda*, una pareja de loros mexicanos — contestó doña Isabel.

Mostré mi curiosidad, pues nunca había visto un loro de cerca, y la señora me llevó al lugar donde estaban. Convivían en la misma jaula. Su vocabulario era conciso, en castellano de las Antillas. Me saludaron nada más entrar con un «hola, señor» que me dejó estupefacto. Eran idénticos. Uno de ellos llevaba puesta una caperuza de color rojo.

—Es la hembra —dijo Omazur cuando inquirí la causa.

No quise indagar más. Imagino que habrían sorprendido al macho cortejándola en actitud comprometida y querrían distinguirlos. Después de la merienda, el holandés me invitó a ver su colección de óleos, una selecta muestra de arte flamenco e hispano de gran belleza y calidad. Nunca me cansaba de admirar las pinturas siempre que visitaba aquella casa. Una tarde, meses después, pasé a contemplarlas nuevamente. Al llegar a la sección de pintura española, donde atesoraba obras de Pedro Berruguete, Luis Morales, Zurbarán, Valdés Leal, Alonso Cano, Sánchez Cotán y cuadros míos, eché en falta algunos de estos.

—Veo por aquí siete óleos de mi firma y me has comprado más de quince —dije.

—Me descubriste —contestó—. Pensaba decírtelo. Amén de coleccionista soy marchante de arte. Confieso que he vendido en Amberes y Ámsterdam diversas obras tuyas. Confío en que no te moleste.

—Mal podría molestarme —contesté—, pues eres libre de disponer con libertad de lo que es tuyo. Al contrario: me halaga saber

que alguien se interesa por mi pintura en el norte de Europa gracias a ti —aseguré.

—Las gracias deberás dárselas a Eberhard Keil, aquel pintor danés que pasó por Sevilla hace tres años procedente de Roma.

—Lo recuerdo —admití—. Excelente artista. Vi algunos de sus óleos cuando visitó mi estudio. Sus figuras llegaron a inspirarme.

—Pues las tuyas lo enamoraron —aseguró Omazur—. De regreso a Dinamarca recaló en Amberes. Llevaba dos óleos tuyos, sobre niños, que le dejé en depósito, pues quería que los vieran en Copenhague. Nunca llegaron allí pues se los quitaron de las manos a orillas del Escalda.

—Interesante —dije.

—Y más cuando sepas lo que pagaron por ellos —añadió Omazur.

—Adelante.

—¿No te ofenderás? —preguntó.

—Suéltalo ya —le pedí.

—Por *Niños jugando a los dados*, aquel óleo de mediano tamaño que me vendiste por cuatrocientos reales, le dieron dos mil florines de oro. Por la otra obra, *El cazador*, que pagué al mismo precio, le abonaron algo más. Los compradores pensaban que se trataba de pinturas del Caravaggio.

Hubo un silencio de mercader hebreo cuando descubre un diamante azulado y sin tacha hurgando en el tenducho de un cambullonero.

—¿A cómo está el florín holandés al cambio? —quise saber.

—En la bolsa de Amberes comprar un florín áureo cuesta veinte reales de plata.

—Déjame pensar... —calculé.

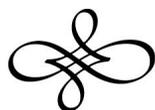
—No te molestes —me cortó Nicolás—, ya lo hago yo, que tengo más costumbre: dos mil florines son cuarenta mil reales. Si lo quieres en oro: dos mil quinientos escudos con la efigie del rey Felipe IV. Al mes de aquellas transacciones me llamó mi banquero de Sevilla para entregarme las áureas monedas.

El silencio que siguió fue de claustro de la Trapa.

—¿Me estás diciendo que las pinturas que me compras las revendes en Flandes y Holanda ganando diez por uno? —pregunté.

—No todas —respondió—. No te sulfures. Te recuerdo que soy un comerciante que compra y vende todo lo que puede comprarse o venderse y que ama tu pintura. Prueba de ello es que conservo, amén de los retratos que evidentemente no pienso vender, siete lienzos tuyos. Reconozco que debiera haberte comentado el caso. Para subsanar mi error te propongo ser tu marchante en Flandes. ¿Qué me dices?

¿Qué iba a decirle? Entendía su postura de negociante fenicio y sabía que el dinero no entiende de cariños ni amistades. Desde luego, acepté. De aquella forma comenzaron a venderse algunos óleos míos en el norte. Por allí amaban mis obras costumbristas y pagaban por ellas. Era sencillo: Omazur embalaba bien los cuadros, cargaba con ellos en el viaje anual que solía hacer a Amberes, los vendía en la Rubenshuis, la casa que fuera hasta su muerte del gran Rubens, cobraba buenos florines de oro, los cambiaba por ducados españoles y con ellos a buen recaudo regresaba a Sevilla. Ya a orillas del Guadalquivir, me daba el dinero, le entregaba su comisión del quince por ciento y aquí paz y después gloria. En sucesivos años salieron para Amberes y Róterdam: *Niño espulgándose*, *Abuela despiojando a su nieto*, *Niño riendo asomado a la ventana*, *Muchacha con flores* y otros muchos que no recuerdo. Omazur me entregaba cantidades tan disparatadas que no lo comentaba absolutamente con nadie.



Mis hijos se convirtieron en hombres y mujeres. En 1675 José Esteban, el mayor, cumplió veinticinco años. Sin ninguna afición por los pinceles, trabajaba como contable para una firma naviera que comerciaba por todo el Mediterráneo. Luego de un noviazgo clásico, se casó con una niña sevillana y tuvo dos hijos. Francisca María, de veinte, era novicia en el convento de las madres clarisas y estaba

pronta para hacer los votos. Gaspar, de quince, tenía pujos místicos y pretendía ingresar en el seminario. Traté de disuadirlo con escasa convicción, pues no me gusta influir en las vidas ajenas, pero pensaba que con uno de mis descendientes dedicados al Señor, o sea la cuarta parte, había pagado ya mi contribución a la Iglesia. La vocación del mozo parecía sólida y aquel otoño marchó al seminario. Mi tristeza se aminoró cuando, al despedirse, me sonrió con los ojos y aseguró que era feliz. Pronto la congoja se transformó en alegría: iba a convertirse en un hombre de Dios y para Dios, lejos de zancadillas y de envidias mundanas, haciendo lo que más deseaba: darse al prójimo. Me quedaba Gabriel, el único que demostraba interés por la pintura a sus trece años. Era un niño espigado, serio, el más parecido a mí. Secreteaba conmigo a falta de una madre, me pedía consejo, nos acompañábamos el uno al otro cuando el caserón quedó vacío. Poco amante de los libros, insistía en ayudarme en el taller junto a los demás aprendices y colaboradores, pero, recordando los consejos de mi padre, no se lo permití mientras no se graduara de bachiller.

Justino de Neve seguía siendo mi amigo más constante. Envejecía muy bien, claro que era siete años más joven. Había colocado el retrato que le hiciera en el sesenta y cinco en lugar preferente entre sus pinturas, aquella excelsa colección que me encandilaba cuando merendaba en su casa. La que veía pasar el tiempo como una esfinge era Domitila, su vieja esclava liberta, especializada en una ciencia poco corriente y muy apreciada: elaborar y freír hojuelas. El secreto radicaba en la masa, cuya exacta composición no desvelaba a nadie. Sometido a la disciplina culinaria de tan excelsa cocinera, Justino ganaba libras y su papada se veía crecer. Después de las meriendas, envueltos en las atmósferas de nuestros respectivos vegueros, competíamos en batallas ajedrecísticas de las que me sabía perdedor *a fortiori*. Las pocas veces que le hacía tablas era un éxito. Por no hablar de las excepcionales en que, por exceso de confianza, le vencía. Concluida la merienda y estando a un paso, nos acercábamos al hospital de los Venerables para ver mi *Inmaculada*, según De Neve la más majestuosa de las que salieran de

mi pincel. «Qué fácil es rezarle a una Virgen bonita», decía el canónigo.

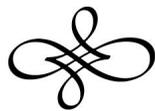
En ocasiones, entrada ya la noche, al salir de los Venerables íbamos al hospital de la Caridad para ver a Miguel de Mañara. Aquel «de» intercalado fue fruto popular del cariño que los sevillanos dedicaban a un hombre que mantenía de su peculio una institución para los desvalidos y hacía cotidianas obras de caridad. Era un «de» valioso, pues provenía de la mejor aristocracia: la del alma. Encontrábamos a don Miguel entre sus pobres, tomando el fresco en el patio, sentado en corro junto a una jarra de limonada si hacía calor. Aquello era una especie de corte de los milagros: blancos, negros, amarillos y mestizos entremezclados; sanos, miserables y enfermos desahuciados; tullidos, desdentados y expresidarios; pícaros y tunantes hermanados por el hambre; hampones, exgaleotes, villanos y la hez de la sociedad. Aquellos desventurados veían a Miguel de Mañara como a un dios. Mañara era el único habitante de Sevilla que podía pasear por el extrarradio, de madrugada, con la bolsa colgada del cuello, sin que nadie osase molestarle, pues, de hacerlo, habrían despedazado al insensato. Tras admirar la fachada barroca del hospital, con sus azulejos, pasábamos a la capilla para rezar y de camino ver las pinturas. De Neve, que no ocultaba su preferencia por mis obras, paseaba su vista por mi *San Juan de Dios* o el *Retorno del hijo pródigo*, y por las pinturas de Valdés Leal y, sin referirse a nadie, decía: «Qué diferencia».

La «clientela» del curioso hospital, cada día más numerosa, se componía de la nómina ya citada: los pedigüeños de Sevilla, gente del bronce, ladrones y forajidos arrepentidos con delitos que no fuesen de sangre o violación. Don Miguel solía aparecer a media tarde, presidía una misa vespertina en la capilla a la que asistían todos y cenaba junto a sus «feligreses» en el modesto refectorio. No hay que decir que la cena era sobria y normalmente de cuchara: gachas de almortas, alubias rojas con chorizo o berzas con patatas. La sobremesa se hacía en el patio si no llovía. El prócer se sentaba en una silla de enea con los demás rodeándolo como a Cristo sus discípulos en el sermón de la

montaña. Una sobada petaca con tabaco de picadura rodaba en círculo. En la charla intervenían todos: internos sanos o enfermos, sanitarios, el sacristán y el portero. Los pacientes encamados, si no tenían fiebre, se asomaban a la puerta de sus habitaciones. Entre el humo de los cigarros, el gañido de un perro tiñoso y maullidos gatunos se contaban sus penas y alegrías o se consolaban, pues, según Miguel de Mañara, «las penas compartidas se hacen chicas». Don Miguel daba ejemplo de humildad en el comportamiento, les hablaba de perseverar en la vida de piedad para ganar los cielos, del valor de la caridad y del servicio a los demás. Ya de madrugada retornaba a su humilde vivienda en la Hermandad de la Caridad, pues había prescindido de su caserón palaciego. Algunas veces lo acompañábamos. «Soy feliz, queridos amigos. He encontrado el camino», nos dijo más de una vez.

La labor de Mañara, aquel gigante, no se limitaba al hospital que erigiera a sus expensas. La Hermandad de la Caridad se mantenía del flujo de sus limosnas. Si la cosecha era mala, había una riada o temblaba la tierra, desastres frecuentes en Sevilla, se llenaban de cestos de pan las puertas de las iglesias. Nadie se postulaba como donante, pero todos sabían que la munificencia de don Miguel de Mañara estaba detrás. Culminado el hospital y todo en marcha, humilde como era, se planteó dejar el cargo de hermano mayor de la Hermandad de la Caridad y retirarse a un claustro, pero fue disuadido por su confesor y los otros hermanos. El año setenta y tres creó Mañara, dentro de la Santa Caridad, la figura del hermano de penitencia, que eran simples personas libres y caritativas que se dedicaban a los pobres, vistiendo sayal pardo con una cruz en el pecho. El hospital pasó de veinticuatro camas a cincuenta en 1677, impidiendo su muerte otra ampliación. Dictó una nueva regla para la hermandad y editó un *Discurso de la verdad*, un año después, que es un tratado de espiritualidad y reflexión del ser humano ante la realidad de la vida y la muerte. El ejemplo de la Caridad de Sevilla hizo surgir por toda Andalucía hermandades que tomaron el nombre y las reglas de su modelo.

Miguel de Mañara murió el 9 de mayo de 1679. Lo hizo en su cama de la Hermandad de la Caridad, que presidía, tras breve agonía y reconfortado con los auxilios de nuestra religión. Fue un día triste para Sevilla. Llovió a cántaros, un llanto interminable, de la Virgen quizá, por el más ilustre de los sevillanos. Gentes de todas las capas sociales lo acompañaron a su última morada, una fosa cavada en pleno suelo, a la entrada de la iglesia de la Caridad, para que todos pisaran sus restos. El silencio, roto por centenares de campanas doblando a muerto, señoreó la urbe. Había dictado testamento dos meses antes. En documento ológrafo legaba sus bienes terrenos a su alma, representada en el hospital de la Caridad. Todos, religiosos y seculares, lo tenían por santo. El arzobispo de Sevilla, Ambrosio Ignacio Spínola y Guzmán, lo declaró venerable al día siguiente e inició el proceso de beatificación.



La década de los setenta fue pródiga en encargos. Para distintas iglesias y conventos pinté *La caridad romana*, una *Sagrada Familia*, *Cristo crucificado*, *Niño apoyado en un antepecho*, otra *Sagrada Familia* —era la cuarta que realizaba, pues la primera data del año cuarenta y la segunda, llamada *del pajarito* por el gorrión que atrapa con una mano Jesús niño, es del cincuenta—, una nueva *Inmaculada* y *Las dos trinidades*. Son incontables los óleos con motivos profanos efectuados para particulares que elaboré esos años. Los cuadros para el hospital de la Caridad fueron las últimas obras de envergadura que emprendí. Tres años de malas cosechas llevaron a la hambruna de 1678 y luego al terremoto de 1680, que causó serios daños. Ello ocasionó una sensible disminución de peticiones de obras religiosas e Inmaculadas, pues los recursos de la Iglesia se dedicaban a la caridad dejando para más tarde el embellecimiento de los templos. Con todo, fui el pintor sevillano que mejor afrontó la crisis, pues mis viejos amigos y distintos comerciantes extranjeros continuaron

solicitándome obras. Nicolás de Omazur me encargó o compró a partir de 1670 más de veinte cuadros contando los retratos. Justino de Neve siguió siéndome fiel lo mismo que Van Belle si aparecía por Sevilla. Giovanni Bielato, un comerciante genovés establecido en Cádiz, dedicado a exportar vino y aceite pero gran amante del arte, me compró sin regatear siete lienzos que, al fallecer en 1681, legó al convento de capuchinos de Cádiz. Además, dejó a aquellos frailes gaditanos veinte mil reales de plata para que me encargaran la pintura del retablo de su iglesia. Cuando me llamaron los capuchinos para formalizar el contrato, estaba firmando, sin saberlo, mi última obra.

Mi hijo Gabriel, el compañero en las soledades de los últimos años, partió para Colombia en 1678. Tenía veintitrés años. Llevaba tiempo tras él Bartolomé Ortiz, un primo hermano mío que había emigrado a las Indias hacía casi cincuenta años, cuando estuve a punto de hacerlo yo, ya lo conté. En sucesivas cartas le hablaba de lo fácil de la vida en el Perú y en Santa Fe de Bogotá, en Colombia, donde se había establecido finalmente. Le informó de la belleza del paisaje, de sus selvas interminables y ríos inmensos. Trató de describirle la cordillera de los Andes, con sus nieves perpetuas y nevados volcanes que sobrevolaban los cóndores, los pájaros más grandes que existen. Lo atontó con la promesa de plata en abundancia, mujeres bonitas que no te exigían matrimonio y un clima tropical donde todo inclinaba a la holganza. Empeñado en marcharse, hubo de arreglar a la carrera su certificado de limpieza de sangre. Embarcó en un galeón de dos cubiertas que marchaba directo a La Guaira, en Venezuela, y seguía a Cartagena de Indias. Fui a despedirle al muelle del Arenal. Llevaba en el equipaje sus trastos de pintor y seis cuadros míos, bien embalados, que podían servirle como moneda de cambio mientras se abría camino. Amén de ello se llevó la hijuela de su madre: treinta y cinco mil reales en buena plata. Recuerdo que me costó llorar y hube de sacar el pañuelo para, con disimulo, enjugar las lágrimas: perdía lo último que me quedaba, pues estaba seguro de que jamás volvería a verlo. Antes del año tuve noticias suyas. Tras

llegar sin novedad a Barranquilla me describía el río Magdalena, «ancho y caudaloso como cinco Guadalquivires», aseguraba, y las selvas inextricables que lo abarcaban todo. Ya en su destino, siendo bachiller y apellidándose Murillo, fue nombrado corregidor de naturales de Ubaque, un barrio de Bogotá. Refería también, entre líneas, que las indígenas y sobre todo las mestizas eran muy bonitas y que el concubinato era algo normal «incluso entre el clero regular», añadía. En su última carta, recibida estos días, me comunicaba que se había casado el 20 de septiembre de 1681 con Antonia López Nieto, sin más señas. No me importa que mi nuera sea india, mestiza, blanca o amarilla, pero me alegra que mi hijo querido haya sentado la cabeza.



A raíz de quedarme tan solo como un poste, decidí retornar al barrio de Santa Cruz. El caserón de San Bartolomé resonaba en las noches de viento y veía duendes por todas partes. La que será sin duda mi última morada es pequeña, recoleta, y desde ella se ve el campanario de la iglesia. Quería estar cerca de Beatriz, casi palpándola, y además tenía la sensación de que mis días tocaban a su fin. Delegué los encargos en mis ayudantes, limitándome a supervisarlos. Amén del alma me dolían los riñones, por lo que, para no andar subiendo y bajando escaleras, ordené que instalasen mi dormitorio en la planta baja, dando al patio. Nunca estuve más cómodo. Abriendo la ventana entran la claridad azul desde el amanecer, el alegre rumor de los pájaros y el cantarín del agua. Echando la persiana se amortigua la luz, pero penetran los aromas que habitan en los espacios brujos que son los patios andaluces: los del limón y la lavanda al alba, muy de mañana el romero y la albahaca, el azahar al tiempo del crepúsculo y, ya de madrugada, el jazmín y el dondiego de noche.

Amo Sevilla. No entiendo que nadie pueda dejar esta ciudad por ningún río, mar, bosque, valle o montaña más allá del océano

buscando plata. No cambio mi cuidado jardincillo por ninguna selva. Prefiero mis jilgueros cantores y los gorriones a cualquier pájaro americano, llámese cóndor, gallinazo o zopilote. No hay ninguna Virgen como la Macarena ni Cristo semejante al Gran Poder. En cuanto a ríos, los habrá más anchos y caudalosos, pero no con la magia y el embrujo del Guadalquivir de mis amores. Detesto los volcanes y me conformo con la nieve pequeña de las vecinas sierras cuando llega el invierno. Adoro pasear por el centro antiguo y señorial de mi ciudad viendo escaparates, hurgando en las estanterías de viejos negocios, entrando a descansar y orar en las iglesias, indagando en los mercados, levantando el sombrero a las damas, cediéndoles el paso en las aceras, parando a conversar con conocidos, saludando a cualquiera, atisbando a las coimas de un burdel asomadas al balcón mostrando la entrepierna para buscar clientela. El ojo no tiene edad y es el único órgano humano que no encoje.

Nunca me canso de admirar la catedral, ese portento de piedra, ni de ver el baile de los seises en la octava del Corpus y el prodigio de su torre almohade. Si estoy cansado o me vence la melancolía, que suele, me siento en los jardines de los Reales Alcázares, los mismos que contemplaran el amor ponderado de Carlos de Austria e Isabel de Portugal, su prima hermana, tras sus bodas. Siempre paro en el mesón del Pícaro, en la calle de Sierpes, donde suelo coincidir con Justino de Neve, de los pocos amigos de antaño que no han muerto. Tomamos café, nos contamos nuestros achaques, arreglamos el mundo, nos felicitamos de estar vivos y repasamos la nómina de los que se fueron. Al salir, fumando un buen veguero habano, paseamos por la orilla del río, en el Arenal. Los galeones duermen con las luces encendidas de los fanales de popa. El viento mueve las gavias y resuena en las jarcias. Huele a salitre y a pez de calafate. Un centinela en la puerta de Triana canta las doce, hora de recogerse. El regreso lo hacemos por la alameda, los bonitos jardines que el municipio ha arreglado por detrás de los Reales Alcázares, un lugar que visito a diario, pues corre la brisa y suena la mejor de las músicas: la que el aire provoca al mecer las hojas de los árboles.<sup>9</sup>

La otra tarde, junto a la Torre del Oro, no hace tanto, me paró una gitana quiromántica con la pretensión de leerme las rayas de la mano. Justino, que no cree en magias de cualquier color ni en taumaturgias, tiró de mí pero yo me detuve. Tampoco creo en brujas ni hechiceros, pero la quiromancia a cargo de una gitana canastera tiene poco de magia, hechizo o sortilegio. Para empezar, una calé de veras jamás te pronosticará desgracias o catástrofes pues lo suyo es la buena ventura. Podrá engatusarte con amores fáciles, una copiosa descendencia de hijos sanos, larga vida y trabajos rentables, pero rara vez te augurará tragedias. Tendí mi mano abierta, la izquierda, y escuché el vaticinio:

—Te rondan las mujeres, mi *arma*, pero se estrellan, pues siempre le serás fiel a tu esposa muerta —dijo—. La raya del dedo corazón indica que morirás de viejo en una boda que no será la tuya —añadió.

Solté un maravedí y seguimos paseando.

—¿Qué te parece? —pregunté a Justino.

—Así puedo leer las rayas de la mano hasta yo —contestó—. La egipciana sabía que eres viudo por los dos anillos que llevas en el dedo anular.

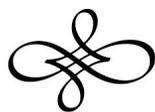
—De acuerdo, pero ¿cómo supo que soy fiel a mi pobre mujer? —quise saber.

—Lo coligió viéndote cariacontecido y en compañía de un cura —contestó Justino.

—¿Y en cuanto a morirme de viejo y en una boda? —pregunté.

—Viejo ya eres, por lo que la gitana no se quedó calva —replicó—. En cuanto al resto no sé qué decirte, pero el remedio es fácil: con no ir de bodas tendremos Murillo para rato.

Reímos la broma. Siendo los dos noctámbulos, solíamos tomar una última copa en su hogar o en el mío. Fátima o Domitila nos preparaban el resopón, una segunda cena muy ligera, pero que nos consolaba del rugir de tripas, borborismo lo llaman, que a veces resonaba en la noche sin luna.



## *Sevilla, 23 de marzo de 1682*

Llega el final que acepto agradecido: he vivido bastante, mis hijos se bandean por ahí y tengo ganas de volver a hablar con mi mujer. La soledad me abruma y la melancolía llena mis días. Es un sentimiento de abandono y desolación que nubla las mañanas y solo despeja a media tarde. Duermo a retazos, en un duermevela inacabable que se resuelve al alba. He perdido el apetito y solo tengo ganas de llorar. El interés por la pintura se ha esfumado: no he subido al taller desde que me trajeran de Cádiz sobre unas parihuelas, ni podría hacerlo, pues el dolor es intenso y va a más. Apenas tengo fuerzas para coger y sostener la pluma. Enhebro oraciones con jaculatorias pidiéndole al Señor que acorte mi sufrimiento y me lleve cuanto antes junto a ella.

Todo empezó hace tres semanas, cuando decoraba el retablo mayor de la gaditana iglesia de los capuchinos. Me desplazaba a Cádiz cada lunes, en mi calesa, me alojaban los frailes, me regalaban con gazpacho y bocas de la isla, pintaba el cuadro grande del retablo, *Los desposorios de Santa Catalina*, y regresaba a Sevilla el sábado por la mañana. Como es norma y siendo grande el cuadro, de siete varas de alto por cuatro de ancho, se había montado un andamio para poder trabajar en la parte elevada. Ya trepar hasta lo alto por una escalera bamboleante suponía un problema para mis sesenta y cinco primaveras. No sé si os dije que me va doliendo todo el cuerpo: los riñones, el cuello, las inflamadas rodillas —dos sacas de garbanzas que resuenan al andar—, un costado y hasta el ánimo. Tampoco os comenté que desde hace años padezco hernia inguinal. Nada importante: un bulto en la ingle derecha que aumenta si estoy de pie o camino mucho. Mi físico, toda vez que deseché la cirugía por incierta y dolorosa, me aconsejó que me fajara. Tal hice con buenos resultados y me olvidé del caso.

Pintar a cinco varas de altura sobre una tabla estrecha y deslizante tiene su miga. Debes estar pendiente de mantener el equilibrio, de que no resbalen los tubos de pintura, se caigan los pinceles, se estrellen el cuenco de la trementina o se haga añicos el botijo, pues allí arriba se suda, hace calor y se precisa beber agua. Fue retocando los ángeles alados que se asoman por la nube más alta para ver a la Virgen, el Niño y Santa Catalina cuando perdí apoyo o cedió una tabla del andamiaje, no puedo asegurarlo. El batacazo fue sonoro: quedé conmocionado y sin pulsos tras aterrizar en el suelo, que, afortunadamente, era de tarima de roble. Como los gatos, conseguí orientarme en el espacio y caer de pie, pues de otra forma no lo hubiera contado. Menos mal que se hallaba a mi lado uno de mis ayudantes, Paco Meneses, que pidió ayuda a gritos. No tengo constancia de ello, pues debí de perder el sentido. Cuando lo recuperé, me vi rodeado de frailes y monaguillos, tumbado sobre un catre que habían improvisado en la sacristía. El hermano portero me daba agua, milagroso elemento que nunca falta en esos casos, aunque se agradezca más el vino o el aguardiente, mientras un monje me tentaba las cuatro extremidades buscando heridas o huesos rotos y otro me abanicaba. Avisaron a un físico. Después de explorarme concienzudamente solo apreció magulladuras, moretones, un tobillo inflamado por elongación ligamentosa —dijo muy serio—, una muñeca hinchada y un bulto doloroso en la ingle derecha, donde estaba la hernia. Cuando le informé de que padecía hernia inguinal, torció el gesto.

—Es tranquilizador saber que no tiene los huesos rotos, pintor Murillo —comentó—, pero me preocupa que duela la hernia, pues, en principio, no duelen.

Con aquel diagnóstico entre enigmático, consolador y preocupante, me trasladé a Sevilla en mi misma calesa, despacio, evitando los baches. Encomendé la terminación del cuadro a Francisco Meneses, hombre de mi absoluta confianza. Al llegar a mi hogar, apenas me mantenía en pie pues, como suele suceder al enfriarse el cuerpo, me surgieron dolores por todas partes con

especial incidencia en la hernia, que seguía abultada y sensible. Fátima y la cocinera me mimaron todo lo que pudieron: ahuecaron el plumón de las almohadas, asperjaron la habitación con agua de rosas, renovaron las flores del jarrón de la cómoda holandesa y de la cocina me acercaron un tazón con caldo de gallina. Cuando llegó el doctor Madinaveitia, un probo licenciado en medicina y cirugía por Salamanca, el sucesor del físico Arregui, había caído el crepúsculo. Vuelta al manoseo de las extremidades, a la voz hinchada y doctoral que no soporto y sobre todo a examinar mis partes pudendas, algo que detesto si el que lo hace es hombre. Cuando palpó la zona herniada, sentí un dolor franco y me quejé.

—Si no recuerdo mal, amigo Murillo —dijo—, cuando le diagnosticué la hernia hace unos años, se reducía perfectamente.

—No entiendo eso de reducir, doctor —repliqué.

—Me explicaré mejor: tumbado en la cama desaparecía el bulto lo mismo que apretando con los dedos.

—Cierto —respondí.

—Entonces tenemos un problema —aseguró—. Por más que lo intento, no consigo reducir o reintegrar el intestino alojado en el saco herniario al interior del abdomen.

—¿Y ello qué significa?

—Que, lamentablemente, la hernia se ha estrangulado. A consecuencia del esfuerzo que supuso el traumatismo, el contenido herniario se ha enquistado y se necrosará por falta de riego sanguíneo.

—No entiendo nada, doctor —dije.

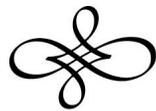
—Pues es sencillo: en caso de estrangulación, las hernias se necrosan, aparece la peritonitis y sobreviene la muerte del paciente.

—¿No hay solución? —pregunté.

—Queda la cirugía. Un cirujano experto puede liberar escalpelo en mano el orificio herniario y reintegrar el intestino al interior. Es procedimiento doloroso y de resultado incierto que, además, precisa rapidez para que sea efectivo. Habría que llevarlo al hospital.

—Nadie me moverá de aquí así me aspen —respondí, aferrándome a los barrotes de la cama—. Ya padecí bastante y un poco más no me vendría mal para hacer mérito ante los ojos de la Inmaculada. Además, estoy harto de que me fisguen y manoseen donde no debieran.

El galeno se fue por donde había venido y yo quedé con mis molestias pero en paz, en mi cama mullida y caliente, rodeado del mimo mujeril, en mi bendito barrio de Santa Cruz, cada vez más cerca de la tumba de Beatriz, mi amada compañera de media vida.



En parte es agradable saber que te vas a morir a plazo fijo, que te quedan ya muy pocos días, que el Señor te regala el tiempo suficiente para poner en orden tu conciencia. Si encima estás solo en la vida y no das problemas ni quehaceres a nadie, miel sobre hojuelas. Ayer recibí la santa extremaunción y estoy en paz con todos. No digo que me agrade morir, pero mentiría si dijese que le temo a la muerte, un hecho inevitable para el que hemos nacido, del que nadie se libra. Al final viviré los mismos años que mi padre, que está muy bien. Tengo mucho que agradecer al Creador: haber nacido en el seno de una familia cristiana y en Sevilla, la más notable ciudad del reino más poderoso del orbe. A la Virgen Santa le debo el haber creado una familia y el poder hacer lo que me gusta: pintar hasta llegar a ser, según algunos, un maestro del pincel. María Santísima me libró de los achaques que suelen acompañar a la vejez: las llagas, la sordera y la ceguera, la demencia senil, la sequedad del cuerpo y la del alma. Me iré consciente, con la pluma en la mano, en plena capacidad mental, pudiendo apreciar hasta el final las cosas bellas. Moriré con los ojos abiertos y los cinco sentidos alerta, atento, encarando la parca con valor y entereza. Al final se cumplirá el vaticinio de la gitana quiromántica: la boda mística de Santa Catalina originó mi muerte.

Las cosas han sucedido con la precisión matemática que pronosticara el físico. Ocho días después de la caída he empeorado tanto que no creo que aiente mucho más. Vomito al instante todo lo que como y desde hace cinco días no obro, como si mis tripas hubiesen dejado de funcionar. Me duele la barriga y la piel que recubre la hernia está violácea, sensible y dolorosa. Ardo en fiebre. Han venido a visitarme los amigos, pero desde hace dos días no recibo, pues no quiero que nadie me distraiga de mi propia muerte, del instante supremo en la vida del hombre. Ayer me despedí de mis hijos y nietos y esta mañana confesé y comulgué. Me fallan las fuerzas... Escucho el lejano rumor de las campanas de la Giralda y el más cercano de voces en mi antecámara. Me parece oír el vozarrón de bajo de Nicolás de Omazur y el más liviano de Justino de Neve. Anoche ordené a la cocinera que estofase perdices, uno de mis platos favoritos, y el tufillo aromático llega a mis napias. Procuraré morir con dignidad y rápido: pocas cosas más desagradables que un agonizante terne, cachazudo, que ni se muere ni deja cenar en paz a la familia o a los amigos. Dejo la pluma, pues mis dedos yertos apenas pueden sostener el cálamo...

## Notas a manera de epílogo

**M**urillo es historia novelada basada en datos ciertos. Se desconoce mucho de la infancia y mocedad del pintor, épocas que han sido tratadas de manera congruente. Hay estudiosos que afirman que viajó una vez a la corte: en la novela me decanto por los que aseguran que lo hizo dos veces. Uno de los enigmas de su vida fue la causa de que Beatriz, su esposa, suspendiese la boda pocos días antes de que se celebrara, publicadas ya las amonestaciones. A pesar de mis investigaciones no pude dar con ningún testimonio que aclarase el misterio. Como explicación razonable he novelado los amores del artista con una esclava familiar o fámula, algo perfectamente posible en el siglo XVII y en clases acomodadas, pero no existe constancia de que el genio sevillano tuviera hijos fuera de matrimonio.

Bartolomé Esteban Murillo es el pintor por excelencia de Sevilla, pues en Sevilla nació, vivió, murió y está enterrado en la iglesia de la Santa Cruz. Murillo es el pintor de las Inmaculadas, aunque no fuese el inventor del género, algo atribuido a José Antolínez, el maestro madrileño. Fue también el artista español más conocido y cotizado fuera de nuestras fronteras, Velázquez incluido, hasta el advenimiento de los pintores novecentistas, los Picasso, Dalí, Miró, etcétera. La pasión por Murillo se remonta a su época, pues era ya apreciado y valorado en España y gran parte de Europa en vida del artista. Hay más cuadros del maestro sevillano en el extranjero que

en nuestra patria, pero a pesar de todo para ver a Murillo hay que ir a Sevilla. La historia de sus lienzos desperdigados por el mundo es un poco la crónica, triste, de la evasión de nuestro tesoro artístico, un compendio de codicia, dejadez y despilfarro del que haré sucinta referencia.

La salida de pintura española se inicia en el siglo XVI, cuando tablas o lienzos de Pedro Berruguete, Pantoja de la Cruz, Bermejo, Luis de Morales o Sánchez Coello son enviados a cortes extranjeras. En el XVII se da el mismo caso con obras de Ribera el Españoleta o de Velázquez. Solían ser trueques o regalos, como el que hizo Felipe IV a Carlos I de Inglaterra, un retrato de Velázquez —por cierto perdido—, cuando el inglés vino a Madrid buscando novia en nuestra corte. La pasión por la pintura de Murillo es cosa aparte y jamás vista. El éxito, ya en vida, de sus obras religiosas lo proveyó de una resonancia española y europea difícil de explicar. El pintor sevillano era tan famoso en París, Londres o Amberes como lo fuera Picasso tres siglos más tarde. Emociona consignar cómo el año 1673, nueve antes de su muerte, el comerciante Peter Wouters, en Amberes, pagó mil seiscientos florines de oro por *Dos mendigos*, un cuadro de la época madura del pintor. En 1691 el jefe de correos de la misma ciudad, J. B. Anthoine, vendía otro óleo de Murillo por mil quinientos florines. En la subasta de los bienes de lord Melfort, noble escocés huido de Inglaterra al ser desterrado en 1688 por Jacobo II Estuardo, se vendió un cuadro del *spaniard Morella* (sic) por trescientas ochenta guineas, una fortuna para la época. En 1730 sir Robert Walpole, que fuera primer ministro de Inglaterra, adquirió para su regia mansión en Houghton Hall, en Norfolk, cinco Murillos por la friolera de cinco mil doscientas diez guineas. Lord Holland, el enamorado de España que acogiera en su mansión de Londres a José María Blanco White, el genial sacerdote y escritor sevillano descendiente de Justino de Neve, compró en Sevilla, en 1790, varias obras de Murillo que lucían orgullosas en su salón de Holland House, donde tenían lugar sus famosas tertulias.

Durante los siglos XVII y XVIII se acentúa el afán por coleccionar pintura española en Francia e Inglaterra, centrándose la demanda en cuadros de Murillo. Poseer un Murillo era la ambición máxima de cualquier potentado, noble o aristócrata europeo. No fue ajena a tal ansia la reina Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, que atesoraba en el palacio de La Granja de San Ildefonso una *Inmaculada* y distintas obras del pintor. En 1736 la condesa de Verrié legó a su amante, el conde de Lassay, su colección de arte en la que figuraban tres óleos de Murillo valorados en quince mil libras. Poseían Murillos las colecciones francesas más importantes de la época: las de Bouchardon, los duques de Choiseul y Tallard y el marqués de Vaudreuil. En 1767 fue subastada en Christie's de Londres la *Sagrada Familia*, llamada *de Stannisforth*, de Murillo, por siete mil guineas. Un año después, en París, en la venta Julienne, se remató *Las bodas de Caná*, también del sevillano, por seis mil libras. En 1770 un *Niño mendigo* de Murillo aparece en la venta Gaignat y se lo disputan por cinco mil francos de oro. El año de 1776 se subastaron en la parisina venta Randon de Boisset cuatro preciosidades del citado maestro: *La Virgen del Rosario*, *El Buen Pastor niño*, *Tres muchachos* y *San Juanito*. Todas volaron a precios fantásticos, pues su cotización se disparaba año tras año.

En esta locura murillesca cabía mucha culpa a los diplomáticos extranjeros en Sevilla y Cádiz. Los cónsules se olvidaban de sus cometidos burocráticos para centrarse en lo mollar: cobrar las jugosas comisiones que les dejaban la compra por casi nada y la remisión a Francia e Inglaterra de pinturas sobre todo de Murillo. El «celo» en ese aspecto del cónsul Julián Williams fue extraordinario, pues exportó *La Sagrada Familia*, citada más arriba, *La Virgen de la manzana*, *La Virgen del Rosario del Carmen Calzado* y un importante Zurbarán: *San Gregorio*. Todo este exilio de óleos se hacía impunemente, pues no existían leyes restrictivas. La primera orden real de prohibir la exportación de cuadros de pintores «ya fallecidos» data de 1779. Poco antes de morir, Carlos III, a través del conde de Floridablanca, ordena a los puestos fronterizos que decomisen las

referidas obras de arte. Algo después pudo aplicarse la orden con la incautación en Ágreda, Soria, de una *Magdalena*, por supuesto de Murillo, que un arriero llevaba por encargo de Pedro Casamayor, un intermediario, para entregar en Bayona a Pedro Miramón, otro mediador que a su vez la trasladaría a París para su venta en pública subasta. El negocio de la venta de cuadros y los marchantes de arte empezaba a mover mucho dinero. La preciosa *Magdalena* terminó en la Real Academia de San Fernando, donde sigue, instaurándose una prima en metálico para el denunciante equivalente a la cuarta parte del valor del cuadro. Era una medida bienintencionada, pero el dinero y el afán coleccionista hacían imposible cualquier medida: las colecciones españolas del siglo XVIII estaban condenadas a emigrar. Fue el caso del banquero y comerciante gaditano Sebastián Martínez, gran amigo de Francisco de Goya, que alojaba al de Fuendetodos cuando estaba en Cádiz y quien lo retrató. Muchos de sus trescientos óleos, incluidos *La vieja y el muchacho* de Murillo, terminaron en Londres.

La Revolución francesa activó el movimiento de pintura española. En 1792 la venta de los bienes de Felipe Igualdad, o sea, Felipe de Orleans, arroja un Ribera, un Velázquez y dos Murillos. Tres años después, en los salones de Christie's de Londres, tuvo lugar el remate de la colección Calonne, el que fuera primer ministro de Francia. La nobleza inglesa, ávida de óleos españoles, pagó altas sumas por obras de Ribera, Zurbarán, Sánchez Cotán, Velázquez y seis Murillos, entre ellos *El Salvador* y *La florista*. Llegamos al siglo XIX, siglo siniestro en la labor de exportar de modo fraudulento obras de arte españolas. Coincidían en el caso la indignidad, la creciente sed extranjera por nuestra pintura y los precios baratos. Los malhechores fueron Juan de Aguirre, un marchante que andaba en tratos con Luciano Bonaparte, embajador de su hermano Napoleón en la corte de Carlos IV; Manuel Godoy, por otro nombre *Choricero*, que había formado su colección robando cuadros en Sevilla, en los mercedarios descalzos de Madrid y en los palacios madrileños de la duquesa Cayetana de Alba, aquella gran sevillana, una vez fallecida en 1802;

Buchanan, un marchante sin escrúpulos que a través de un pintor mediocre, Wallis, envió centenares de cuadros comprados de baratillo sobre todo en Sevilla; el canónigo López Cepero, uno de los hombres que más pintura española ha dispersado por el mundo; y por fin Antoine Lebrun, un marchante francés coaligado con Frederic Quilliet, otro pájaro de vuelo rasante a la hora de depredar pintura hispana de calidad. Entre todos exiliaron cientos de extraordinarias obras de las mejores firmas, de las que nombraré solo las que nos conciernen al ser de Murillo: *La Inmaculada llamada de Aranjuez*, *Retrato de la amante*, *La huida a Egipto*, *San Agustín*, *La muerte de San Pedro Arbués* o el extraordinario *Santo Tomás de Villanueva niño repartiendo limosnas*, que el infame Godoy regaló al general Sebastiani, en los prolegómenos de la francesada, para adularlo.

Porque la verdadera liquidación de nuestro patrimonio artístico comienza en 1808. La guerra de la Independencia no fueron solo batallas y conquistas, sino el desatado lanzarse de un grupo de mariscales y generales galos sobre el despojo de una tierra heroica. Que, *a posteriori*, aquel despojo sirviera para agigantar en toda Europa la devoción por el arte español es otra historia. El más ilustre salteador de la camada, «moderno Verres» lo llamó el conde de Toreno, fue el mariscal Soult. Toda la gloria militar de Nicolás Juan de Dios Soult en los campos de batalla europeos queda manchada por su actuación al conquistar Sevilla. El sátrapa ordenó sin cortarse que le enviasen a la legación francesa las principales obras de arte de iglesias, monasterios, conventos, hospitales y de la catedral. Los frailes y las monjas se apresuraron a ocultar cualquier pintura de valor, pero muchas, por su tamaño, fueron decomisadas. Para dar visos de legalidad, Soult exigía que aquellas exacciones pareciesen regalos que aceptaba complacido. Tal fue el caso del *Nacimiento de la Virgen*, de Murillo, que había sido juiciosamente escondido por los capitulares de la catedral. No faltó el chivatazo de un afrancesado al mariscal, ordenando este de inmediato la requisa del cuadro y su aceptación «como regalo». Los capitulares, pálidos y temblorosos, no opusieron resistencia pues valoraban sus vidas. Años después, ya en

París, mostrando su colección robada a mister Gurwood, un coleccionista londinense, Soult comentó frente a la pintura: «La estimo mucho porque salvó la vida a dos personas», y un ayudante del mariscal, susurrando en el oído del inglés, aclaró: «Es verdad, pues el mariscal amenazó con fusilarlos en el acto si no le entregaban el cuadro».

No fue Soult el único mariscal ladrón de obras de arte, pero sí el más afortunado. No olvidemos a Sebastiani, que entró a saco en Murcia, ni a Coulaincourt, el genio de la caballería bonapartista, que se llevó tres obras de Murillo: *El mendigo*, *San Gil ante Gregorio X* y *San Diego de Alcalá*, ni a Juan Bautista Eblé, el general de pontoneros que hizo de las suyas en Córdoba, ni a Belliard, Desolle y tantos otros que arramplaron con todo lo que pudieron. Al acabar la guerra, merced a la labor del conde de Perelada, embajador de España en París, se consiguió repatriar buena parte de las obras expoliadas. La *Inmaculada* conocida como *de Soult*, de Murillo, la que Justino de Neve le encargara para el hospital de Padres Venerables, no pudo regresar, pues era la joya de la colección del mariscal. Cuando se subastó a su muerte en París, en 1852, el valor alcanzado por aquella *Inmaculada* llegó a iseiscientos quince mil trescientos francos de oro!, la cifra más alta pagada hasta entonces por un cuadro. Pujaron por la obra el zar de Rusia, la reina Isabel II de España, el marqués de Hertford, la National Gallery y el Museo del Louvre, que finalmente venció en la puja. Afortunadamente para España, aquel magnífico ejemplar del arte universal nos fue devuelto en 1941 por un canje ofrecido por el gobierno de Madrid y desde entonces se expone en el Museo del Prado.

Si el robo francés quedó más o menos resuelto, el inglés que sucedió a la derrota gala de Vitoria, el 21 de junio de 1813, quedó impune. La guerra terminaba y el rey José I se retiraba con mil quinientos furgones fruto de la rapiña: el despojo de España. Son varios los testimonios que hablan de cómo cayeron sobre la comitiva, en hermandad de robo y sin hacerse daño, británicos, galos, lusos e hispanos. Se veía a ingleses y franceses, en súbito armisticio, robando

del mismo furgón. Soldados españoles corrían monte arriba con piezas de porcelana mientras colegas portugueses escondían bajo sus capas bodegones y tallas de marfil. Lord Wellington resultó favorecido al dar con los furgones que transportaban lo pillado por *Pepe Botella* en el Palacio Real de Madrid. Ya en Londres, el duque de Wellington no parecía muy complacido al no hallar en su lote los ambicionados cuadros de Rafael, mas, sea como fuere, tuvo la honradez de intentar devolver lo robado y el 29 de septiembre de 1816 escribía al embajador de España, duque de Fernán Núñez, en estos términos: «... Tengo muchas pinturas pertenecientes al rey Fernando, que he capturado al enemigo en la batalla de Vitoria, mandando los ejércitos aliados, incluso los de su majestad. Envié una lista de las pinturas a la regencia tan pronto supe dónde estaba, con el encargo de que alguien, en Londres, pudiera ser comisionado para verlas a fin de devolver a su majestad las que le pertenecían. Mi hermano, sir Henry Wellesley, ministro plenipotenciario en Madrid, ha, desde entonces, hablado del asunto varias veces a los ministros de la Corona, pero ni la regencia ni los ministros de su majestad han dado órdenes al respecto...».

La respuesta de Fernán Núñez a tan discreta carta no podía ser más inesperada. Con fecha 29 de noviembre responde a Wellington que «... su majestad, conmovido por su delicadeza, no desea privar a su excelencia de lo que ha llegado a sus manos por medios tan justos como honorables». Así, pura, estúpida y gratuitamente, el rey felón, el monarca más cretino, déspota, cerril y mentecato que se haya sentado jamás en un trono, regalaba a los ingleses ciento sesenta y cinco cuadros de enorme categoría, entre ellos la hermosísima *Santa Catalina* de Claudio Coello, *La última cena* de Juan de Flandes, que había pertenecido a Isabel la Católica, *Santa Catalina* de Murillo, *San Juan Bautista* de Ribera y tres Velázquez: *El aguador de Sevilla*, *Retrato de hombre* y *Dos hombres a la mesa*. Nacía así una de las primeras y más notables colecciones inglesas de pintura española.

El siglo XIX supuso un constante éxodo de cuadros de valía a cargo de personas sin escrúpulos, que citaré para finalizar una

relación que va alargándose. El primero fue Fernando VII, que dispersaba nuestro común patrimonio artístico regalando cuadros a los embajadores o haciendo la vista gorda cuando estos se llevaban pinturas con que enriquecer el patrimonio de sus naciones. Así salieron de España *La Venus del espejo* de Velázquez, *Gallegas a la ventana* de Murillo o *San Francisco, San Benito* y *San Jerónimo*, tres joyas de Zurbarán. El segundo depredador de arte se llamó Alejandro Aguado y Ramírez de Estemoz, hijo del conde de Montelirio, nacido en Sevilla el 28 de junio de 1785. Inmensamente rico, Aguado daba fiestas en su palacio de París sin parangón posible, codeándose con los Rothschild y llegando a poseer sesenta millones de francos de oro. Fue el principal subastador de cuadros de Murillo, con más de veinte óleos. Manuel Godoy fue el tercero, vendiendo cuadros de su colección, la mayoría robados. Subastó más de doscientos lienzos españoles por dos millones cuatrocientos mil francos para darse buena vida con su primero amante y luego esposa Pepita Tudó. El cuarto bucanero dilapidando arte hispano fue Gaspar de Remisa y Miarons, nacido en San Hipólito de Llobregat en 1784. Enriquecido con los suministros al ejército durante la contienda por la Independencia, llegó a reunir cuatrocientos cuadros de las mejores firmas: Juan de Juanes, Murillo, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Alonso Cano y Goya, la mayoría de los cuales terminó desperdigada por toda Europa.

El quinto expoliador de pintura española fue mujer: la reina Isabel II. Aquella triste reina mal casada siguió la misma senda que su padre regalando a mansalva Murillos a personalidades extranjeras para pagar favores o permitiendo a los embajadores sacar impunemente obras de arte. En su haber debe anotarse que intentó comprar la *Inmaculada de Sault*, como se ha referido, sin conseguirlo. Sigue en el escalafón Javier de Quinto, que fuera jefe de la casa de la reina, que llegó a reunir más de doscientos cuadros de buenas firmas, entre ellos algún Murillo y José de Madrazo. Todos se subastaron en el parisino hotel Drouot. Llegamos al séptimo dilapidador de arte hispano: José de Salamanca, marqués del mismo

nombre, malagueño, nacido con un imán en las manos para atraer dinero. Se enriqueció con el monopolio de la sal, la construcción de los ferrocarriles, la del barrio madrileño que lleva su nombre y colosales jugadas de bolsa. Salamanca subastó en 1867, del 3 al 7 de junio, en la sala Drouot, doscientas treinta obras de exquisita belleza, entre ellas deliciosos Murillos. El marqués vendía porque se había «arruinado» —entrecomillo, pues la ruina de un potentado es distinta a la de cualquier otro mortal—, pero era un entendido y amaba el arte. Un detalle sentimental honra al malagueño: «empobrecido» como estaba, cuando se iba a rematar el extraordinario *Apolo desollando a Marsias*, de José de Ribera, retiró el cuadro e hizo otro tanto cuando ya se pujaba por el *Retrato de don Manuel García*, de Goya, en medio del escándalo de los compradores que llenaban la sala.

Y llegamos al final, a un pez gordo de la venta de arte: Mariano Téllez Girón y Beaufort, XII duque de Osuna, nacido en Madrid el 19 de julio de 1814. El noble había derrochado su inmensa fortuna en fiestas en sus palacios y durante su gestión diplomática en San Petersburgo, donde se hartó de cometer insensateces. Para pagar su disipación actuó al modo irresponsable de la época: exportando pintura española. La venta tuvo lugar en Madrid el 11 de mayo de 1896 y en días sucesivos. En el catálogo figuraban trescientos treinta y un cuadros, joyas todas de las mejores firmas, muchos Murillos. Afortunadamente, no todo lo vendido salió al extranjero, engrosando colecciones nacionales como las de Lázaro Galdiano, los duques de Montellano y Tovar y el conde de Romanones. Con la venta de la colección del duque de Osuna finalizaba un siglo atroz para nuestro arte. No están todos los que son, pues hubo muchos más, pero los citados se hallan a la cabeza del latrocinio.

Bartolomé Esteban Murillo fue un genio absoluto del pincel, algo fuera de serie, un precursor. Su soberbia técnica y la dorada claridad de sus lienzos anuncian a Watteau, preludian a Fragonard y servirán de ejemplo e inspiración a Gainsborough, Reynolds y Constable. Los ingleses descubrieron en el maestro sevillano al gran artista que, partiendo de principios italianos y a través de Van Dyck, Rubens y

Rembrandt, introducirá a los pintores europeos del siglo XVIII. El retrato de Josua van Belle, por ejemplo, pintado por Murillo en 1670, es tan bueno como el mejor de los Van Dyck, posee la soltura de Tiépolo, la claridad de Antón Mengs y presagia al gran maestro del retrato de todos los tiempos: Francisco de Goya y Lucientes.

A modo de colofón y para que se os ponga la carne de gallina, como la tengo yo, ahí va la relación de las ciento sesenta y nueve obras de Bartolomé Esteban Murillo que andan desperdigadas por el mundo, la inmensa mayoría exportada ilegalmente.

1.  
*Fray Lauterio ante la Virgen, San Francisco y Santo Domingo.* Cambridge. Fitzwilliam Museum.
2.  
*Sagrada Familia.* Estocolmo. Museo Nacional.
3.  
*San Francisco recibiendo los siete privilegios.* Génova. Palazzo Bianco.
4.  
*Esponsales de la Virgen.* Raleigh. North Carolina Museum of Art.
5.  
*La huida a Egipto.* Lienzo de 2,08 x 1,62. Detroit. Institute of Arts.
6.  
*La huida a Egipto.* Lienzo de 0,33 x 0,45. San Diego. Fine Arts Gallery.
7.  
*San Gil ante Gregorio IX.* Raleigh. North Caroline Museum of Arts.
8.  
*San Diego de Alcalá y el obispo de Pamplona.* Toulouse. Musée des Augustins.

9.  
*San Diego de Alcalá.* Nueva York. Col. Curtis.
10.  
*El milagro de San Diego.* París. Museo del Louvre.
11.  
*La muerte de Santa Clara.* Dresde. Galería.
12.  
*Dos monjes franciscanos.* Ottawa. National Gallery.
13.  
*La huida a Egipto.* Lienzo de 2,05 x 1,61. Génova. Palazzo Bianco.
14.  
*Santa Inés.* Raby Castle. Lord Barnard.
15.  
*Santa Catalina.* Londres. Col. duque de Wellington.
16.  
*El beato Alonso Rodríguez.* Dresde. Galería.
17.  
*Adoración de los pastores.* Berlín. Kaiser Friedrich Museum.
18.  
*Las bodas de Caná.* Birmingham. The Barber Institute of Fine Arts.
19.  
*La Virgen del Carmelo.* Múnich. Galería Heinemann.
20.  
*Niño mendigo.* París. Museo del Louvre.
21.  
*Dos niños comiendo fruta.* Múnich. Pinacoteca.
22.  
*La Virgen del Rosario.* 1,66 x 1,25. París. Louvre.
23.  
*La Virgen de la manzana.* Londres. Col. sir William Eden.
24.  
*La Virgen del Rosario.* 1,65 x 1,09. Florencia. Galería Pitti.

25. *Virgen del Rosario del Carmen Calzado*. Nueva York. Newhouse Galleries.
26. *San Agustín y el Niño Jesús*. Londres. Col. Laughton Douglas.
27. *La vieja y el muchacho*. Londres. Col. Wellington.
28. *Don Andrés de Andrade y Col.* Nueva York. Metropolitan Museum.
29. *La naranjera*. San Petersburgo. Ermitage.
30. *Muchacho con un perro*. San Petersburgo. Ermitage.
31. *La invención del dibujo*. Bucarest. Antigua Colección Real.
32. *Don Justino de Neve*. Londres. National Gallery.
33. *Retrato de hombre*. Saint Louis. City Art Museum.
34. *Don Nicolás de Omazurino (Omazur)*. Londres. Dorchester House. Col. Holford.
35. *Retrato de mujer*. Nantes. Museo.
36. *Dos niños campesinos*. Londres. Colegio de Dulwich.
37. *El pobre negro*. Londres. Colegio de Dulwich.
38. *Las gallegas a la ventana*. Washington. National Gallery.
39. *La florista*. Londres. Colegio de Dulwich.

40.  
*Niños jugando a los dados.* Múnich. Pinacoteca.
41.  
*Santo Tomás de Villanueva niño repartiendo limosnas.* Cincinnati. Cincinnati Art Museum.
42.  
*San Francisco Javier.* Hartford (Connecticut). Wadsworth Atheneum.
43.  
*Niños comiendo fruta.* Múnich. Pinacoteca.
44.  
*Niñas contando dinero.* Múnich. Pinacoteca.
45.  
*Vieja despiojando a un niño.* Múnich. Pinacoteca.
46.  
*Dolorosa.* Londres. Col. Gastón Linden.
47.  
*Virgen y Niño.* 1,55 x 1,05. Florencia. Galería Pitti.
48.  
*Virgen y Niño.* 1,69 x 1,10. Budapest. Col. Nemes.
49.  
*Virgen y Niño.* 1,90 x 1,37. La Haya. Mauritshuis.
50.  
*El nacimiento de la Virgen.* París. Louvre.
51.  
*La Anunciación.* Lutzen. Col. Sternung.
52.  
*La Anunciación.* 1,38 x 1,11. San Petersburgo. Ermitage.
53.  
*La Anunciación.* 0,96 x 0,99. Ámsterdam. Rijksmuseum.
54.  
*Nacimiento de Cristo.* Nueva York. Ehrich Galleries.
55.  
*Adoración de los pastores.* Roma. Galería Vaticana.

56.  
*La Magdalena*. San Diego, California. Fine Arts Gallery.
57.  
*Niño Jesús*. Londres. Col. Northbrook.
58.  
*Virgen y Niño*. Woburn Abbey, Inglaterra. Col. Bedford.
59.  
*La refacción de Cristo*. Filadelfia. Museum of Arts.
60.  
*Descanso en la huida a Egipto*. 1,36 x 1,79. San Petersburgo. Ermitage.
61.  
*Descanso en la huida a Egipto*. 0,97 x 1,25. Glasgow. Art Gallery.
62.  
*La huida a Egipto*. Budapest. Museo de Bellas Artes.
63.  
*Sagrada Familia con San Juanito*. 1,56 x 1,26. Budapest. Museo de Bellas Artes.
64.  
*Sagrada Familia*. 1,00 x 0,67. Chatsworth. Col. duque de Devonshire.
65.  
*Sagrada Familia*. 0,23 x 0,18. San Petersburgo. Ermitage.
66.  
*Sagrada Familia*. 2,08 x 1,57. Sarasota, Florida. Ringling Museum.
67.  
*Santa Ana, la Virgen y el Niño*. Salm Salm. Col. particular.
68.  
*Matrimonio místico de Santa Catalina*. 1,06 x 1,32. Roma. Galería Vaticana.

69.  
*Matrimonio místico de Santa Catalina.* 0,79 x 0,98. Lisboa.  
Museo Nacional de Arte Antigo.
70.  
*Sagrada Familia con San Juanito.* Lienzo circular. Londres.  
Col. Heytesbury.
71.  
*La Virgen de la faja.* Budapest. Museo de Bellas Artes.
72.  
*Sagrada Familia con San Juanito.* 1,66 x 1,25. Londres. Col.  
Wallace.
73.  
*Sagrada Familia con San Juanito.* 1,19 x 1,09. Harvard.  
Massachusetts. Fogg Art Museum.
74.  
*Virgen y Niño.* 1,63 x 1,09. Londres. Col. lady Vantage.
75.  
*Virgen y Niño.* 1,66 x 1,45. Dresde. Galería.
76.  
*La pequeña Concepción.* Kansas City. Museum of Fine Arts.
77.  
*Retrato de un caballero.* Montreal. Col. Van Horne.
78.  
*Retrato de un caballero.* Londres. Col. duque de Wellington.
79.  
*El duque de Medinaceli.* Londres. Col. Holford.
80.  
*Retrato de hombre.* Nueva York. Col. conde Padogwsky.
81.  
*Retrato de hombre.* Budapest. Museo de Bellas Artes.
82.  
*Retrato de dama.* Filadelfia. Col. Johnson.

83. *Sagrada Familia*, conocido como *La Virgen de Sevilla*. París. Museo del Louvre.
84. *Ángeles esparciendo flores*. Woburn Abbey. Col. Bedford.
85. *Inmaculada Concepción*. 2,36 x 1,96. San Petersburgo. Ermitage.
86. *Inmaculada Concepción*. 1,72 x 2,85. París. Museo del Louvre.
87. *Inmaculada Concepción*. 2,52 x 1,66. Sarasota, Florida. Ringling Museum.
88. *Niño Jesús dormido*. Londres. Col. duque de Westminster.
89. *El Buen Pastor niño*. 1,52 x 1,09. Londres. Col. barón de Rothschild.
90. *El Buen Pastor niño*. 0,46 x 0,42. Nueva York. Hispanic Society.
91. *El Buen Pastor niño*. 0,50 x 0,40. Moscú. Col. Leuchtenberg.
92. *San Juan Bautista niño con el Cordero*. 1,65 x 1,06. Londres. National Gallery.
93. *San Juan Bautista niño con el Cordero*. 0,63 x 0,47. Dublín. National Gallery.
94. *El Buen Pastor niño*. 0,49 x 0,63. Glasgow. Universidad de Glasgow.

95.  
*San Juan Bautista niño.* Castagnola, Lugano. Colección Thyssen.
96.  
*San Félix de Cantalicio y el Niño Jesús.* Edimburgo. Col. lord Wemyss.
97.  
*Cristo después de la flagelación.* Boston. Museum of Fine Arts.
98.  
*Cristo en la cruz.* Viena. Col. Czernin.
99.  
*Muerte de San Pedro Arbués.* 2,92 x 2,06. San Petersburgo. Ermitage.
- 100  
.  
*Muerte de San Pedro Arbués.* 0,99 x 0,78. Roma, Galería Vaticana.
- 101  
.  
*La Magdalena penitente.* Múnich. Col. Carstenjen.
- 102  
.  
*Esaú vende su primogenitura.* Raleigh. North Caroline Museum of Art.
- 103  
.  
*Isaac bendice a Jacob.* San Petersburgo. Ermitage.
- 104  
.  
*El sueño de Jacob.* San Petersburgo. Ermitage.
- 105  
.  
*Encuentro de Jacob y Labán.* Londres. Col. Wellington.

106

.

*Jacob y Raquel.* Detroit. Institute of Arts.

107

.

*José y sus hermanos.* Londres. Col. Wallace.

108

.

*El hijo pródigo recibe su legítima.* Londres. Col. sir Alfred Beit.

109

.

*Despedida del hijo pródigo.* Londres. Col. sir Alfred Beit.

110

.

*Los placeres del hijo pródigo.* Londres. Col. sir Alfred Beit.

111.

*El hijo pródigo rechazado por las cortesanas.* Londres. Col. sir Alfred Beit.

112.

*El hijo pródigo guardando cerdos.* Londres. Col. sir Alfred Beit.

113.

*La vuelta del hijo pródigo.* 1,04 x 1,34. Londres. Col. sir Alfred Beit.

114.

*El pobre Lázaro.* Londres. Bridgewater House.

115.

*San Fernando.* Nueva York. Col. Elkins.

116.

*San Pedro libertado por un ángel.* San Petersburgo. Ermitage.

117.

*Curación del paralítico en la piscina.* Londres. National Gallery.

118

.

*La vuelta del hijo pródigo.* 2,37 x 2,59. Washington. National Gallery.

119.

*Abraham y los tres ángeles.* 2,36 x 2,59. Ottawa. National Gallery.

120

.

*Abraham y los tres ángeles.* 2,08 x 2,46. Saint Louis. City Art Museum.

121.

*Santo Tomás de Villanueva repartiendo limosnas.* Estrasburgo. Museo.

122

.

*La porciúncula.* Colonia. Museo.

123

.

*San Agustín lavando los pies a Cristo.* Minneapolis. Walker Art Center.

124

.

*San Francisco abrazado al Crucificado.* Nueva York. Hispanic Society.

125

.

*Santa Justa.* Lugano. Col. Thyssen.

126

.

*Santa Rufina.* Londres. Statford House.

127

.

*Santo Tomás de Villanueva curando a un tullido.* Múnich.  
Pinacoteca.

128

.

*Santo Tomás de Villanueva repartiendo limosnas.* 1,47 x 1,49.  
Londres. Col. Wallace.

129

.

*Santo Tomás de Villanueva repartiendo limosnas.* 1,29 x  
0,93. Londres. Col. Northbrook.

130

.

*El Niño Jesús repartiendo pan a los peregrinos.* Budapest.  
Museo de Bellas Artes.

131.

*Inmaculada Concepción.* Londres. Col. Northbrook.

132

.

*Inmaculada Concepción.* Detroit. Institute of Art.

133

.

*Inmaculada Concepción.* Baltimore. Col. Walters.

134

.

*Asunción de la Virgen.* San Petersburgo. Ermitage.

135

.

*Virgen anunciada.* Richmond. Col. Cook.

136

.

*La Anunciación.* Londres. Col. Wallace.

137

.

*Virgen del Rosario.* Londres. Colegio de Dulwich.

138

.

*Virgen y Niño en gloria.* Liverpool. Walker Art Gallery.

139

.

*Virgen y Niño.* Londres. Col. Wallace.

140

.

*Asunción de la Virgen.* Londres. Col. Wallace.

141.

*Virgen y Niño.* París. Col. Stillman.

142

.

*Virgen y Niño.* Roma. Galleria Nazionale.

143

.

*San José y el Niño.* 1,25 x 0,95. París. Col. Kleinberger.

144

.

*San José y el Niño.* París. Col. Trotti.

145

.

*San José y el Niño.* 0,73 x 0,52. San Petersburgo. Ermitage.

146

.

*San José y el Niño.* 0,70 x 0,51. San Petersburgo. Ermitage.

147

.

*San José y el Niño.* 1,08 x 0,84. Sarasota, Florida. Ringling Museum.

148

.

*Niño apoyado en un antepecho.* Londres. National Gallery.

149

.

*Muchacha a la ventana.* Nueva York. Col. Jacob Goldschmidt.

150

.

*Dos frailes en un paisaje.* Chicago. Art Institute.

151.

*Autorretrato.* Althorpe, Northamptonshire. Col. Spencer.

152

.

*Los desposorios de la Virgen.* Londres. Col. Wallace.

153

.

*Adoración de los pastores.* Londres. Col. Wallace.

154

.

*La huida a Egipto.* San Petersburgo. Ermitage.

155

.

*Ecce Homo.* Richmond. Col. Cook.

156

.

*El Calvario.* San Petersburgo. Ermitage.

157

.

*San Francisco.* Pittsfield, Massachusetts. Berkshire Museum.

158

.

*San Antonio de Padua y el Niño Jesús.* 2,47 x 1,47. San Petersburgo. Ermitage.

159

.

*San Antonio de Padua y el Niño Jesús.* 1,65 x 2,00. Berlín. Kaiser Friedrich Museum.

160

.

*Jacob y Raquel en el pozo.* Nueva York. Col. Samuel H. Krees.

161.

*Virgen con el Niño y varios santos.* Londres. Col. Wallace.

162

.

*Las dos Trinidades.* Londres. National Gallery.

163

.

*San Antonio de Padua.* 1,71 x 2,08. Burdeos. Museo.

164

.

*San Antonio de Padua.* 1,22 x 0,94. Filadelfia. Col. Willstach.

165

.

*Cristo con la cruz a cuestas.* Filadelfia. Col. Willstach.

166

.

*Dolorosa.* Lille. Museo.

167

.

*Cabeza de monje.* Providence, Rhode Island. Museum of Art.

168

.

*Retrato de franciscano.* París. Museo Jacquemart-André.

169

.

*Retrato de Josua van Belle.* Dublín. National Gallery.

Como vemos, la pasión europea y norteamericana por Murillo no admite parangones. Aparte de las obras consignadas, existen muchas otras suyas o de su taller desperdigadas por Hispanoamérica. No hay ningún pintor español que tenga tanta representación pictórica fuera de nuestras fronteras y casi me atrevo a asegurar que ninguno extranjero tiene fuera de su patria tal cantidad de obras. Murillo no alcanzó la mágica maestría de Velázquez, el otro pintor inmortal de Sevilla, pero con su pintura llevó el nombre de su ciudad por las siete esquinas del orbe.

Las Palmas de Gran Canaria, en el cuatrocientos aniversario del nacimiento del genial pintor de la Inmaculada, como modesto homenaje a su inmortal paleta.

## Notas

---

- 1 Absceso axilar.

2 Seis metros.

3 Aproximadamente ciento setenta kilos.

4 Dos litros y medio.

5 Hoy Bolivia.

6 Unas dos mil toneladas.

7 Hoy Ecuador.

8 Se conocía con tal apelativo a los miembros de aquel estamento, precursor de la Guardia Civil, por el verde color de sus camisas. Lo de: «A buenas horas mangas verdes» es dicho que se ha mantenido referido a los cuadrilleros de aquella institución, que tantas veces llegaban cuando los ladrones o malhechores habían volado.

## 9 Los actuales jardines de Murillo.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Antonio Cavanillas de Blas, 2018  
© La Esfera de los Libros, S.L., 2018  
Avenida de San Luis, 25  
28033 Madrid  
Tel.: 91 296 02 00  
[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018  
ISBN: 978-84-9164-373-9 (epub)  
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.